

M^a Dolores Aleixandre

*Círculos
en el agua*

*La vida alterada
por la Palabra*

Sal Terrae

<i>Círculos en el agua</i>	7
1. «Vosotros orad así: Padre nuestro...» (Mt 6,9)	9
2. «Esto os servirá de señal: encontraréis un niño...» (Lc 2,12)	21
3. «Con Él, ningún dios extranjero» (Dt 32,11)	31
4. «Esta gracia en la que nos encontramos» (Rom 5,2)	43
5. «El que me sigue no caminará en la oscuridad» (Jn 8,12)	55
6. «El que me ha abierto a mí los ojos...» (Jn 9,30)	71
7. «Dejad que se me acerquen los niños» (Mc 10,14)	83
8. «Una voz como el rumor de un fuerte oleaje» (Ap 1,15)	93
9. «Cazadnos las raposillas» (Cant 2,15)	99
10. «Los atravesé con mis profetas» (Os 6,5)	113

© 1997 by Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)
Fax: (942) 36 92 01
E-mail: salterrae@salterrae.es
<http://www.salterrae.es>

Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 84-293-1089-4
Dep. Legal: BI-2038-97

Footocomposición:
Didot, S.A. - Bilbao
Impresión y encuadernación:
Grafo, S. A. - Bilbao

11. «¡Jerusalén Jerusalén, que matas a los profetas...!» (Mt 23,37)	129
12. «Más pequeña que cualquier semilla» (Mc 4,31)	137
13. «Algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado...» (Lc 24,22)	155
14. «¿Qué mujer no enciende una luz y barre la casa...?» (Lc 15,8)	177
15. «Y la mujer se enderezó» (Lc 13,13)	193
16. «¡Salid de Babilonia!» (Is 48,20)	215
17. «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia» (Mc 16,15)	237

Círculos en el agua

¿Qué palabra es ésta? (Mt 1,27) se preguntaba la gente que rodeaba a Jesús en los comienzos de su presencia en Cafarnaúm.

La expresión revela un asombro desconcertado ante el impacto de una manera de hablar a la que no estaban acostumbrados. Como cuando alguien arroja una piedra en el centro de un lago o de un estanque, y el agua quieta se agita formando círculos cada vez más grandes que se contagian unos a otros su estremecimiento.

«El agua al agua se lo susurra», podríamos decir con el lenguaje del salmo 18: así los creyentes nos comunicamos unos a otros la resonancia que el evangelio va teniendo en nuestras vidas.

Eso es lo que pretenden estas páginas, muchas de las cuales han sido publicadas en *Sal Terrae* o en otras revistas. No son comentarios exegéticos, porque no han surgido de la observación y el análisis de los textos, sino de la «alteración» que la Palabra ha producido en ese «centro del estanque» que es el corazón como núcleo de la experiencia personal.

Los 11 primeros capítulos podrían llamarse «ejercicios prácticos de mistagogía» y rondan temas relacionados con la oración, la espiritualidad y el profetismo.

A partir del dedicado a María, «Más pequeña que cualquier semilla», la óptica es más directamente femenina, pero las cuestiones que se abordan nos conciernen a todos.

Los tres cuentos para «aprendices de evangelizadores» del final, nos recuerdan que, si hemos sido alcanzados por la Palabra, es para pasársela también a otros como buena noticia.

«Vosotros orad así:
Padre nuestro...»

(Mt 6,9)

El Padrenuestro es como un río. Hemos crecido inmersos en él, y es tan originante en nuestra experiencia cristiana como el agua de nuestro Bautismo. Los recuerdos de nuestra infancia están salpicados de padrenuestritos (así, en plural y con minúscula), porque entonces predominaba, sobre todo, la cantidad: tres padrenuestritos eran una penitencia razonable en nuestras confesiones; en el rosario estaban convenientemente señalizados por las bolas más gordas, que permitían un descanso entre las avemarías; los de la visita al Santísimo eran cinco, acompañados por «vivas» a Jesús Sacramentado, y estaba también aquel «por las intenciones del Sumo Pontífice», que nos abría, por fin, las compuertas de la indulgencia plenaria.

No era tiempo de entenderlo, sino de familiarizarnos con él y de incorporarlo a nuestras primeras experiencias orantes. Era el tiempo de sentirlo confusamente como una fuerza que nos vinculaba con los demás cristianos cuando lo rezábamos en alta voz en la misma misa de los domingos.

De mayores tenemos que guardar todo eso como un tesoro, pero tenemos que saber también bucear más hondo y remontar su corriente hacia arriba, hasta dar con las fuentes

de donde nace. Que nadie se asuste: no voy a ponerme a hablar de sus antecedentes rabínicos, ni a comparar las versiones de Mateo y Lucas, ni a intentar una nueva explicación de aquello del *epiousion* de la cuarta petición. Lo del H₂O es importante, y está muy bien estar enterados; pero sólo *sabemos* de verdad lo que es el agua cuando bebemos en una fuente después de una caminata o cuando nos zambullimos en el mar en una mañana de verano.

Buscando río arriba, he ido encontrando algunas de esas fuentes del Padrenuestro que me llevan a hacer hoy algunas afirmaciones, con algo de timidez y mucho de convencimiento: el Padrenuestro nace de la *insatisfacción*, del *atrevimiento*, de la *despreocupación* y de la *compasión*.

El Padrenuestro nace de la insatisfacción

Resulta un poco abrupto empezar así; es como si, al ir a franquear una puerta, nos encontráramos con un letrero colgado: «Satisfechos, abstenerse». Pero es el evangelio mismo el que podría llevar ese aviso en su primera página; y sus palabras, que nos atraviesan el alma como una espada de doble filo, revelan si en nuestras actitudes últimas ante Dios estamos hambrientos o saciados, si nos habita el deseo o la indiferencia.

Es Lucas quien aborda de una manera más provocadora el tema de los satisfechos y los saciados: el Señor los despide con las manos vacías (1,53); Jesús les dedica una anti-bienaventuranza que es una verdadera declaración de desdicha (6,25); el rico que había almacenado bienes para muchos años o el de la parábola de Lázaro comían, bebían y se daban la buena vida, pero terminan de una manera desastrosa (12,19; 16,23); el tesoro que parecía asegurar la vida queda ridiculizado, porque hasta las polillas pueden destruirlo (12,34). Los sabios y entendidos tampoco quedan mejor parados que los ricos (10,21) frente a esa turba de insatisfechos que son desde siempre los hambrientos, los pobres, los ig-

norantes de solemnidad, toda esa gente que anda inquieta buscando, pidiendo y llamando a las puertas. El evangelista los presenta con una simpatía que no puede ser calificada más que como descaradamente tendenciosa.

Las experiencias de mayor ternura y de mayor alegría las viven personajes heridos por una ausencia, por una pérdida que los ha dinamizado hacia la búsqueda. Si el hijo o la oveja o la moneda recobran tanto valor, es porque el hueco que dejaron al perderse hizo caer en la cuenta a los que los tenían junto a ellos de cuánto los querían y cuánto significaban en sus vidas.

En cambio, aquellos convidados rechazaron la invitación, porque estaban tan a gusto con su nuevo campo, su boda o su yunta de bueyes, y lo tenían todo tan redondo y tan completo, que les pareció que no necesitaban nada más. Su misma saciedad los tenía embotados y los incapacitaba para darse cuenta de lo que significaba el banquete que se iban a perder. Es posiblemente esta parábola la que mejor nos revela la clave de por qué hay en el evangelio tanto rechazo de la satisfacción y de la saciedad: porque el *hambre*, la *sed* y el *deseo* son los grandes símbolos que nos vinculan al Reino y nos mantienen expectantes y en marcha; y cuando los símbolos se desvirtúan, el acceso a la realidad que simbolizan se hace casi imposible.

Lo mismo que la seguridad que da la riqueza se convierte en un ídolo, lo mismo que el sueño afloja la tensa espera del esposo que está al llegar, la saciedad engaña nuestra hambre, y el agua de charcos que bebemos en el camino entretiene nuestra sed; y llegamos a creer que no hace falta seguir caminando para llegar al manantial.

Podemos vegetar pacíficamente en nuestros pequeños tráficó cotidianos, como aquella isla del poema de Dámaso Alonso:

«Isla ufana de sus palmeras,
de sus celajes y de sus flores,

llena de dulce vida y de interior isleño,
...
pero olvidada, ensimismada en sueños
como suaves neblinas,
quizá sin conocer
el ceñidor azul que la circunda,
su razón de existir,
lo que le da su ser...»¹

Y si nunca hemos sospechado que ese mar tiene tempestades, y estamos más o menos conformes con que las cosas sean como son y estén como están; si decimos con frecuencia: «total-para-lo-que-se-puede-hacer»; si no nos quema por dentro el ansia de que se descubra el revés de la trama de la historia ni se nos enciende nunca la chispa del deseo de que el misterio que nos envuelve sea reconocido como *Abba*, entonces presentamos un síndrome absolutamente tóxico y nos será difícil rezar con una mínima coherencia el Padrenuestro. Porque todo él es clamor impaciente de hijos a quienes apremia el deseo de acelerar la hora de comer y beber y saciarse juntos en el banquete definitivo, alrededor de la gran mesa preparada por el Padre.

Hasta que llegue ese momento, el Padrenuestro tiene una misión mistagógica, y quizá sea suficiente dejarnos educar por él y permitir que nuestra pequeña isla satisfecha se vaya dejando anegar por las grandes olas de Dios: su Reino, su voluntad, su gran proyecto del pan compartido y de la comunión rehecha.

El Padrenuestro nace del atrevimiento

Y es la liturgia misma, tan sobria y tan enjuta, la que lo afirma así. Siempre me ha parecido casi un milagro el que, en medio de la severidad tan gris de sus rúbricas, se nos haya

conservado ese estallido de color que es la exhortación a la audacia que precede al Padrenuestro. Y me parece una maravilla, precisamente porque el atrevimiento no es una actitud característica de nuestra Iglesia y, en general, está considerado como algo incómodo que desentona allí donde las cosas están ordenadas, clasificadas y convenientemente revestidas de dignidad. Suena más o menos a falta de respeto, como si un niño se pusiera a hacerle cosquillas a un guardia suizo del Vaticano.

Desde luego, hay que ser atrevidos para llamar a Dios *Abba* y para expresar en alto peticiones que, de por sí, se nos congelarían en la garganta. Si la oración la hubiéramos inventado nosotros, nos habría salido menos utópica, más modesta y adecuada a la realidad de nuestros sentimientos, de los que no nace tan espontáneamente decir: «hágase tu voluntad» o «perdónanos como nosotros perdonamos».

En cambio, el Padrenuestro tiene mucho de ese talante desinhibido y casi descarado de esas gentes del evangelio ante las que Jesús no oculta su admiración y que a nosotros nos da la impresión de que se pasaban de atrevidos: nos parece que la cananea estuvo inoportuna con tanta insistencia; que Bartimeo daba demasiadas voces; y no digamos nada de aquel que llamaba a la puerta de su vecino a medianoche para pedirle un pan para su amigo. No nos resulta correcto que la hemorroísa recurriera a los empujones para conseguir tocar a Jesús, ni mucho menos que cuatro individuos metieran por el tejado la camilla del paralítico.

Nosotros, gracias a Dios, tenemos otra educación, somos mucho más ponderados y discretos y sabemos situarnos en una postura equidistante y ecuánime, en ese paraíso dotado de toda clase de bienes preternaturales que es el centro, desde el que no nos decidimos a dar un paso hacia ninguna parte, no sea que peligre ese «patrimonio espiritual de Occidente» que llamamos *prudencia*.

El lenguaje eclesiástico es experto en matices y sutilezas y, gracias a unos cuantos adverbios y adjetivos estratégica-

1. DÁMASO ALONSO, *Hijos de la ira* (Madrid 1979).

mente colocados, puede conseguir que las afirmaciones más afiladas se vuelvan aterciopeladas y redondas².

Claro que más vale así, porque, cuando alguien se atreve a llamar a las cosas y a las situaciones por su nombre, suele durar poquísimos en los cargos públicos, en los puestos de gobierno e incluso en este mundo. Monseñor Romero decidió salirse de ese lenguaje esférico que apunta en todas las direcciones, y así le fue...

Por eso nosotros preferimos adoptar las cualidades del agua, que es inodora, incolora e insípida y, encima, tibia. Y eso, aunque estamos avisados de lo que ocurre con lo tibio cuando va a parar a la boca de Dios.

Menos mal que el Espíritu Santo que anima a la Iglesia es mayor que ella y le hace decir cosas casi a pesar de sí misma, como pasaba con los profetas. Por eso no deja de empujarnos a la audacia y de sacudirnos cada año con el: «conviértete y cree en el evangelio», y cada día con el *atrevimiento* del Padrenuestro. El «audemus dicere» que nos lo enmarca es una llamada de alerta, un aviso grave: decir «venga tu Reino» y «hágase tu voluntad» no es inofensivo ni intrascendente, no es una espera pasiva de que el Padre los haga llover del cielo: lo que le estamos pidiendo es que nos ponga en la brecha junto a su Hijo, para vivir y trabajar en la historia como él³.

2. Así, la opción por los pobres «no puede ser exclusiva ni excluyente», porque, además, *pobres* son los pobres, pero también son *pobres* los ricos, de puro ricos que son. Los *votos* de los obispos para nombrar a su presidente no son ni de derechas ni de izquierdas, ni conservadores ni progresistas. Las mujeres debemos tener responsabilidad y *participación* en la vida de la Iglesia, pero —aclaran los documentos oficiales— «según su *naturaleza peculiar* y su *cometido propio*»; y el determinar en qué consiste nuestra *peculiaridad* corresponde, naturalmente, a los varones, según la «venerable tradición». (Y una se va al diccionario a mirar «*opción*», «*pobres*», «*voto*», «*participación*» y «*venerable*», por si se ha confundido de palabras...).

3. JON SOBRINO. «La oración de Jesús y del cristiano»: *Noticias Obreras* 9 (1985).

Y ese riesgo que recorre la oración llega hasta el «Amén» con el que afirmamos como verdadero lo que acabamos de decir, y lo reconocemos como válido y seguro y, por eso mismo, vinculante.

Lo que había empezado por un *atrevimiento* concluye con una vinculación, y por eso reproduce, como en maqueta, lo que es el proceso mismo de la fe. Y es que tanto el creer como el orar, que es su cara consciente, nacen de un riesgo que corremos voluntariamente al apoyarnos en una certeza diferente de la que nos proporcionan las verificaciones sensibles o los cálculos matemáticos. Cuando nos decidimos a creer o a orar, damos libremente un primer paso hacia ese Alguien que siempre nos precede; pero eso no nos es evidente cuando nos exponemos a su exigencia. Y, sin embargo, intuimos oscuramente que, si no nos arriesgamos a jugarlo todo a un amor, nunca llegaremos a saber si ese amor era capaz de sostener el todo de nuestra vida.

Nunca haremos la experiencia de que Dios es ternura y acogida Incondicional si no nos lanzamos a llamarle *Abba*; sólo si nos atrevemos a ir más allá de la negatividad de lo real, podremos ser alcanzados por la certidumbre del *Amén* de Dios.

La Iglesia nos alienta y sostiene en esta aventura del creer y del orar, porque ella es «*audax pusillanimis*», como es también «*casta meretrix*». Y es ahí donde se esconde lo más hermoso y lo más grande de su misterio.

El Padrenuestro nace de la despreocupación

Porque las preocupaciones tienen mala prensa en el evangelio, y hay que andar muy atentos para no confundirlas con la vigilancia, que está mezclada con ellas como el trigo con la cizaña.

Cuando nos encerramos en nuestro cuarto a orar, las preocupaciones o se quedan dentro o se ponen a golpear la puerta

de nuestra conciencia y pretenden siempre pasar las primeras y ser atendidas en el acto.

Son ellas las que tejen nuestra versión apócrifa del Padrenuestro: si nuestro buen nombre ha quedado maltrecho, si nuestros planes están a punto de frustrarse o si algo amenaza nuestra santísima voluntad aquí en la tierra, entonces ponemos el grito en el cielo. Con lo del pan coincidimos un poco más, pero cambiando el «nuestro» por «mío» y recordando más lo que otros nos deben que lo que nosotros tenemos que perdonar.

No; las preocupaciones no son un buen humus para que florezca la oración; y, si no conseguimos distanciarnos de ellas, convertiremos el gran árbol del Padrenuestro en un *bonsai*, más o menos artístico, pero enano.

«No andéis preocupados por vuestra vida», decía Jesús (Lc 12,22); «no toméis nada para el camino» (Lc 9,3); «el que pretende poner su vida al seguro la perderá» (Lc 17,33); es inútil andar levantándose por la noche, porque «la semilla crece sin que se sepa cómo» (Mc 4,24).

Ni siquiera por el Reino hay que preocuparse: hay que *buscarlo* (Lc 12,29-31); el cambio de verbo es significativo, porque nos hace ver que la ansiedad es como una sustancia radiactiva que puede contaminarlo todo.

Lo que ocurre es que nosotros confundimos la búsqueda con la preocupación, la intensidad con la tensión, y el ser responsables con el hacernos los importantes. Nos deslumbran secretamente esos personajes que van por la vida «de valiosos», abrumados por la trascendencia de sus responsabilidades y protegidos por un equipo de defensa y camuflaje que suele constar de agenda a tope, rictus de prisa, maletín de documentos y bibliografía en alemán. Podrían llevar colgada a la espalda aquella pegatina de: «Estamos tan ocupados que no sabemos si vamos o venimos», y seguramente hace mucho tiempo que no han probado a descalzarse, a jugar a las chapas con un niño, a reírse a carcajadas o a comerse por la calle un helado de fresa.

«Je suis sérieux, moi», decía al Principito el habitante de aquel planeta que contabilizaba estrellas sin poder perder un minuto; y se diría que en nuestro planeta-iglesia sobran ejecutivos y funcionarios y faltan cantores y poetas. Y eso supone, entre otros peligros, que llegue a resultar poco serio el que a alguien le interese cómo son por dentro los pétalos de un lirio, quién alimenta a los gorriones en invierno o qué siente una mujer después de haber parido...

A Jesús le quedaban tiempo y espacio interior para ocuparse de todo eso, que eran para él cosas del Padre. Pero es que el lugar que en nosotros se reservan nuestro *yo* y su séquito, en él estaba vacío, como un hogar abierto, iluminado y caliente.

No sabemos ser como él; pero, si probamos a dejar las puertas de nuestra vida abiertas, entrarán la gente y sus problemas; si nos asomamos a las ventanas, probablemente llegará a nosotros el rumor de otros gritos y de otras esperanzas, y entonces nuestras pequeñas preocupaciones se irán quedando arrinconadas y olvidadas en el cuarto trastero y, cuando nos pongamos a rezar, nuestro *yo* encontrará su verdadero sitio junto al *Tú* del Padre y el *nosotros* de la comunidad de hermanos.

También aquí el Padrenuestro es mistagógico: atrevemos a decir: «Padre, santificado sea tu nombre», y a dejar el cuidado del nuestro en sus manos, libera para el Reino toda esa atención y energía que dedicamos a intentar asegurarnos y protegernos por nuestra cuenta. Porque el secreto de la *despreocupación* está en la decisión de confiar en que quien se ha hecho cargo de nuestro nombre, lo lleva grabado en sus palmas como un tatuaje (Is 49,16).

El Padrenuestro nace de la com-pasión

Desde los tiempos de Pablo andamos los cristianos bastante convencidos de que no sabemos pedir como conviene; pero la raíz de esa incapacidad es que no sabemos *sentir* como

conviene. Por eso nos viene grande el Padrenuestro, y sospechamos vagamente que no está hecho para nosotros, sino para una talla mayor, para unos superhombres verdaderamente filiales, fraternos, libres y entregados al Reino y a su justicia. Y, en realidad, no nos falta algo de razón, porque sólo Jesús sabe rezarlo: es él quien fue acostumbrando a Dios a ser invocado como *Abba* desde el tiempo y la historia; sólo él sabía lo que decía al pedir que se cumpliera su voluntad; y, cuando nos enseñaba a desear la llegada del Reino y el pan y el perdón, era consciente de lo poco que lo comprendíamos nosotros, a pesar de que nos lo había explicado mil veces con nuestras palabras sencillas de cada día.

La verdad es que el problema no está en nuestra falta de comprensión, sino en nuestra falta de *sim-patía/sin-tonía* con el *pathos* de Jesús: estamos enfermos de desencanto y apatía; la abundancia y la seguridad nos han inmunizado contra el deseo; vivimos en un presente diminuto que nos marcan nuestros relojes digitales, y no somos capaces de desear apasionadamente el futuro que nos ha sido prometido. «*Fove quod est frigidum*», nos hace suplicar la Iglesia al Espíritu; y es como pedirle que haga nacer en nosotros la pasión misma de la que brotó el Padrenuestro. Porque sólo el Espíritu puede poner a nuestra disposición el amor torrencial de Jesús, toda esa capacidad suya de ser cercano y comprometido con la causa de Dios y del hombre; de afligirse y gozar y dejarse afectar por lo que les ocurre, sobre todo, a los más pequeños; de abrazar visceralmente, desde las entrañas, los sentimientos de los otros; de imaginar y ofrecernos la alternativa radical y utópica de la historia según Dios; de creer tercamente en la posibilidad de novedad de cada hombre y de cada mujer...

Todo eso está ahí para nosotros, como un gran fuego que puede derretir nuestra indiferencia y nuestra insensibilidad, como un río en crecida, capaz de arrastrar nuestros aburrimientos y hastíos, nuestras apatías y desánimos. Y sólo necesita que estemos dispuestos a esa *com-pasión*; que acep-

temos entrar en el ritmo de otro corazón que no es de piedra como el nuestro; que *con-sintamos* en ser invadidos por un amor que es mayor que nuestro propio amor.

Volver al Padrenuestro

Y para terminar, una convicción que fluye más mansamente que las otras: al Padrenuestro hay que *volver*. Por aquello de las sutilezas del lenguaje, decir esto no es exactamente lo mismo que decir: «*hay que volver al Padrenuestro*», porque un imperativo categórico no puede alcanzar a eso del *volver*, que es una de las «experiencias fundantes» de nuestro ser creyente.

Lo que quiere expresar es que, normalmente —y salvo esas excepciones de trayectoria en flecha, propia de niños angélicos y jóvenes purísimos, que también los hay—, la vivencia más común de ese pueblo de a pie que somos los demás es la de hacer camino con los vaivenes de un carromato desvencijado. Y la de necesitar volver al hogar del que nos habíamos alejado, para sentirnos, otra vez, dentro de ese hueco acogedor del Padre-Madre que nos estaba esperando y hundirnos en él como en un útero que nos recrea y nos hace nacer de nuevo.

Al que *sabe* de eso, también la oración se le convierte en un «cántico nuevo», porque ahora brota del corazón de alguien a quien «se le ha perdonado mucho» (Lc 7,47).

La historia de muchos de nosotros está marcada por las huellas de habernos marchado a tierras lejanas y haber dejado atrás el Padrenuestro. Nos hemos gastado la herencia en «hacernos un *nombre*» (cf. Gen 11,4) para llevarlo entre las manos como la estatuilla de oro de un «óscar»; pero, a la larga, resulta incómodo llevar siempre las manos ocupadas en protegerlo; y, además, con el paso del tiempo, se ha oxidado, y todos se han dado cuenta de que era de pura hojalata. Hemos traficado y batallado por nuestra propia per-

fección o por afirmarnos a fuerza de saber, poder o tener; y, al final, ese pequeño reino se nos ha quedado tan estrecho y oscuro como un patio de vecindad. Hemos probado a qué sabe el pan que se busca con ansiedad o que se retiene con avidez, y el estómago se nos ha quedado vacío. Hemos hecho sesiones de dinámica de grupo y nos sabemos de memoria toda la teoría de las relaciones humanas, pero seguimos fallando en eso de dejar a los otros abierto el futuro, en ese antiguo gesto de *perdonar*. Hemos caído en casi todas las *tentaciones*, porque no nos pareció necesario aceptar humildemente que solos no éramos capaces de vencerlas.

Hemos probado a repetir *mantras*, a poner la mente en *alfa*, a sentarnos, con indecibles penurias, en la postura del loto... Pero tenemos que reconocer que aún no hemos aprendido a orar.

Y ese momento puede ser precisamente aquel en que la gracia nos dé alcance, porque nos sentimos empujados de nuevo hacia el Padrenuestro.

Volvemos con los pies llenos de polvo y de cicatrices, con las manos y la mochila vacías, y el corazón mucho más silencioso.

Las palabras del Padrenuestro siguen ahí para nosotros, esperándonos como los muros familiares de la casa paterna o el río de nuestra infancia.

Podemos volver a pedir a Jesús desde lo hondo de nuestra pobreza: «Enseñanos a orar...» Y él volverá a respondernos, como si fuera la primera vez: «Cuando oréis, decid: Padre nuestro...».

Alguien nos pondrá entonces un vestido de fiesta, un anillo y unas sandalias nuevas. Y entraremos en casa para comenzar el banquete.

«Esto os servirá de señal: encontraréis un niño...»

(Lc 2,12)

La señal

La narración del nacimiento de Jesús según Lucas podría distribuirse en un tríptico, al modo de las tablas flamencas.

En la *primera tabla*, y sobre un fondo sombrío, resalta la descripción lineal (y, al parecer, intrascendente) de una situación humana sin excesiva relevancia: que un hombre y una mujer embarazada, habitantes de un país dominado por el Imperio de turno, tuvieran que someterse a una caprichosa ley de empadronamiento, no es, en último caso, más que un inconveniente inoportuno.

Nada fue preparado exclusivamente para ellos, ni se detuvieron las leyes de la historia. El edicto de César los alcanzó como a cualquier otra familia judía de entonces, y no dispusieron de ninguna exención, de ninguna escapatoria. El modo como Jesús entra en nuestra historia está empujado por un «también», por un «como uno de tantos». Por eso le encontraremos más tarde en la fila de los que bajan a ser bautizados por Juan, o inquieto por averiguar qué es lo que dicen de él, o luchando hasta la agonía en una noche de

oración para que su obediencia filial venza todas sus rebeldías ante la muerte.

✓ No viene a retener categorías ni a escapar de ninguna fatiga. Le ha alcanzado un edicto inoportuno y le alcanzará la sentencia de crucifixión.

Por eso, el que, una vez más, se les cierran las puertas a los pobres y no haya más sitio que una cuadra para refugiarse y un pesebre para acostar al recién nacido, tampoco es sorprendente. Millones de hombres en el mundo entero nacen en condiciones de extrema carencia. *comparedo, se lo*

Tampoco es extraño que unos pastores pasen la noche al raso, aguantando como tantos otros las duras obligaciones de un trabajo sin tregua.

Todo transcurre a la intemperie, sin techo alguno de excepción o de privilegios, en la opacidad oscura de leyes implacables, en medio del acontecer vulgar de un puñado de vidas humanas que no parecen incidir decisivamente en la historia. Es de noche.

En cambio, en la *tercera tabla*, a la derecha del tríptico, todo está inundado de luz: la gloria del Señor lo tiene todo envuelto en su resplandor. El temor de la noche ha sido barrido por un torbellino de alegría; el silencio se ha poblado de palabras de gozo que alcanzan, milagrosamente, aquel rincón olvidado de los campos de Judea.

Hay ángeles que cantan un himno de alabanza que ninguna voz humana podría modular; la gloria de Dios y su paz se derraman más allá de los personajes concretos que las reciben, y alcanzan a todo el pueblo.

Pero falta la *tabla central*, la que encierra el misterio, un misterio que no se revela con claridad en un primer momento y que no se pone al alcance de la simple curiosidad. Es así como velaban celosamente las primeras comunidades cristianas aquello que constituía su tesoro más precioso.

Lo que vemos en el centro del tríptico, un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre, es algo que se ofrece

como *una señal*, y por eso todo va a depender de la mirada de quien lo contempla.

Es posible verlo sin descubrir nada: se trata de un niño sin más importancia; no es más que una pequeña vida humana, aún sin demasiadas posibilidades de llegar a ser significativa. Y, en todo caso, uno tiene los ojos cansados de ver niños famélicos, hombres y mujeres heridos en las cunetas de la vida, continentes enteros clamando como las viudas y huérfanos del antiguo Israel.

Aquí no hay apariencias ni novedad, no llama nuestra atención el poder ni la belleza, no se nos ofrecen seguridades. No hay nada que atraiga, y el espectador se aleja. No ha visto la *señal*.

Otros sí la han visto. «A los que le recibieron —dirá Juan en el prólogo de su evangelio— se les dio poder de ser hijos de Dios», es decir, de tener en el corazón la suficiente capacidad de asombro como para dejar atrás la imagen de un Dios revestido de lejano poderío y acoger la locura de su irrupción en este gran Belén de nuestro mundo.

A los que miran así, «les hace guiños» la pobreza de este niño y el empobrecimiento de todos los que hoy la siguen padeciendo. Por eso se les van los pies en busca de esos últimos lugares, de los descampados e intemperies de nuestra historia.

Pero a mirar, comprender y sentir así no se aprende solo: por eso es bueno acercarse en Navidad a María, que, silenciosamente, guardó en su corazón aquella noche el recuerdo maravillado de lo que sucedía.

Porque ese recuerdo y ese asombro que ella ha guardado para nosotros nos están esperando esta noche.

«Encontraréis un niño»

No es difícil encontrar al Niño la noche de Navidad. Está tan accesible, tan indefenso, tan al alcance del que se acerque... Está ahí para ser visto, oído, palpado. «La vida se

manifestó, y nosotros la vimos y damos testimonio» (1 Jn 1,2).

Lo difícil es continuar el encuentro, convertirlo en el punto de orientación de la vida entera, seguir encontrando a Alguien que ya no está en Belén, sino en este mundo nuestro de antenas parabólicas, asfalto, música rock y jeringuillas en los descampados. Hay que seguir buscándolo; pero a estos aprendices de buscadores que somos nosotros no se nos da más que una señal: «Encontraréis un niño».

Nuestros ojos se desconciertan: están acostumbrados a detenerse en lo que brilla, en lo que destaca, en lo que «se anuncia» de cualquier manera, y ahora tienen que descubrir esa señal que está en la penumbra de lo pequeño y de lo escondido, en la oscuridad de esas gentes que no aparecen como significativas ni influyentes, porque tienen, saben y pueden poco.

Nuestra fe se siente débil: se le pide que crea que por debajo de las apariencias endurecidas de tantas vidas hay un niño perdido a la espera de alguien que reconozca su presencia.

Nuestro corazón se estremece: presiente que tendrá que hacerse más vulnerable, porque a un niño hay que acercarse desde la ternura y no desde el poder, desde el desarme y no desde la agresividad...

Nuestro «personaje» se siente amenazado: para encontrar a un niño no hay que subir, sino bajar; no hay que deslumbrar, sino acoger; no hay que esforzarse en ser valioso, sino sencillo.

Pero, más adentro de todo eso, el niño que somos cada uno de nosotros da saltos de gozo y nos empuja al juego y a la simplicidad; nos llama a recobrar esa inocencia que en los adultos consiste en seguir esperando y confiando, más allá de todas las decepciones.

Cuando un individuo, o una comunidad, o esa comunidad grande que es la Iglesia, consiente en bautizarse en esa se-

gunda inocencia, sus verbos cambian, y prefiere *preguntar* en vez de dictaminar, *acompañar* más que prohibir, *atreverse* más que defenderse, *persuadir* en vez de imponer, *animar* en vez de amenazar, *confiar* en vez de recelar. Y es en esa niñez reencontrada donde el mundo puede reconocer *una señal*.

«En lo oculto me iba yo formando» (Sal 139,15)

Vivimos tan acosados por la prisa, tan acelerados por nuestras ocupaciones, que demasiadas veces sólo estamos atentos al resultado último de las cosas, a su brillo final. Nos urge ver cuanto antes el rendimiento de nuestro esfuerzo; nos parece tiempo perdido lo que no es inmediatamente comprobable; nos impacienta la lentitud con que avanzan nuestros proyectos; nos cansa tener que estar siempre empezando en la tarea de corregir nuestros defectos y soportar los de los demás.

La vida se encarga de sosearnos si nos dejamos enseñar por ella: las leyes secretas del crecimiento, la desproporción entre los largos períodos de aprendizaje y el resultado conseguido, la resistencia de la realidad a dejarse avasallar por nuestras urgencias, pueden convertirse en las agujas que van tejiendo pacientemente el proceso de nuestra maduración.

Pero es, sobre todo, en medio de la oscuridad de la noche de Belén donde podemos recibir la visión de un orden diferente y ser iluminados por su claridad. Hay un niño dormido sobre un pesebre; el mundo ha esperado un advenio de siglos desde la creación para preparar su llegada; durante nueve meses ha sido tejido en lo secreto del seno de una muchacha galilea; va a necesitar treinta largos años hasta que cuaje su personalidad. Va a tener que pasar tiempo hasta que su voz sea lo bastante sonora para dejarse oír desde la orilla, cuando hable desde una barca; va a tener que vivir sin prisa junto a una mujer contemplativa para que sus ojos aprendan a mirar más allá de las cosas, y a tener que trabajar mucho hasta que

sus hombros se vuelvan lo bastante fuertes para aguantar los golpes y resistir el peso de un madero.

Acercarnos a él dejando atrás nuestras prisas, nuestra superficialidad impaciente. Aceptar que su ritmo sea el nuestro, acoger su tiempo y su medida, abandonar entre sus manos nuestras preocupaciones por la eficacia. Dejar que renazca en nosotros la confianza en la fecundidad de una vida escondida con Cristo en Dios, la fe en que sólo lo escondido resiste, la seguridad de que Alguien se encarga de que germine y dé fruto lo que ha consentido hundirse, como él, en la oscuridad de la tierra.

Acampado junto a nosotros

El comienzo del prólogo de Juan nos remonta a lo más alto y más sublime del misterio trinitario: «La Palabra, en el principio, estaba junto a Dios».

La expresión es, a la vez, sobrecogedora y humilde: nosotros sabemos bien qué es eso de estar unos junto a otros; somos conscientes de necesitar el cobijo y el calor que da la cercanía humana. De lo que es y significa «estar junto a Dios» sabemos menos; es decir, en realidad no sabemos apenas nada: es un nivel al que, si no fuera por Jesús, no tendríamos posibilidad de acceso. Nosotros pertenecemos a la noche, y por nosotros mismos no podemos alcanzar el ámbito de la Luz.

Pero, un día, ese Dios a quien nadie ha visto nunca decidió rasgar la tiniebla y plantar su tienda junto a nosotros. La palabra cambió la vecindad de Dios por la vecindad de los hombres, y el resplandor de la gloria acampó junto a la debilidad de nuestra carne.

El verbo que elige Juan en su prólogo evoca un mundo de imágenes muy concretas: *acampar* es muy distinto de instalarse, de residir, de asentarse. El que acampa no suele disponer de un terreno ni ejercer derechos de propiedad sobre

él; ni siquiera puede estar seguro de que no será arrojado fuera. Una tienda es algo frágil, y hay que plantarla al abrigo de la ladera de un monte o de un muro, porque está expuesta a todos los vientos y a todas las intemperies. Una tienda se instala casi sin herir la tierra, casi sin hacer ruido, como pidiendo tímidamente permiso y asegurando que no va a molestar. El que acampa no se protege con puertas blindadas ni con alarmas; su única defensa consiste en confiar en que su misma debilidad y pobreza le defenderán de cualquier codicia.

Alguien ha venido a vivir así entre nosotros. No va a imponer nada, no va a ejercer la fuerza de su señorío ni a tomar posesión de nuestra tierra con imperativos categóricos. Le oiremos decir: «Si quieres...», «si alguno se quiere venir conmigo...», «estoy a la puerta y llamo: si alguien me abre...» Sabremos que es él, porque la caña cascada se enderezará entre sus manos. Porque su aliento conseguirá que, de la mecha que se apagaba, vuelva a brotar una llamita. No gritará ni se impondrá con violencia, pero las fuerzas del mal se someterán a su autoridad, y alguien reconocerá con asombro: «Tú tienes palabras de vida eterna».

El evangelio de Lucas expresa esta misma realidad con su estilo peculiar y subraya el misterio de esta elección: el nombre de César Augusto evoca el universo de la autoridad, el poder y la fuerza según nuestros criterios. Según una buena lógica, el artífice de la «paz augusta» tendría que ser el primer beneficiario de la vecindad de aquel que viene a ser nuestra paz.

Y, sin embargo, el que «estaba junto a Dios» acampa en otro lugar muy distinto de la Roma del César y elige el descampado de un pueblo del que hay que precisar que era «de Judea», como habrá que precisar también que Nazaret era «de Galilea». Belén y Nazaret no tienen categoría por sí mismos, no son conocidos como lo serían Roma o Jerusalén.

Tampoco los pastores tienen, en el texto de Lucas, nombre propio: son otra personificación de lo no importante, de

lo no significativo. Son los representantes de esa masa anónima de gente de abajo, de pequeña gente que no cuenta a los ojos del mundo.

Pero es su cercanía y no otra la que ha buscado en primer lugar el Verbo al tomar nuestra carne.

Son ellos y no el César los que se ven envueltos en la claridad de su gloria. Son ellos quienes escuchan la buena noticia de la paz, y son los de la intemperie los que quedan bañados en el resplandor de la Gloria.

Una vez más, la Navidad viene a nosotros como noticia gozosa y también como encrucijada, como momento de decisiones.

Ahora ya sabemos junto a quiénes tenemos que buscar al que ha venido a estar entre nosotros. Ahora ya se nos ha anunciado que es en medio de la debilidad de nuestra humanidad donde podemos encontrarlo.

Y no hay otro lugar donde podamos aprenderlo más que ese descampado de Belén de Judá, en el que un grupo de los que no saben, no pueden y no tienen, está en vela en medio de la noche.

Acercarnos hoy a ese rincón de Belén de Judá donde acampa silenciosamente el Verbo, a esos rincones del mundo donde acampa hoy su humanidad doliente. Ofrecerle (ofrecerles) abrigo, acogida, suelo donde acampar. Porque han venido a lo suyo, están en lo que es suyo, y el gozo de recibirles está hoy a nuestro alcance.

«Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres que Él quiere tanto» (Lc 2,14)

Las palabras que Lucas pone en boca de los ángeles en la escena de la anunciación a los pastores son mucho más que un himno de alegría por el nacimiento del Salvador. Y lo son, porque constituyen como la obertura sinfónica de lo que

va a ser toda la existencia de Jesús, algo así como la «banda sonora» que va a acompañar toda la «película» de su vida.

Cuando Pablo trate de expresar el descenso vertiginoso del Hijo a la densidad de nuestra historia, utilizará un verbo sobrecogedor: «se anonadó», «se despojó de su rango». *Ekenosen*, decían los cristianos de lengua griega; «se vació». «*Caro oblita sui*», dirá Ireneo: carne olvidada de sí misma. «El hombre para los demás», dirán los teólogos de nuestro siglo.

Qué extraña identidad la suya, habitada por una única referencia que Lucas desdobra aquí en dos términos: la *gloria* de Dios y la *paz* de los hombres.

«Yo tengo otro alimento que vosotros no conocéis», dirá un día a sus discípulos (Jn 4,32). Y es que nosotros nos alimentamos, nos hacemos fuertes, buscamos la supervivencia afirmando nuestro yo, «haciéndonos un nombre» (Gen 11,4), realizando nuestros propios proyectos; y él, en cambio, se alimenta de la palabra del Padre (Mt 4,4), no busca más que su voluntad (cf. Jn 6,38). Y esa voluntad es que sus hijos dispersos vuelvan a casa y vivan esa plenitud de bendición y de vitalidad que la Biblia conoce como *paz*. Buscar todo eso le apasionará tanto, le invadirá tan totalmente, que vivirá des-centrado, des-quiciado, porque su centro y su gozne son su Padre y sus hermanos.

«Ha perdido el juicio», llegarán a decir de él sus parientes (Mc 3,21), y seguramente con razón, porque nada más ajeno a nuestra juiciosa prudencia, a nuestras razonables componendas, a nuestros calculados equilibrios, que esta vida que hoy está empezando y que, ya desde ahora, carece de toda sensatez, de toda medida.

Se diría que el himno de esta noche le ha emborrachado, le ha sacado de sus cabales, y que a partir de ahora ya no sabrá vivir más que «en-ajenado», «alter-ado», incapaz de vivir a otro ritmo que no sea el del derroche, la esplendidez, la ruptura de límites...

«Con Él, ningún dios extranjero»

(Dt 32,11)

Rondar esta noche por ese lugar donde alguien ha empezado a existir-para-los-demás. Acercarnos a él sin intentar artificialmente vaciarnos de nosotros mismos para parecernos a él: sólo después de haber encontrado un tesoro se vende gozosamente todo lo demás, dirá él de mayor. Sólo cuando los oídos han captado la música, pueden los pies ponerse a danzar.

Por eso, exponernos esta noche «al raso», como los pastores, por si acaso nos alcanza la melodía de su canción: «*Gloria a Dios, paz a los hombres*».

Dejarnos arrastrar por ella, tararearla, murmurarla en lo secreto de nuestro corazón. Y, si nos es dado, ponernos a danzar a su ritmo. Aunque sea una locura.

Los dioses extranjeros fueron una de las obsesiones de los Profetas de Israel, uno de los núcleos que polarizaron su atención, sus indignaciones, sus intervenciones apasionadas.

Arremeten contra ellos con lo más punzante de su ironía:

«Gritad más fuerte —decía Elías riéndose de los sacerdotes de Baal que brincaban en torno al altar que habían levantado—; Baal es dios, pero estará meditando, o bien ocupado, o estará de viaje... A lo mejor está durmiendo y se despertará» (1 Re 18,27).

Los nombres de los dioses de Babilonia y su pretendida fuerza salvadora son ridiculizados por el 2.º Isaías:

«Se encorva Bel, se desploma Nebo; sus imágenes las cargan sobre bestias y acémilas, las estatuas que lleváis en andas son una carga abrumadora» (Is 46,1).

«No comprenden ni distinguen, tienen los ojos cerrados y no ven; las mentes y no entienden (...) Una mente ilusa los extravía, no son capaces de decirse: ¿Voy a postrarme ante un tronco?» (Is 44,18-20).

Otras veces, su acento se vuelve patético:

«¡Si volvieras, Israel, si a mí volvieras...!
Si apartaras de mí tus execraciones,
no irías errante...» (Jer 4,1).

«¿Cambia un pueblo de dios? Y eso que no es dios,
pues mi pueblo cambió su Gloria por el que no sirve».

«¡Espantaos, cielos, de ello, horrorizaos y pasmaos!
—oráculo del Señor—,
porque dos maldades ha cometido mi pueblo:
me abandonaron a mí, fuente de agua viva,
y se cavaron aljibes, aljibes agrietados
que no retienen el agua» (Jer 2,11-13).

La verdadera identidad de Israel, el camino de su conversión, pasó siempre por la decisión de alejarse definitivamente del engaño de los ídolos, de «no tener que ver ya con las imágenes» (Os 14,9). Era eso lo que le recordaba constantemente la catequesis del Deuteronomio:

«Como el águila incita a su nidada
revoloteando sobre los polluelos,
así extendió él sus alas, los tomó
y los llevó sobre sus plumas.
El Señor solo los condujo,
no hubo dioses extraños con él» (Dt 32,11-12).

Nosotros podemos leer esos textos como si el problema no fuera nuestro; con el alivio de que, al menos, hay un pecado del que nadie podrá acusarnos: que somos ya muy mayores y muy cultos para andarnos con figurillas.

Quizá admitamos la sospecha de que podemos tener pequeños ídolos a los que ofrecemos un culto secreto: la propia imagen, el nivel de vida, el consumo...

Pero lo que ya es más difícil que aceptemos es la posibilidad de que, cuando creemos estar dirigiéndonos a Dios,

otras imágenes se interpongan entre él y nosotros, y no sea del todo claro si nos estamos dirigiendo al Padre de Jesús o a uno de aquellos dioses extranjeros con los que creíamos no tener nada que ver.

Y, sin embargo, quizá detrás de eso que llamamos «problemas con la oración» («no sé rezar, me aburro, me distraigo, nunca encuentro tiempo, no siento nada...»), lo que hay es una cuestión de contaminación del Tú de Dios por el humo del incienso que estamos ofreciendo a los baales de turno.

Buscamos al Dios vivo, pero llevamos puestas unas lentillas con imágenes que distorsionan nuestra mirada y desvían nuestros pasos hacia ídolos de muerte.

Vamos a detenernos a tratar de detectar y expulsar de nuestro jardín a algunos de esos dioses extraños que pueden sernos particularmente dañinos. No somos los primeros en luchar contra ellos; podemos apoyarnos en la experiencia de otros creyentes que vivieron muchos siglos antes que nosotros.

El Dios que no sabe/no contesta

El 2.º Isaías pone en boca del Siervo y de Sión estas constataciones escépticas:

«En vano me he fatigado,
en viento y en nada he gastado mis fuerzas.
¿De veras que el Señor se ocupa de mi causa,
y mi Dios de mi trabajo?» (Is 49,4).

«Decía Sión: Me ha abandonado el Señor,
mi dueño me ha olvidado» (Is 49,14).

Jeremías y Job se quejan de su lejanía:

«Señor, ¿acaso vas a ser como un forastero en el país, como caminante que se desvía para pernoctar?» (Jer 14,8).

«Si cruza junto a mí, no lo veo; pasa rozándome, y no lo siento. Aunque tuviera yo razón, no recibiría respuesta; aunque lo citara y me respondiera, no creo que me hiciera caso» (Job 9,11.15-16).

Hay una duda acuciante detrás de estas palabras: ¿es el Señor una presencia eficaz y activa, una atención dirigida a las causas y trabajos de los hombres, o será más bien como un muro espeso de silencio e inactividad, una ausencia pasiva y desinteresada que «tiene boca y no habla, tiene ojos y no ve, tiene oídos y no oye» (Sal 135,15)?

En el fondo, jamás nos atreveríamos a afirmar abiertamente que no interviene en nuestra vida ni que parece interferir poco en nuestra historia o en la de los demás. Pero, en la realidad, de lo que somos conscientes es de que somos nosotros los que hablamos, actuamos, tenemos iniciativas, tomamos decisiones...

Por supuesto que luego vamos a contárselas al dios, no faltaba más, y le damos las gracias o le pedimos perdón. Pero como a alguien que está quieto y tranquilo en su templo, esperando que acudamos a notificarle cortésmente cómo van nuestras empresas o nuestro progreso espiritual, cómo nos afanamos por su reino y qué nuevos proyectos tenemos entre manos. Todo ello a mayor gloria suya, como es natural.

Resulta confortable este dios que espera nuestras visitas, como una abuela paralítica en un 5.º piso sin ascensor y, por lo tanto, sin acceso al tráfico ordinario de nuestras actividades.

Lo que ocurre es que ése es un dios extranjero para la revelación bíblica, que nos pone en presencia de un Dios vivo, siempre dirigido hacia nosotros, siempre precedién-

donos y provocándonos, siempre adviniendo a nuestro encuentro y esperando una respuesta.

Lo nuestro no es tanto buscarle a él, sino no escondernos de su búsqueda; no tanto hablarle, sino escucharle; no tanto hacer cosas por él, sino dejar que él las haga en nosotros. No se trata ante todo de *emprender*, sino de secundar su impulso, de *consentir* a su acción.

A una Jerusalén distraída y ocupadísima, Isaías le reprochaba:

«¿Qué te pasa, que te subes en masa a las azoteas? Llena de ruido, *urbe estridente*, ciudad divertida. (...)

Inspeccionabais el arsenal, *descubríais* brechas, *recogíais* agua del aljibe, *hacíais* recuento de las casas, *demolíais*, *hacíais* depósitos...

Pero *no os fijabais* en el que lo hacía *ni mirabais* al que lo dispuso hace tiempo...» (Is 22,1-11).

Estamos dispuestos a fatigarnos y agotarnos por la causa de Dios; preferimos mil veces desgastarnos hasta el «stress» que intentar ir adquiriendo un talante más receptivo, más dependiente, más de cómplice que secunda que de Director General de los Asuntos del Reino, perpetuamente abrumado por su responsabilidad.

«Sois así, os conozco, haríais todo por mí excepto este pequeño abandono que es todo para mí.

Por favor, sed como un hombre que está en un barco sobre un río y que no rema constantemente, sino que, a veces, se deja llevar por la corriente»¹.

1. Ch. PÉGUY, *Palabras cristianas*, Salamanca 1982, p. 69.

No se trata de ningún iluminismo ni de ningún desprestigio de la praxis, sino, sencillamente, de preservarla de la ansiedad febril que hace de ella un simple resultado de la compulsividad de nuestro yo.

No se trata de privilegiar la contemplación a expensas de la acción, ese dilema tan falso que ha envenenado nuestra espiritualidad, sino de dar prioridad a la Palabra por encima de nuestro aturrido activismo; de hacer del trabajo, del servicio, de la lucha, de los afanes por la extensión del Reino, *una respuesta*, no una empresa; *una colaboración*, no una conquista.

La oración no es tanto una elevación de nuestro espíritu cuanto la actividad orante del Espíritu de Jesús en nosotros; no es tanto reacción de nuestra interioridad cuanto acción de Dios en lo más hondo de nuestro ser. Es más asunto suyo que nuestro.

Por eso, lo más y lo mejor que podemos hacer siempre por Dios es tratar de no ser un impedimento a lo que él está constantemente intentando hacer en nosotros.

Un segundo ídolo que suele amenazarnos es:

El Dios-a-quien-nos-tenemos-muy-sabido

Es un dios cómodo y portátil, familiar como un compañero de juegos de la infancia que ha ido creciendo a nuestro lado y se ha quedado más o menos de nuestra talla.

Nos lo presentaron de pequeños con el catecismo: «Aquí un Señor infinitamente bueno, sabio, poderoso, principio y fin de todas las cosas». Tanto gusto, el gusto es mío. Y entre el Ripalda y la BAC nos hicimos una idea aproximada de cómo era, entramos en una relación de costumbre un poco aburrida, nos creamos un dios plegable que cabía sin grandes problemas en las cajitas de nuestras definiciones y conceptos.

Y lo mejor que puede pasarnos es que, un día, dejemos de encontrar un tamaño de caja en la que nos quepa Dios.

«¡Ah, Señor, ya me lo decía yo cuando estaba en mi tierra. Por algo me adelanté a huir a Tarsis; *ya sabía yo* que eres 'un Dios compasivo y clemente, paciente y misericordioso'» (Jon 4,2),

decía Jonás, furioso, porque se sabía aquel dogma de memoria, como quien lo tiene colgado inmóvil en un perchero. Y, de pronto, tenía que enfrentarse con un Dios, desconocido a fuerza de ser familiar, que se empeñaba en perdonar en Nínive a todo bicho viviente. Con un Dios de compasión avasalladora, dirigida desbordantemente a una gente que no la merecía en absoluto.

Dios se salía de sus casillas, de los ámbitos que parecían inmoviblemente pactados, y avanzaba escandalosamente fuera de lo que decía de él la venerable tradición.

No era nada nuevo lo que le ocurría a Jonás, pero la lección era siempre difícil de aprender: Moisés, que se había acercado por simple curiosidad a una zarza, tuvo que descalzarse ante el misterio que iba a trastornar toda su vida y le iba a hacer pasar, de pastor, a guía de un pueblo (Ex 3, 1-10).

Elías, familiarizado con el Dios del fuego y de la tormenta, tuvo que aprender a encontrarlo en la suavidad de la brisa (1 Re 19,12).

Jeremías le reprochaba dolorido: «Te me has vuelto un arroyo engañoso, de agua inconstante» (Jer 15,18); y Habacuc se debatía perplejo entre las ideas heredadas desde antiguo sobre un Dios «de ojos demasiado puros para estar mirando el mal», pero que «contempla en silencio a los traidores, al culpable que devora al inocente» (Hab 1,13).

Job se lamentaba por un Dios perdido:

«¡Quién me diera volver a los viejos días
cuando Dios velaba sobre mí,
cuando su lámpara brillaba encima de mi cabeza
y a su luz cruzaba las tinieblas!

Aquellos días de mi otoño,
cuando Dios era un íntimo en mi tienda...»
(Job 29,2-4).

En cada caso, la relación con Dios tuvo que pasar por el desconcierto y el asombro; tuvo que romper dolorosamente los esquemas convenidos y avanzar a tientas fuera de ellos.

Los Profetas se hacen eco de este Dios desacostumbrado y sorprendente, le dan nombres provocativos y emplean imágenes extrañas y escandalosas: ruge como un león (Am 1,2), asalta a su pueblo como una osa a la que roban las crías (Os 13,7), aunque lleva el nombre de su pueblo tatuado en la palma de su mano (Is 49,16). Es como rocío para Israel (Os 14,6) y le da sombra como un ciprés (Os 14,9), pero puede ser también como una carcoma, como una caries en sus huesos (Os 5,12), o ser experimentado como alguien que engaña, seduce y viola (Jer 20,7).

Es un jugador demasiado listo como para que podamos tenerlo marcado, y siempre consigue escaparse de nuestro cerco. Pero al final del partido nos asombrará darnos cuenta de que había jugado a nuestro favor.

Es siempre mayor que las ideas que podamos tener sobre él, y se reserva el cómo desconcertarnos con su novedad; nos desafía siempre a ensanchar nuevos espacios internos para acogerle; en cualquier momento puede esperarnos al otro lado de esa frontera que nunca nos atrevíamos a cruzar.

Orar es decidirse a cruzar esa frontera, es arriesgarse a afrontar un peligro, porque Dios invade, quema, inunda, persigue y alcanza.

Acercarse a él o, más bien, permitir que él se acerque a nosotros será siempre una aventura. *Kalós kindynos*, un riesgo maravilloso, decía Platón. Un tesoro que se encuentra, dirá Jesús.

Un tercer ídolo podría ser:

El Dios-inspector-implacable

Ese que nos quiere si somos buenos y nos rechaza si no lo somos; el ojo dentro del triángulo, del que nos dijeron en nuestra infancia que siempre nos veía (y daba la casualidad de que su mirada solía coincidir siempre con alguna trastada nuestra, como si no estuviera demasiado interesado en sorprender nuestras escasas buenas acciones).

Tiene los rasgos fríos de las madrastras de los cuentos y el ceño fruncido del guardia de tráfico que nos ha pillado saltándonos un semáforo. Su dedo nos acusa con el rigor severo de un inspector de hacienda ante quien quedan al descubierto, inexorablemente, los más pequeños errores de nuestra contabilidad.

Es el dios que recela de nuestra autonomía, que se entristece con nuestros logros y se distancia de nuestros avances.

Acudimos a él por si puede hacer algo para que no nos ocurran desgracias; le nombramos a la gente que amamos por si no se acuerda de ellos; le pedimos por los que sufren para que no vaya a olvidarlos.

Le hablamos del dolor del mundo como a alguien que no está muy enterado de lo mal que van las cosas; le suplicamos que nos conceda paz y justicia como quien va a pedir un donativo a un banquero endurecido y distante.

Para arrancarle la misericordia hay que gritarle con fuerza, porque no parece tener el oído muy afinado.

«Elías clamó a Yahvé diciendo: Yahvé, Dios mío, ¿es que también vas a hacer mal a la viuda en cuya casa me hospedo, haciendo morir a su hijo?» (1 Re 17,20).

Quizá sin pretenderlo, le hemos hecho tomar las dimensiones de nuestra estrecha mentalidad, de nuestro refranero sabihondo con el que creemos habernos posesionado de la medida de la realidad: «Piensa mal, y acertarás»; «dime con

quién andas, y te diré quién eres»; «cada cual, que arrime el ascua a su sardina»; «cría cuervos, y te sacarán los ojos»...

Y nuestro interior se va encogiendo y endureciendo, se va incapacitando para aceptar la posibilidad, casi increíble, de que exista alguien fuera de esas mezquinas leyes, alguien convencido de acertar confiando más allá de toda decepción y decidido a caminar junto a la gente más perdida. Alguien que arrime el ascua a todas las sardinas, menos a la suya, y que se empeñe en creer que, por debajo de las alas del cuervo más negro, quizá esté latiendo un pequeño corazón asustado.

Los profetas no echan mano, para hablar de Dios, de las experiencias relacionales más «razonables», sino de las más transidas por un apasionamiento incontenible: en Oseas es un marido traicionado y devorado por los celos, que reprocha, se queja y amenaza a la mujer/pueblo infiel, pero que, de pronto, rompe con toda la lógica de su discurso y decide imprevisiblemente:

*«Por eso, mira, voy a seducirla
llevándomela al desierto y hablándole al corazón»
(Os 2,16).*

Es inútil buscar en los versos anteriores del poema algo en que pueda justificarse el «por eso». Por parte de la mujer que simboliza a Israel, no ha habido más que infidelidad, olvido, búsqueda de esos otros amantes que son los dioses extranjeros.

La clave del «por eso» está en un amor que se confiesa tan irremediable como la muerte, como un fuego que ni siquiera las aguas torrenciales consiguen apagar (Cant 3,6).

Es un amor por el que Dios mismo se reconoce derrotado:

*«Si es mi hijo querido Efraím, mi niño, mi encanto...
Cada vez que le reprendo me acuerdo de ello,
se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión,
oráculo del Señor» (Jer 31,20).*

*«¿Cómo podré dejarte, Efraím, entregarte a ti, Israel?
Me da un vuelco el corazón,
se me revuelven todas las entrañas...
No cederé al ardor de mi cólera (...)
que soy Dios y no hombre, el Santo en medio de ti,
y no enemigo devastador» (Os 11,8-9).*

*«Curaré su apostasía,
los querré sin que lo merezcan» (Os 14,5).*

Sin que lo merezcan. Es ahí, en ese océano profundo, donde podemos sumergirnos como una esponja reseca que, de pronto, se encuentra empapada por todos sus poros; es en esa tierra mullida donde podemos hundir nuestras raíces y florecer y extender nuestras ramas; es en esa pradera sin vallas donde estamos invitados a correr como un potrillo torpe; es en ese útero materno donde nos es posible ser acogidos y recreados como mujeres y hombres nuevos.

No sabremos nada de Dios mientras no nos atrevamos a creer que somos queridos sin merecerlo o, más bien, que sí lo merecemos, porque es su propio amor el que, al envolvernos, nos hace buenos y valiosos y queribles.

No es más que un ídolo ese dios que nos acecha con la balanza en la mano para pesar nuestras acciones. Podemos confundirnos como se confundió Israel; pero, si un día nos sentimos envueltos en un perdón que borra hasta el recuerdo de nuestras culpas y nos devuelve la inocencia perdida; si sentimos que nuestras heridas más hondas comienzan a curarse y respiramos en un espacio abierto; si de pronto nos encontramos fuera de la fosa en la que habíamos caído una vez más y fuera de la convicción fatal de que no tenemos remedio; si el que hace eso con nosotros, en vez de reprocharnos nuestros fallos, «nos corona de gracia y de ternura» (Sal 103,4), entonces estamos haciendo la experiencia del Dios de Israel, del Padre de Jesús.

Reconocemos que es él, porque la experiencia de su amor se hará circular; porque, al sabernos aceptados y queridos,

fluirá de nosotros la misma aceptación y acogida hacia los otros. Quien ha experimentado con asombro que el amor se le da sin merecerlo, tampoco necesitará que el otro sea maravilloso para quererle. Quien se sabe re-hecho y re-nacido, porque ha recibido confianza, se pondrá a la tarea de hacer participar a los otros de aquello que a él se le ha dado como un regalo.

Posiblemente, entonces dejaremos de creer que somos nosotros quienes «interesamos» a Dios por los otros, quienes conseguimos despertar su amor. Porque es Dios quien nos alcanza con su compasión; es él quien nos dirige en cada momento la pregunta que remueve nuestra frialdad y nuestra indiferencia: «¿Dónde está tu hermano?» (Gen 4,9).

Orar es exponerse a esa pregunta, es aceptar ser contagiados por esa solicitud y ese compromiso de Dios con su mundo. Entrar en comunión con el Dios vivo que nos hace «salir de la oración» con una sensibilidad nueva hacia los otros, más vulnerables y solidarios, más capaces de comprender y disculpar, más dispuestos a crear vínculos y a tejer cercanías, más empujados hacia los lugares de abajo de nuestra historia.

Quizá la ausencia de ídolos nos deje al principio una extraña sensación de vacío, como si nuestro jardín se hubiera vuelto más inhóspito y más árido, más parecido a un desierto.

No es momento de añorar ni de retroceder, porque el desierto es tiempo de encuentro y de seducción (Os 2,16).

Es tiempo de hacer silencio para oír la voz de Aquel que es el único capaz de hablarnos al corazón y de hacer con nosotros una alianza nueva.

Sin merecerlo.

4

«Esta gracia en la que nos encontramos»

(Rom 5,2)

Desde pequeña me hablaron mucho de la gracia, y yo, por dentro, iba transformando aquellas palabras en imágenes y veía una azucena, o una especie de túnica blanca, o una cosa resplandeciente que siempre estaba a punto de que le cayera una mancha.

En el «Mi Jesús», que era el libro con el que me prepararon a la primera comunión, a las almas en gracia se las reconocía en seguida, porque iban de la mano del ángel de la guarda y sonreían con dulzura, mientras que a las que estaban en pecado se las veía disgustadas, y no era para menos, porque en el grabado siguiente se caían, de manera estrepitosa, por un puente que estaba roto por el sexto arco.

Me parece que, por entonces, yo identificaba la gracia con la pureza, que tampoco sabía a punto fijo en qué consistía, pero, por si acaso, repetía con unción, a los 8 años, junto con las otras niñas que pertenecían, como yo, a la congregación de «los Corderitos»:

«¡Ah! Corta, te lo pido, mi mísera existencia.
Más vale la inocencia, la quiero conservar».

En el bachillerato me enteré de más cosas sobre la gracia en un libro muy gordo que se llamaba «El dogma Católico», de Cipriano Montserrat. Allí lo explicaba todo muy claro: había una gracia fija y estable, y otra que era un auxilio transeúnte y que se dividía en primera y en segunda. Se perdía por el pecado y se recuperaba en la confesión; aumentaba por los sacramentos, pero no podía disminuir, cosa que me parecía, ya entonces, extrañamente acertada. En esa edad leí libros que tenían en la portada rostros de chicos y chicas con anhelos de infinito y, por dentro, unas consideraciones muy bonitas sobre la pureza y los ideales y muchos ejemplos de lo importante que es vivir en gracia y de los peligros que corremos de perderla, los chicos por culpa de las chicas, y ellas por no darse cuenta de lo que les pasa a los chicos.

Tomé conciencia con preocupación de lo frágil que era lo de vivir en gracia, y pasé una temporada yendo por la vida abrazada a ella, como San Tarsicio a la eucaristía, para evitar que me la quitasen.

Cuando ya estaba en el noviciado, leí la «Teología de la Caridad» del P. Royo Marín. Aquello ya era otra cosa, porque la gracia estaba en relación con la caridad; pero, al llegar a la mitad del libro, decía que la caridad no crece por adición, y ponía el ejemplo de un termómetro a 25° que de ninguna manera puede subir, aunque se le apliquen millares de veces calores inferiores a los 25° que ya tiene. Para que aumente, hace falta un acto más intenso, o sea, de 26°, porque los otros, que se llaman tibios o remisos, no aumentan el grado esencial de la caridad. Me puse a intentar hacer actos de caridad que no fueran remisos, pero la imposibilidad de comprobar si me subía o no el termómetro me dejó un poco abatida, y no seguí con el libro.

Luego me encontré, casi a la vez, con la Biblia y con el Concilio, y mis imágenes sobre la gracia cambiaron: ya no tenían que ver con una flor, ni con la blancura, ni con la acumulación, ni con el agobio por perderla. Aparecieron palabras nuevas: relación, gratuidad, encuentro, libertad... Descubrí con asombro que la gracia no es una verdad abstracta

y atemporal y, más que como el «ser divino» que decía el catecismo, empecé a verla como un amor que nos busca y nos cerca, que viene a nuestro encuentro allí donde estamos, acecha detrás de las celosías de nuestra ventana, llama al atardecer a la puerta de nuestra casa, se nos arrima cuando vamos de camino, nos visita, como a Elías, en el desierto de nuestro desánimo, nos sorprende en el jardín, como a María Magdalena, cuando andamos buscando entre los muertos al Viviente.

Me di cuenta de los tanteos expresivos de los autores del Nuevo Testamento en su intento de comunicar su experiencia de haber sido arrastrados por el torrente desbordado del amor de Dios en Jesús; da la sensación de que no les cabe en las palabras habituales y necesitan inventar otras, acumular adverbios y adjetivos, recurrir a hipérbolos.

Insisten una y otra vez en que la gracia tiene que ver con la exageración, con el derroche, con la «sobredosis» diríamos hoy: la gracia «sobreabunda» (Rom 5,2; Ef 2,7) y su riqueza «se desborda» (Ef 1,8). «Si amáis sólo a los que os aman ¿qué hacéis *de más*?» (Mt 5,47), y este adverbio es reemplazado en Lucas por la palabra «*gracia*»: «Si amáis a los que os aman ¿qué *gracia* tiene eso?» (Lc 6,33).

Por eso, la experiencia de la gracia estará siempre en relación con la desproporción, con la desmesura. «Soy yo demasiado pequeño para toda la misericordia y toda la fidelidad que has querido usar conmigo», decía Jacob (Gen 32,11), y eso es lo que experimentamos deslumbrados al saber que somos queridos sin merecerlo y que sólo podemos responder a ese amor reconociéndolo con «un corazón que desborda agradecimiento» (Col 2,7).

Pero, aunque la gracia es tan desmesurada y tan imprevisible, se adapta mansamente a esos dos ejes de nuestra existencia humana que son el *tiempo* y el *espacio*, y es en medio de ese horizonte tan limitado donde se las arregla para hacerse sentir.

Los evangelistas nombran constantemente lugares concretos de la geografía de Palestina, conscientes de que lo que se juega en ellos es nada menos que la verdad de la encarnación del Verbo. Y eso, aunque casi ningún lector de hoy sepa con precisión por dónde quedan Iturea, Traconítide o Abilene.

Son nombres que guardan para nosotros la memoria de un encuentro: una casa de Nazaret, un descampado a las afueras de Belén, un pozo de Siquem, la orilla oeste del lago de Tiberíades, un árbol a la salida de Jericó, Betania, la habitación alta de una casa de Jerusalén...

De esos lugares y de otros muchos, gentes que vivieron antes que nosotros dan testimonio de que *precisamente allí* fueron alcanzados por la gracia: «Vosotros sabéis lo sucedido en toda Judea, aunque la cosa empezó en Galilea...» (Hech 10,37).

No son lugares mágicos, y nuestra experiencia creyente no está vinculada físicamente a ellos. Ahora, cada seguidor de Jesús está invitado a reconocer los lugares concretos por los que la gracia se va cruzando en su camino y a descubrir esa geografía secreta y única para cada uno de nosotros. (Una iglesia románica en Guipúzcoa; la carretera de Huerta a Iruecha; un trayecto en autobús por Getafe, bajo la lluvia; el jardín de las clarisas en Nazaret. Serían como las cuatro de la tarde).

Guardamos en la memoria el recuerdo de lugares que son en nuestra vida como esos mojones que siguen marcando el camino, aunque lo haya borrado la nieve; o como aquel paisaje que, de pronto, se hace familiar y nos permite volver a casa cuando nos habíamos perdido. A veces, en esos momentos en que se da el milagro de la comunicación profunda, otros nos hablan de sus lugares de gracia y, desde ese momento, pasan a ser algo nuestro, tan familiar como la forma de las manos del amigo o su modo peculiar de hablar o de caminar.

Al recordar estos testimonios y ponerlos a la luz de aquellas otras experiencias originales de gracia que nos ofrece la Biblia, creo que muchos de ellos podrían agruparse en algunos lugares-tipo que expresan distintas situaciones de nuestra vida creyente: la *casa*, el *desierto*, el *camino*.

Al reflexionar sobre ellos, sorprende descubrir cómo esos lugares (y los hombres y mujeres que son visitados en ellos...) encuentran, por un lado, la plenitud de su significado y, a la vez, son transformados en *algo otro*, son trascendidos y como empujados más allá de ellos mismos por la «eficacia de la poderosa fuerza de la gracia» (Ef 1,9).

La casa

En la casa se vive la experiencia de estar al abrigo y guardado por una protección envolvente, de estar centrado y a salvo. «Aunque se alce un hombre para perseguirte, la vida de mi señor está bien atada en el zurrón de la vida, al cuidado de Yahvé tu Dios», decía Abigail a David (1 Sam 25,29). La casa es ese «zurrón de la vida» que nos pone a salvo de la hostilidad de fuera, que nos da estabilidad y permanencia: «Hasta el gorrión ha encontrado una casa, y la golondrina un nido donde poner a sus polluelos» (Sal 84,4).

Es el lugar de la comida en común en torno a la mesa, de la armonía familiar, de la intimidad gozosa: «Maestro, ¿dónde vives? Les respondió: Venid y lo veréis. Fueron, pues, y vieron y se quedaron con él aquel día» (Jn 1,39). Desde ese centro secreto, que nos rehace y nos integra, nace la canción que agradece la bendición de Dios, su acción tranquila que nos vincula a él en la sencillez de lo cotidiano.

En las jambas y en las puertas de la casa tiene que estar grabado el recuerdo de que es él quien nos reúne bajo sus alas (Mt 23,27) y nos cobija y nos cuida como a la niña de sus ojos (Dt 32,10). Sin ese recuerdo, la gracia que se nos ofrece se deteriora y se agrieta, y cedemos a la tentación de

cerrar las puertas, olvidando que, si disponemos de seguridad, de calor, de techo y de hogar, es para que, cuando el extraño y el perdido llamen a nuestra puerta al anochecer, puedan encontrar un plato más en la mesa y alguien que comparta con ellos el pan y el sosiego que nos habita.

Zaqueo lo había olvidado, y su casa se había vuelto un lugar de acumulación posesiva. Pero, cuando Jesús entra en ella, todas aquellas seguridades en que él se refugiaba se hacen de pronto innecesarias y salen por la ventana. Zaqueo ha sido seducido por alguien que le da poca importancia a tener o no un lugar donde reclinar la cabeza (Lc 9,60).

Cuando la casa se vive como gracia, se convierte en algo centrífugo que no nos retiene entre sus paredes. María recibe la visita del ángel en su casa de Nazaret, pero no se queda ahí: la gracia la empuja fuera de cualquier ensimismamiento y recorre deprisa la serranía de Judea, hasta llegar a otra casa que no es la suya y compartir con Isabel algo de lo que el Señor ha hecho con ella (Lc 1,26-56).

Seis días antes de Pascua, narra el evangelio de Juan, Jesús, el itinerante, se detiene una noche en Betania. En la casa le esperan la acogida cálida de los amigos y el presentimiento de la muerte en un frasco roto a sus pies. La estancia es breve: al día siguiente, Jesús reemprende el camino hacia Jerusalén. María dejará Betania unos días después y estará en el monte en que se levanta la cruz. La casa, llena de olor del perfume, ha quedado atrás (Jn 12,3).

La cena de Pascua la celebran Jesús y los suyos en la sala del piso superior de una casa de Jerusalén. En ella, los discípulos se encuentran cobijados por la ternura conmovida del maestro que se está despidiendo: No tengáis miedo, no os voy a dejar huérfanos, seguid conmigo, he sido yo quien os he escogido, aquí tenéis para vosotros mi alegría, mi paz, el amor del Padre, mi Espíritu, mi vida que se va a partir y a derramar, como este pan y este vino que tengo entre las manos. Hijos, cuánto os he querido. Quereos también vosotros así... Y ellos desearían esconderse en aquel hueco,

enroscarse como la hiedra al tronco del amigo, adherirse como el musgo a la roca de sus palabras y quedarse ahí, al abrigo de ese calor, defendidos y a salvo.

Pero el Maestro se ha levantado y ha bajado hasta la puerta de la casa. Fuera están la oscuridad, el relente frío de la noche de marzo, el peligro acechando detrás de cada olivo. Pero fuera está también la llamada del Padre que le convoca a llegar hasta el final en el amor fiel, y Jesús atraviesa el umbral y se hunde en la noche, lejos de la casa.

En el atardecer del primer día de la semana, dos hombres que van hacia Emaús buscan en una posada refugio de los peligros nocturnos, techo y cena para intimar con un misterioso compañero de camino. Cuando lo reconocen, la noche pierde su amenaza, y ellos se alejan corriendo de la casa que hacía un momento les parecía imprescindible, como si la luz encontrada en ella hubiera anticipado el amanecer que les permite volver a la comunidad (Lc 24,13-35).

«El día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar y, de repente, vino del cielo un ruido, como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban» (Hech 2,12), y Pedro y los otros salen al encuentro de los que estaban fuera: partos, medos, elamitas, judíos y prosélitos, cretenses y árabes. Los muros de la casa, como los odres viejos de que hablaba Jesús, han reventado con el vino nuevo del Espíritu. La Iglesia ha abandonado la casa y se ha lanzado a los caminos abiertos de la misión. Por eso, cuando nos invade la inquietud por la identidad («quién es cristiano», «en qué consiste nuestro carisma», «cuál es la espiritualidad sacerdotal o laical»...), no tendríamos que olvidar que no vamos a encontrarla sólo en el viejo arcón en que conservamos las tradiciones en la casa, sino también fuera, entre la gente. Porque la sal y la levadura sólo aprenden lo que son y para qué sirven cuando se pierden y se gastan en salar y en levantar la masa del pan.

El desierto

Uno de sus rasgos peculiares es que sólo se revela como gracia cuando ya lo hemos atravesado. A lo largo de nuestra vida existen muchas formas de ser empujados a él: una enfermedad larga, la soledad, una depresión, el dolor insoponible de ver sufrir a los que amamos, la impotencia ante la injusticia, la sensación de que las tierras que hemos intentado roturar y cultivar durante años siguen tan baldías como al principio...

Israel vivió el desierto como una realidad ambivalente: a veces como lugar terrible (Dt 8,15); otras, como un ideal perdido (Jer 2,1). Lo sembró de murmuraciones, de quejas, de desconfianza y de amargura.

Ya Agar, la esclava de Sara, había vagado dando alaridos por el desierto de Berseba, alejándose de su pequeño para no verle morir de sed (Gen 21,16). Elías se echaría derrotado debajo de un arbusto, deseándose la muerte (1 Re 1,4). Jesús sintió hambre y tentación en el desierto de Judea y agonizó de angustia en el desierto verde de Getsemaní (Mt 26,38); los discípulos supieron, después de su muerte, lo que era el sequelal espantoso de la decepción y el fracaso.

Pero Israel comprendió, cuando ya estaba en la tierra, que el desierto había sido la etapa de su amor juvenil, y escuchó, como una novia estremecida, que el Señor quería llevarle allí otra vez para hablarle al corazón (Os 2,16). A Agar le fueron abiertos los ojos para que viera que había un pozo cerca, y Elías llegó hasta el Horeb con la fuerza del pan y del agua que había encontrado a su lado al despertar.

A Jesús lo sacó el Padre del desierto de la muerte para llevarle a la tierra que mana leche y miel de la resurrección, y su presencia inundó, como un torrente de gozo, el corazón de sus amigos.

A nosotros el desierto puede liberarnos del engaño de creernos autosuficientes. Nos hace tocar nuestra fragilidad y nuestros límites y encontrarnos de frente con la verdad de lo

débiles y desvalidos que somos y de cuánto necesitamos de los otros. Es tiempo de dejarse podar y de permanecer, de quejarse sin llegar a rendirse. El que sabe aceptar esta etapa de empobrecimiento sale de ella más despojado y más libre, más tolerante con la debilidad de los demás, menos rotundo en lo que afirma y más dispuesto a aceptar que se equivoca. Quizá ya no pisa tan firme como antes, pero ahora sabe aguantar y esperar mejor, y la soledad ha dejado de darle miedo.

Pero, si sólo fuera ésa la vivencia del desierto, ¿qué «gracia» tendría eso? Lo que resulta insólito es que un lugar de *carencia* se convierta en un lugar de *abundancia*.

Los profetas nos hablan de un desierto que se regocija y florece como flor de narciso (Is 35,2); de una estepa que se convierte en un camino real (Is 40,3); de cumbres peladas que se convierten en manantiales (Is 40,18); de una tierra yerma a la que, de pronto, inunda un río y se llena de árboles frutales que dan cosecha doce veces al año (Ez 47,12). El alimento que el pueblo come en el desierto es exquisito, «manjar de ángeles, pan de mil sabores a gusto de todos» (Sab 16,2.20). En aquel lugar despoblado al que la gente ha seguido a Jesús, hay yerba verde para que puedan recostarse, y «comieron hasta saciarse y recogieron los trozos sobrantes: doce canastos llenos» (Mt 14,15.20).

Ha estallado el milagro de la desproporción, se ha producido el salto al otro lado del cálculo y de la medida, la negatividad ha desvelado su otro rostro. Los que mejor lo saben son aquellos que se han acercado a las zonas marginales de nuestro mundo y han escuchado ahí el rumor de otro agua y el florecer de otra sabiduría. «Expertus potest credere...», cantábamos en el «Iesu dulcis memoria»; y sigue siendo verdad. Hay una experiencia de cambio profundo de sensibilidad, de la que sólo saben los que han plantado su tienda en el descampado de los que carecen (de pan o de libertad o de ciencia o de salud...). Cuando se entra en relación con lo elemental de la vida y, sobre todo, con personas a las que no alcanzan los engaños y complicaciones del orgullo, puede

acontecer una novedad absoluta que hace posible la fraternidad.

En una escena de «Los santos inocentes», los señores celebran un acontecimiento familiar en el comedor lujoso de la casa, en medio de un silencio tenso. La fiesta está abajo, en la explanada soleada del cortijo, donde los aparceros ríen, comen y se pasan el vino en torno a una tosca mesa sin manteles.

Llegar a conocer esa *fuerza transformadora de lo de abajo* es algo que está fuera del alcance de los «sabios y entendidos», porque el Padre la revela a los que él quiere. Sólo desde ahí se descubre por qué gana el que se decide a perder, y sólo desde ahí se participa en la fecundidad escondida de aquel que «creció entre nosotros como una raicilla de tierra árida» (Is 53,2).

El camino

Es quizá el símbolo más universal de la existencia humana. En la Biblia, la vida se camina, y para vivir plenamente casi basta con poder caminar al propio aire. Sentirse «en camino» es estar orientado, proyectado hacia adelante, en movimiento hacia la felicidad, con confianza en el desenlace final de la propia peripecia histórica. Cuando alguien puede narrar su vida como un camino, está haciendo una confesión de fe, porque se le ha dado el verla reorganizada en torno a un sentido, atravesada por una dirección.

El autor del salmo 139 constata —como Jonás, como los de Emaús— que, cuando creía huir, estaba haciendo camino hacia Aquel de quien había querido alejarse. Y se da cuenta, sobrecogido, de que no es posible emprender una marcha que aleje de Dios, de que toda la vida es un camino, con él y hacia él, en su presencia. Israel vivió el don de ser guiado y conducido a lo largo del camino hacia la tierra como sobre las alas protectoras de un águila (Dt 32,11), o bajo el cayado

seguro de un Pastor que conoce su oficio (Sal 23,1). También Bartimeo, que vivía hundido en la noche de su ceguera, se sintió renacer a la luz y a la vida cuando se puso en marcha, brincando, detrás del que le había arrancado de las tinieblas y del sinsentido de su cuneta (Mc 10,52).

Pero el camino esconde a veces una sorpresa de gracia en la paradoja de un viaje inesperado que deshace nuestros planes, de un acontecimiento que nos deja desorientados y perdidos, sin saber ya dónde estamos ni a dónde vamos, sin referencias personales o grupales, sin entender por qué hacemos lo que hacemos y vivimos como vivimos.

No somos los primeros en experimentarlo: Abraham salió de su tierra sin saber a dónde iba (Heb 11,8). Debió de intuirlo el sabio que recogió aquel proverbio:

«El hombre planea su camino,
pero es el Señor quien dirige sus pasos» (Prov 20,24).

También Nicodemo tuvo que aceptar que «el viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va» (Jn 3,8). Jesús advierte, a cualquiera que se empeñe en vigilar con ansiedad lo que ha sembrado, que la semilla crecerá «sin que él sepa cómo» (Mc 4,28). La vida se encargó de enseñarle a Pedro cuándo había llegado el momento de dejarse ceñir y llevar adonde él no quería (Jn 21,18); y Saulo de Tarso, que se dirigía lleno de ímpetu hacia Damasco, llegó por fin a la ciudad, pero de la mano de otros, porque, «aunque tenía los ojos abiertos, no veía» (Hech 9,9).

Es tiempo de creer que el Pastor conoce bien la cañada aunque esté a oscuras (Sal 23,4); es una invitación a entrar en un juego de ocultamiento y búsqueda:

«Es gloria del Señor ocultar un proyecto,
es gloria del rey descubrirlo» (Prov 25,2).

El que se atreve a seguir adelante, aunque esté perplejo y buscando sin perder el ánimo, está afirmando, en cada uno

de sus pasos, que se fía de Alguien que sigue siendo Camino también cuando los otros se han convertido en laberintos.

La gracia de *no saber* puede llevarnos entonces a recuperar esa niñez que se nos había perdido debajo de tantas máscaras, a recobrar algo de esa naturalidad asombrosa con que los niños preguntan y aprenden y se dejan enseñar algo de esa audacia despreocupada con la que se apoderan del Reino.

Pero, si para eso nos sentimos demasiado viejos, nos queda el recurso de continuar andando pacientemente, obstinadamente. Quizá, al final del camino, nos demos cuenta, como Jacob, de que el Señor había estado a nuestro lado sin que lo supiéramos (Gen 28,16). Quizá no consigamos tampoco conocer el misterio de su Nombre. Y es que, a lo mejor, la gracia consiste en eso, en seguir caminando con la terquedad humilde de quien está marcado para siempre con una cojera vencida y victoriosa.

5

«El que me sigue no caminará en la oscuridad»

(Jn 8,12)

Desde que el Altísimo, ¡bendito sea!, decidió poner orden en el caos inicial, la luz se convirtió en su criatura más bella. Y en cuanto hubo sobre la tierra un pueblo capaz de cantar a su Dios, vio en ella el reflejo de la gloria del Creador y su mediación más exultante:

«Bendice, alma mía, al Señor.
¡Dios mío, qué grande eres!
Te vistes de belleza y majestad,
la luz te envuelve como un manto» (Sal 104,1).

«El Señor es mi luz y mi salvación:
¿a quién temeré?» (Sal 27,1).

«En ti está la fuente viva
y tu luz nos hace ver la luz» (Sal 36,10).

«Ni la tiniebla es oscura para ti,
la noche es clara como el día...» (Sal 139,12).

La oscuridad se sometía, como una criatura obediente, a desempeñar el papel de servidora y de vencida en el juego de los símbolos; cada día acosaba con sus fuerzas tenebrosas

a la luz y parecía dominarla. Las sombras se tragaban a la tierra, ya todo parecía perdido: el caos, la muerte y los terrores nocturnos salían de sus escondrijos y se convertían en los dueños de la vida. Pero sólo era una apariencia. Cada amanecer, la luz renacía con el esplendor de una reina y la frescura de una niña, y la oscuridad retrocedía avergonzada.

En la luz había vida, y la vida era la luz de los hombres, pero los hombres no eran sus dueños. Cada vez que extendían sus manos posesivas para apoderarse de ella, como si fuera otro fruto del árbol del jardín, la luz se alejaba de ellos. O aparecía *la nube*, como una hermana menor de la oscuridad, y devolvía a los hombres a los límites de su conocer. Les impedía caer en la tentación de intentar manipular a Dios, de jactarse de haber visto su rostro. Los protegía de la ingenua suficiencia de creer que habían alcanzado su misterio:

«Al tercer día por la mañana, hubo truenos y relámpagos y una nube espesa en el monte, mientras el toque de trompeta crecía en intensidad, y el pueblo se echó a temblar en el campamento. (...) El Señor bajó a la cumbre del monte Sinaí, y Moisés *se acercó a la nube* donde estaba Dios» (Ex 19,16.20).

«Cuando Moisés entraba en la tienda, *la columna de nube* bajaba y se quedaba a la entrada de la tienda, mientras el Señor hablaba con Moisés. Cuando el Pueblo veía la columna de nube parada a la entrada de la tienda, se levantaba y se prosternaba cada uno a la puerta de su tienda» (Ex 33,9-10).

«Vosotros oísteis la voz que salía de la oscuridad» (Dt 5,23).

«El Señor quiere habitar *en una densa nube*» (1 Re 8,12).

La nube velaba el secreto de Dios, defendía su soberana libertad de desvelarse o de esconderse, lo convertía en sonido y en nombre, recordaba a los hombres que eran incapaces de

rastrear sus dimensiones desconocidas. La nube los salvaba, porque les permitía seguir humildes y expectantes ante la llegada de Dios, porque los dejaba abiertos para recibir como un don lo que su esfuerzo no podía conseguir.

Los hombres preferían las tinieblas

Pero la ansiedad humana de poseer, la necesidad de afirmarse en los propios saberes, era muchas veces más fuerte que la nube y hacía olvidar a muchos cuán indigente y pequeño era su conocer. Se creían entonces poseedores de la verdad, se atrevían a rebelarse contra el misterio impenetrable de un Dios que les hacía presentir la luz como posible, invitándoles a avanzar confiadamente en la oscuridad.

Ellos preferían extinguir las tinieblas y se lanzaban a la conquista de la luz, galopando con las teas encendidas de sus falsas evidencias y de sus explicaciones vacías.

La sabiduría de Israel ironizaba contra ellos:

«¿Has mandado en tu vida a la mañana o has señalado su puesto a la aurora?
(...) Cuéntamelo, si lo sabes todo.
¿Por dónde se va a la casa de la luz
y dónde viven las tinieblas?
¿Podrías conducirlos a su país
o enseñarles el camino de casa?
Lo sabrás, pues ya habías nacido entonces
y has cumplido tantísimos años...» (Job 38,12-20).

«Hay sabios que son sabios para otros,
y para sí mismos inútiles» (Eclo 37,19).

«¿Has visto a uno que se tiene por listo?
Pues más se puede esperar de un necio» (Prov 26,12).

Los profetas clamaban:

«¡Ay de los que llaman al mal bien y al bien mal, que tienen las tinieblas por luz y la luz por tinieblas, que tienen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo! ¡Ay de los que se tienen por sabios y se creen perspicaces!» (Is 5,20-21).

«Dice el Señor:
Ya que este pueblo se me acerca con la boca
y me glorifica con los labios,
mientras su corazón está lejos de mí, (...)
yo seguiré realizando prodigios maravillosos:
fracasará la sabiduría de sus sabios
y se eclipsará la prudencia de sus prudentes» (Is 26,9).

El orgullo y la codicia hundían a los hombres en la oscuridad, y los tiempos en los que el Señor enviaría de nuevo una luz para librarlos de la confusión de sus sombras se alejaban hacia un horizonte lejanísimo:

«Vagará afligido y hambriento,
y rabioso de hambre maldecirá a su rey y a su Dios.
Volverá la cabeza a lo alto, mirará a la tierra:
encontrará aprieto y oscuridad sin salida,
angustia y tinieblas persistentes» (Is 8,21-22).

Pero en el corazón de la noche seguían despiertos el deseo y la esperanza:

«En la senda de tus juicios, Señor, te esperamos,
¡con qué ansia por tu nombre y tu recuerdo!
Mi alma te ansía en la noche,
mi espíritu en mi interior madruga por ti...»
(Is 26,8-9).

«Como vigía, Señor,
yo mismo estoy de pie todo el día
y en mi centinela sigo erguido toda la noche» (Is 21,8).

El rocío iba a ser luminoso, la tierra iba a parir (Is 26,9), el pueblo que caminaba en tinieblas iba a ver una luz grande

(Is 9,1), de Jacob avanzaba una estrella (Num 24,17). Todo el pueblo iba a poder, al fin, caminar a la luz del Señor (Is 2,5).

Nos ha visitado una luz de lo alto

Un día, la voz de unos testigos afirmó que el tiempo se había cumplido: «Nos ha visitado el sol que nace de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte» (Lc 1,79). La gloria del Señor los envolvió de claridad (Lc 2,9), y un anciano podía exclamar: «¡Mis ojos han visto a tu Salvador: lo has colocado ante todos los pueblos como luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel!» (Lc 2,30-32).

La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre (Jn 1,9) y se atrevía a gritar: «¡Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, tendrá la luz de la vida» (Jn 8,12).

Y los que la recibieron confesaban deslumbrados: «¡Hemos visto su gloria!» (Jn 1,14). Pero también contaban que, cuando quisieron plantar su tienda junto al que se transfiguraba en su presencia, con los vestidos resplandecientes como la luz, *se formó una nube* que, como en los relatos del Antiguo Testamento, los envolvió con su sombra, y una voz vino *desde la nube*: «Éste es mi hijo amado: escuchadlo» (Mc 9,2-13).

Había que seguir entrando en la nube: ésa era la conclusión de aquellos que narraban la experiencia de los primeros testigos; y, detrás del código simbólico en que venía cifrado, su mensaje quería comunicar: la luz de Dios ha entrado hasta la entraña más herida de nuestro mundo y, aunque la oscuridad parece seguir tan densa como antes, ahora está habitada por la claridad de la presencia del Resucitado. Nuestra tiniebla ya no acontece en un contexto trágico; la oscuridad no es más que la condición del tránsito

del ver al creer, la compañera fraterna del «todavía» que nos mantiene amarrados a esta historia que Dios ama.

Los evangelistas lo repiten de mil modos, utilizan todos sus recursos narrativos y buscan cualquier camino que pueda reconciliarnos con nuestra oscuridad. Siembran la sospecha ante nuestras nostalgias de clarividencia y ante nuestras prisas por anticipar ese día en el que ya no habrá noche (Apoc 22,5), pero que sólo nos es ofrecido como futuro.

Cada acontecimiento luminoso destaca sobre un fondo de sombra y coexiste con ella: el que María esté bajo la acción del Espíritu no elimina las dudas de José (Mt 1,18-19), ni la alegría del nacimiento de Jesús impide la muerte de los inocentes (Mt 2,16). La intemperie del pesebre y la fragilidad del niño no desaparecen por más que una multitud del ejército celestial cante un himno al Dios altísimo (Lc 2,12-14).

La gracia de Dios estará con el niño, pero no le evitará el tener que someterse al lento proceso de la maduración humana.

«El primer día de la semana, de madrugada, cuando todavía estaba oscuro...» (Jn 20,1): así comienzan los relatos de apariciones del Resucitado en el evangelio de Juan. Los datos temporales que señalan la novedad del comienzo se inscriben sobre el fondo de una oscuridad no acabada. El «todavía» subraya una tensión, insinúa un conflicto no resuelto, una resistencia de la noche al día. Pero, a la vez, abre una perspectiva, una orientación, como si viese la oscuridad atravesada por una dirección.

«Quédate con nosotros, que está atardeciendo y el día va ya de caída», dirán los de Emaús (Lc 24,29). La presencia del Resucitado no impide la llegada de las sombras. Antes y después de reconocerle, la realidad de la noche sigue ahí, pero de pronto ha perdido su fuerza amenazadora, y los dos discípulos pueden emprender una carrera en medio de ella, porque ahora su corazón está en ascuas (Lc 24,32).

Jesús, inductor de oscuridades

Hay una continuidad de fondo entre los relatos de Pascua y los que tienen como sujeto a aquel hombre que recorría los caminos de Galilea. Los que lo escuchaban entonces sentían que tenían cerca una luz intensa (Mt 4,16), pero, al mismo tiempo, su desconcertante libertad provocaba en ellos la extrañeza. Como si, antes de acceder a la claridad que presentían como promesa, tuvieran que adentrarse también en la nube, entregando su confianza a fondo perdido en aquel *inductor de oscuridades* que, además de no ofrecer a los que le seguían ni un lugar donde reclinar la cabeza, se atrevía a introducirles en:

* *La oscuridad de la certidumbre*: la de sus propias dudas sin resolver, que parecen traslucirse tras los textos evangélicos (hacer más o menos milagros, mostrarse o no, dedicarse a los judíos o a los gentiles...). En contraste con la autoridad de sus palabras, parecía ignorar los cómo y los cuántos de la llegada del Reino que anunciaba (Mc 13,32). Al no dominar el futuro, vivía referido constantemente a Otro que le señalaba el camino y cuyo rostro buscaba incansable durante las noches y las madrugadas de oración (Mc 1,35).

* *La oscuridad del riesgo*. Su enseñanza conducía peligrosamente hacia un lugar a partir del cual había que decidirse a dejar atrás los comportamientos seguros y familiares y atreverse a avanzar por un camino desconocido, sin más garantía que una palabra dada:

- invertir el talento podía salir mal y no traer beneficios, sino pérdidas (Mt 25,27);
- venderlo todo para comprar una perla era correr el riesgo de una apreciación exagerada de su verdadero valor (Mt 13,45-46);
- seguir esperando con las lámparas encendidas más allá de la hora razonable (Mt 25,5) era exponerse a gastar el aceite inútilmente;

— despreocuparse tanto de la comida y del vestido (Lc 12,22-24) suponía olvidar que también hay gorriones que mueren de frío en invierno.

Su palabra parecía arrastrar hacia el vacío a los que le entregaban su fe; era una peligrosa invitación a adelantar certezas, a ponerse en camino confiadamente, como aquel funcionario que creyó en la curación de su hijo antes de comprobarla al llegar a su casa (Jn 4,43-54), o como el centurión que no reclamó la certidumbre de la presencia del Maestro (Mt 8,5-13).

Había que adelantarse a retirar la losa del sepulcro de un muerto que ya apestaba después de cuatro días, llegando con la fe hasta los límites de lo imposible (Jn 11,39-40). Había que madrugar, como las mujeres en la mañana del primer día de la semana, sin que la existencia de la piedra inamovible las disuadiese de ir a ungir el cuerpo roto de un crucificado (Mc 16,1-4).

Había que correr el riesgo de vivir colgados de la provisionalidad del cada día, sin la seguridad del granero repleto (Lc 12,19) o del talento enterrado bajo tierra (Mt 25,25). Había que vivir con la tranquila despreocupación de quien ha cambiado la ansiedad por el abandono.

* *La oscuridad de las dinámicas de desaparición:* la de la sal y la luz para salar y alumbrar (Mt 5,13-15); la de la levadura para levantar la masa (Mt 13,33); la del grano de trigo para dar fruto (Jn 12,24). La de la lógica —tan humana— de querer ganar siempre, cambiándola por la seguridad no demostrable de que, cuando se pierde, se empieza, paradójicamente, a poseer (Mc 8,35).

* *La oscuridad de lo ambiguo y de lo mezclado:* aceptar la imposible evidencia de dónde acaba la cizaña y empieza el trigo (Mt 13,29); o de que, al echar la red, se vaya a capturar sólo peces buenos (Mt 13,47).

Renunciar a clasificar a nadie y a darle por perdido. Encajar la ambigüedad de las malas compañías que proyectaban

sus sombras de dudosa fama sobre el Maestro (Lc 15,1-2), la cuestionable eficacia apostólica del hecho de que le tuvieran por un comilón y un borracho (Mt 11,19) o de que aceptase también como amigos a Nicodemo, a Zaqueo o a Simón el fariseo, poniendo en cuestión así la radicalidad de sus planteamientos y la verdad de sus preferencias por los más pequeños.

* *La oscuridad de la sospecha, de la relativización de lo evidente:* incomodidad de unas afirmaciones nada tranquilizadoras, de una siembra de interrogantes que hacían tambalearse viejas seguridades. Quizá los ciegos no sean quienes parecen (Jn 9,1-36); los que todos consideraban «fuera» y «lejos» ¿no serán los que para el Padre están «dentro» y «cerca» (Mt 22,10)? ¿Será verdad que esos sirvientes, despreciados como «últimos», son los verdaderos señores (Mc 10,44-45)? Y ese dinero, tan codiciado y valorado, ¿cómo puede convertirse en causa de maldición para quienes lo atesoran (Lc 6,24)?

* *La oscuridad de la dedicación a las causas perdidas,* del desvelarse por personas o grupos no cualificados ni rentables, carentes de influencia y de significación social o religiosa, desprovistos de posibilidades de futuro. Dedicar tanto tiempo a enfermos, mujeres, niños, publicanos, extranjeros..., a los sectores marginales de la sociedad, ¿no suponía un innecesario desgaste de esfuerzos y de energías? ¿No eran los hombres y los grupos del verdadero Israel los que, si se convertían, podrían dar un giro real a la situación del pueblo?

* *La oscuridad de los medios pobres:* la incomprensible obstinación en no apoyar su predicación ni la misión de los suyos más que en la sola fuerza de la palabra, como si hasta un par de sandalias de más fuera a perjudicar su eficacia (Lc 10,4). ¿Por qué aquella elección de discípulos, tan mal aconsejada, que reclutaba a pescadores y recaudadores de impuestos y prescindía de un escriba, del prestigio intachable de un fariseo, del poder de un saduceo o de la rectitud y el ascetismo de un esenio?

* *La oscuridad de los comportamientos débiles*: no apagar la mecha vacilante ni quebrar la caña cascada (Mt 12,20); expresar con rotundidad una convicción («no he venido más que para las ovejas perdidas de Israel») y dejarse persuadir en seguida por la insistencia de una mujer no israelita (Mc 7,24-30); renunciar a los planes de hacer descansar a los suyos, tan agotados, por atender a unas gentes por el solo hecho de que le daba compasión el que le hubieran seguido, hambrientas de su presencia o de sus milagros (Mc 6,31-34); subir decididamente a Jerusalén al encuentro del conflicto (Mc 10,32) y confesar luego, desvalidamente, su miedo a morir (Mc 14,34)...

¿Por qué animar conductas que no dejan claramente a salvo la justicia equitativa? El que cobró, trabajando una hora, lo mismo que el que había estado en la viña desde el amanecer, ¿no exigirá en adelante como debida la esplendidez que se le dio como regalo (Mt 20,1-16)?

¿Por qué dejar tan en la sombra el valor del castigo que sirve de escarmiento? El que cuenta con que va a ser perdonado setenta veces siete ¿no perderá, a la larga, el sentido del pecado? Y el hijo tan desmesuradamente acogido después de su tormentosa aventura ¿no volverá a marcharse en cuanto haya en su casa otro becerro cebado con el que poder celebrar con otro banquete su vuelta (Lc 15,11-32)?

* *La oscuridad del ocultamiento de lo valioso*: conflictividad de tener que vivir viendo lo que otros no ven y danzando al ritmo de una melodía inaudible para la mayoría, aguantando en la pobreza «la burla de los que aman la riqueza» (Lc 16,14).

Porque ¿quién puede entender el extraño comportamiento del hombre que lo vende todo para comprar un campo baldío, pagando por él mil veces su precio (Mt 13,44)? ¿Quién tolerará el escándalo de los buscadores de Dios más allá del ámbito de lo sagrado, de los que pretenden reconocerlo en las fronteras de la muerte, allá donde viven los sin techo, los hambrientos, los privados de libertad... (Mt 25,31-46)?

¿Quién no se resistirá a llamar «dichosos» a los empobrecidos y perseguidos (Lc 6,20-22)? ¿O quién aceptará como Señor a un rey de burla, a un hombre torturado y llevado a rastras hacia la muerte por las calles de Jerusalén? ¿Cómo confiar en que existe un Dios que escucha a los hombres, si ni siquiera el que se llamaba hijo suyo consiguió ser liberado de la muerte, aunque lo pidiera a gritos y con lágrimas (Heb 5,7)?

* *La oscuridad del retraso del Reino*, de la dureza de la espera del esposo que se retrasa (Mt 25,5), o del amo que se fue sin decir cuándo iba a volver (Mt 24,48), o de la tensa vigilancia de quien teme al ladrón nocturno (Mt 24,43), o del criado que aguarda desvelado a que su señor regrese de la boda, para que no tenga que esperar ni un momento a la puerta (Lc 12,36).

Sabiduría difícil de adaptarse a la lentitud de los procesos de germinación (Mc 4,27) o de gestación (Jn 16,21), sin intentar manipularlos ni precipitarlos, fiados en el impulso de un crecimiento que está fuera del propio alcance.

* *La oscuridad de lo gratuito*, de lo recibido sin que brille el mérito propio, sino la esplendidez del que es «bueno del todo» (Mt 5,45-48). Misterio de que lo que «tiene gracia» es comportarse con los otros a fondo perdido y sin esperar nada a cambio. (Lc 6,32-35), porque es lo que consigue que se refleje en los hijos algo de los rasgos del Padre.

Oscuridad de los gestos de entrega sin cálculo, más allá de lo útil: derramar un perfume precioso (Jn 12,3); echar en el cepillo también las dos moneditas que hacen falta para vivir (Lc 21,2); sentarse a los pies del Maestro descuidando la eficacia inmediata del servicio (Lc 11,39); permanecer hasta el final junto al que se ama (Jn 19,25)...

* *La oscuridad de las opciones irreversibles*: la de venderlo todo y dárselo a los pobres antes de saber si el camino que se emprende tiene verdadero futuro (Mc 1,18); la de hacerse eunuco por un Reino cuya fecundidad no siempre se llega a comprobar (Mt 19,12); la de subir a Jerusalén a correr

la suerte de alguien que está ya cercado por la muerte (Jn 11,16).

* *La oscuridad de lo conflictivo*: tensión de ser a la vez sencillos y astutos (Mt 10,16): de dejar ver a los otros las buenas obras para que glorifiquen al Padre (Mt 5,16), pero esconderse a la hora de rezar, de ayunar o de dar limosna (Mt 6,1.6.7).

Optar por cosas tan discutibles como no despedirse de la familia (Mt 8,21) ni anteponer al padre o a la madre al seguimiento de alguien que es casi un desconocido (Mt 10,37); tener que saludar con la paz al recorrer los pueblos anunciando el evangelio y vivir la contradicción de estar en guerra con los de tu propia casa (Mt 10,34).

* *La oscuridad de la confianza sin evidencia*, de la aceptación de que el Dios en quien hay que refugiarse como «Abba» se esconde a veces en la ausencia y el silencio, de que el Dios del júbilo es también el que hunde en el misterio. Seguir confiando en que su amor sigue ahí, más allá del muro impenetrable del sufrimiento. Creer que sus manos siguen siendo capaces de acoger la propia vida, precisamente cuando esa vida está más herida por el abandono y por la muerte (Lc 23,46).

De «hijos de las tinieblas» a «hermanos de la oscuridad»

Éste podría ser el camino de transformación que nos señala el evangelio desde la clave en que hemos intentado leerlo. Y éstos podrían ser algunos de los pasos de ese camino:

1. *Abrirnos al cuestionamiento de lo que consideramos evidente*: dejarnos preguntar y «descolocar» por la Palabra, sospechar de nuestras «clarividencias meridianas» y de nuestras lógicas aplastantes. Aceptar que los eficaces principios de racionalidad instrumental no sean válidos para nuestra condición humana tan compleja, tan inmanipulable en su

secreto último, tan distinta, en su «latencia», de la «patencia» absoluta que van buscando la ciencia y la técnica.

Recordar que el misterio de los otros nunca aparecerá nítidamente en la pantalla de nuestro ordenador, ni su libertad será programable, ni la relación con el otro podrá ser jamás algo de «usar y tirar», ni el proceso de formación de una comunidad, o de una pareja, o de una amistad, se puede someter a la velocidad del micro-ondas.

Por eso, estar dispuestos a desplazar nuestras verdades absolutas, nuestras efectividades a corto plazo. Porque, quizá, lo que consideramos negatividades (la lentitud, la desinstalación, la incertidumbre, las limitaciones propias y ajenas) tengan que ver con el Reino mucho más de lo que queremos pensar.

2. *Entrar en la «nube» de cada momento histórico y de cada corriente cultural*, incluso en aquello que nos adviene, como dice Abraham Heschel, «con su vertiginosa insipidez». Sin aceptar como definitivas las luces que nos aporta, pero buscando las «semillas del Verbo» de que están sembradas.

Luchar por encajar la provisionalidad, el juego de luces y sombras, la dureza de tener que adoptar posturas contraculturales que carecen de plausibilidad y que en nuestro hoy desempeñan un papel semejante al de las «humillaciones, injurias y menosprecios» de que hablan los maestros del espíritu¹.

Aprender humildemente a aguantar, a permanecer, a soportar, a arriesgar, a vigilar, con la convicción de que es la noche la que mide al centinela, de que la verdadera dicha está en creer antes de haber visto (Jn 20,29) y en atreverse a amar a alguien cuyo rostro nunca se ha contemplado (1 Pe 1,8).

1. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, n.º 146.

3. *Contar con la oscuridad como algo normal*, como aquello que ya otros creyentes antes que nosotros reconocieron como una vieja costumbre de Dios:

«En verdad, tú eres un Dios escondido,
el Dios de Israel, el Salvador» (Is 45,15).

«Es gloria de Dios ocultar un proyecto,
es gloria de reyes descubrirlo» (Prov 25,2).

«El Señor hizo oír su voz a Moisés
y lo introdujo en la nube» (Eclo 45,5).

Intentar familiarizarnos con este proceder reincidente de nuestro Dios, dejar de considerarlo como una ventaja que nos evita la búsqueda en la noche; recordar que su luz no es como un faro que suprime las tinieblas, sino como un farolillo que acompaña al caminante y sólo le alumbraba el siguiente paso que debe dar (Sal 119,105).

Frecuentar los *lugares oscuros* del evangelio: Belén, Nazaret, Getsemaní, el montecillo fuera de la ciudad en el que agoniza un galileo rebelde... Grabar en nuestro corazón la imagen oscura del Siervo que carga con el dolor de otros, que se mezcla junto al Jordán con el gentío ambiguo de pecadores que esperan bautizarse, que se ciñe la toalla y se arrodilla para lavar los pies de los suyos. No apartar la mirada del hombre azotado y escupido en los sótanos del palacio de Pilato; reconocer en él al Transfigurado del Tabor y escucharle, *precisamente ahí*, decir: «Yo he venido al mundo como luz, para que ninguno que crea en mí quede a oscuras» (Jn 12,46).

Rondar el «abajo» de nuestra historia, acercarnos descalzos a las *vidas oscuras*, anónimas, hundidas, de tanta gente. Pedir la gracia de poder permanecer junto a los que viven las *horas oscuras* del dolor, de la soledad, del abandono. No huir de nuestras propias horas oscuras: las del fracaso, las disminuciones y los límites.

Ejercitar ahí la mirada de la fe y, lo mismo que descubrimos al Rey por debajo de los atributos de la burla, reco-

nocerlo también en todo eso ante lo que sentimos la tentación de esconder el rostro o de negar su existencia.

4. *Reconvertir nuestros hábitos pastorales*. Sabernos, más que poseedores de una luz que otorgamos generosamente a otros, hermanos que la comparten, como cuando, en la noche de Pascua, nos pasamos unos a otros la luz del cirio con nuestras pequeñas candelas.

Alegramos con la luz que nos da el Resucitado y con la convicción creyente que recibimos de él de que, además de oscuridad, el hombre es otra cosa, y que es posible trascender la negatividad de la historia, no escapando de ella, sino transformándola desde dentro.

Recordar que no siempre podemos hablar de la luz, pero que sí podemos siempre ofrecer gratuitamente la calidez y la lealtad de un amor que no nos pertenece, pero que nos habita. Y reconocer que no lo tenemos todo claro, pero que estamos ahí, disponibles y cercanos, para caminar junto a los otros soportando preguntas, apuntándonos mutua y fraternalmente la esperanza, horadando pacientemente la corteza del campo que esconde celosamente el secreto de un tesoro.

5. *Dar fe a la Palabra que nos asegura que la oscuridad tiene dirección*. Creer que hay un sentido que empuja y se abre camino a través de ella con la fuerza débil del niño que sale del seno de la madre, o del germen de la espiga que rompe la entraña oscura de la tierra hasta salir a la luz. Con la del Viviente que atravesó la noche de la muerte, hasta saciarse de claridad en presencia del Padre.

Habitar esperanzadamente la oscuridad, porque es la novedad del futuro lo que da vigencia al presente, lo que hace que las tinieblas de ahora hayan perdido su categoría de absoluto. Porque «aquel día oirán los sordos las palabras del libro, y sin tinieblas ni oscuridad verán los ojos de los ciegos» (Is 29,18).

Echar a andar por un camino del que desconocemos casi todo y en el que sólo nos sirven de guía las huellas de quien

lo recorrió antes que nosotros y el ánimo que nos da su Espíritu.

Quizá nos acompañe también una extraña alegría que, como a los de Emaús, ponga nuestro corazón en ascuas.

Quizá no la sintamos más que como un hilillo tenue de agua. Pero es agua que mana de una fuente que permanece oculta y cuyo origen presentimos oscuramente.

Aunque es de noche.

6

«El que me ha abierto a mí los ojos...»

(Jn 9,30)

La expresión aparece, en el Evangelio de Juan, en boca del ciego de nacimiento. «Abrir los ojos» tiene una fuerte carga de contenido iniciático que nos pone inmediatamente en relación con conceptos muy próximos a la experiencia de Oriente, como «iluminación» o «despertar», y con ese otro —«contemplación»— que nos es tan familiar en nuestra tradición occidental.

Si es cierto que es a Jesús a quien debemos el que nuestros ojos se abran, que salgamos de la ceguera y que podamos empezar a ver o a «contemplar», vale la pena que nos paremos a aclarar a qué contemplación nos referimos, porque la palabra es peligrosa. Es cierto que hay en ella una invitación a mirar en profundidad y a admirar gozosamente la vida y el mundo; pero también es cierto que, sea por sus resonancias platónicas o por nuestra propia tendencia a escapar del esfuerzo y a pasar de largo ante las llamadas de lo concreto, el caso es que con demasiada frecuencia asociamos la contemplación con algo puramente pasivo o estético, o la reducimos a una experiencia sectorial de nuestro vivir. El concepto corre el riesgo de volverse esclerótico o de quedarse encerrado junto a palabras como «quietud», «serenidad»,

«silencio», etc., y llegamos a considerarla como privilegio de unos pocos y a reconocer nostálgicamente que está muy bien para los que han sido llamados a esa vida que denominamos «contemplativa», pero que queda fuera del alcance de la nuestra, tan ajetreada y cargada de problemas.

Y si no renunciamos totalmente a ella, tratamos de introducirla como con calzador en nuestro ritmo diario o semanal: le reservamos espacios que unas veces son verdaderamente experiencia contemplativa, pero que otras muchas veces resultan sencillamente ser rato de descanso que exige nuestra psicología o el rincón estético que reclaman nuestros sentidos, hartos de ruido y de luces de neón.

Algo de eso se nos mezcla, a veces, en esos días anuales de retiro en los que cargamos nuestra mochila de experiencias monásticas y volvemos a la ciudad con la esperanza de que ese conjunto de vivencias —gregoriano, naturaleza, pájaros y surtidores en el claustro— sean la despensa de la que ir tirando a lo largo del año.

No estoy ridiculizando todo eso (admiro incondicionalmente la vida monástica y agradezco siempre poder pasar cada año unos días en algún monasterio); solamente pretendo ser lúcida y poner el nombre a cada cosa, sencillamente para no vivir en el engaño. Eso, por sí solo, no es más que un aspecto de la contemplación, y a lo mejor es necesario, pero, desde luego, parcial.

Resulta un poco la versión religiosa de esa fuga hacia adelante que se da en nuestras grandes ciudades las vísperas de puente o los viernes por la tarde: unos salen huyendo para sentarse a la sombra del pino de su parcela, y otros nos vamos en busca de la sombra del ciprés de Silos. Y es conveniente, justo y saludable, pero solamente si no nos olvidamos de que lo que nos va a dar sombra cuando arrecie el calor no es el ciprés, sino el Espíritu, porque lo suyo es ser precisamente eso: «*in aestu temperies*».

Así lo vivió Israel en su largo éxodo: experimentaron la presencia de Yahvé en aquella nube que les protegía en su

caminar por el desierto: «cuando la nube se paraba, acampaban los hijos de Israel». (Núm 9,17). Yahvé era para ellos un Dios nómada a quien encontraban haciendo camino y que se mezclaba con su historia. Por eso, donde otros veían sólo cosas, Israel veía signos: el agua, el fuego, la luz, la roca, la tormenta, el alimento, estaban marcados con la huella de la presencia de aquel que actuaba en su vida, que escuchaba su clamor y bajaba a liberarlos (Cf. Ex 3,7-8).

Más adelante, al entrar en la tierra y construir el templo, Israel sufre la gran tentación de encerrar a Dios en un espacio y un tiempo sagrados a los que acude con el culto y de los que sale tranquilizado hacia un mundo que ha quedado libre de la presencia inquietante de Dios y de sus preguntas: «¿Dónde estás?» (Gen 3,9), «¿Dónde está tu hermano?» (Gen 4,9).

Los profetas clamarán contra esta conducta, cuya gravedad más honda consiste en la sustitución del Dios vivo por un ídolo inerte que «tiene ojos y no ve, oídos y no oye» (Sal 115,5-7).

Las equivocaciones de Israel las entendemos fácilmente; lo que, en cambio, nos cuesta es abrirnos a la posibilidad de oír después de ellas: «Tú eres ese hombre» (2 Sam 12,7), y caer en la cuenta de que tenemos una tendencia alarmante a reproducir el mismo esquema de aquel pueblo: nuestra vida toma fácilmente un tono de profanidad satisfecha, y Dios se queda al margen de nuestras relaciones, de nuestros pequeños mercadillos y tráficos diarios; y cuando eso nos cansa, emprendemos el retorno hacia el templo con inciensos y novilunios, repitiendo incansablemente el ciclo.

Quizá es que nos faltan *modelos de identificación*. Tenemos demasiada fijación en la figura de María, por oposición a la de su hermana Marta; y cuando pensamos en la veta contemplativa de Jesús, la asociamos sólo con sus escapadas de noche al monte para orar o con aquellos momentos en los que, en medio de la vida, levantaba los ojos al Padre para darle gracias o para hablarle familiarmente.

En cambio, estamos menos acostumbrados a considerar como contemplativo su gesto de echar del templo a los mercaderes o su costumbre de contar aquellos cuentos con final inesperado que muchos no acababan de entender.

Y es que el ser contemplativo de Jesús consistía, sobre todo, en *saber ver la vida como la veía Dios* y en describir su misterio desde la sabiduría que le comunicaba Alguien mayor a quien llamaba Padre. Eso nos ensancha el concepto de contemplación, nos rompe las tapias de la huerta conventual en que la habíamos encerrado y nos la convierte en un parque público en el que todos estamos invitados a entrar. Entonces empezamos a entender que ser contemplativo es *entrar en contacto con la realidad como lo hacía Jesús*, y que eso tiene que ver, no sólo con el mirar, sino también con el escuchar, con el sentir, con el tocar, con el decir, con el callar...

Por eso llegan a convertirse en modelos de identificación el samaritano, que miró de una manera tan auténticamente contemplativa al hombre caído en la cuneta que su corazón se conmovió, sus pies se acercaron al herido y sus manos se pusieron a curarlo; o aquel hombre entendido en perlas, que supo reconocer entre sus manos la que de verdad valía y vendió todo lo demás para comprarla.

Un universo de nuevas significaciones

A lo largo de todo el evangelio asistimos a una paciente relación educativa de Jesús con sus discípulos en la que trata de comunicarles su experiencia del Reino. Conmueve ver la «pedagogía experimental» con la que tantea, ensaya, provoca, busca comparaciones y ejemplos, echa mano de un sinfín de recursos para contagiarles su manera de ver la vida. Y es que sabía que ellos y nosotros necesitamos de todo eso, como necesitan los niños los hombros de su padre para ver desde ahí la cabalgata de Reyes o el paso de alguien importante que desde abajo no consiguen divisar.

Si aceptamos mirar desde ahí, desde esa sabiduría nueva, lo que vemos no es un plus de misticismo que se añade a la vida, sino *la vida tal como es vista desde el Padre*. Por eso, ser contemplativo no es un lujo espiritual, sino la única manera posible de vivir en la verdad. Lo contrario de la contemplación no es eso que en la ascética tradicional llamábamos «activismo», sino algo mucho más grave: *el engaño*. Por eso, cuando Jesús devolvía la vista a los ciegos, el evangelio de Juan habla de «signos», porque, más allá de la curación física, lo que ocurría era que alguien salía de la oscuridad y de la mentira y empezaba a ver la realidad desde la verdadera luz.

Bautizarse en Jesús es sumergirse en esa luz y entrar en *un universo de nuevas significaciones*. La comunidad cristiana nos va iniciando poco a poco en ese código secreto que nos permite contemplar la vida de otra manera. Lo que ocurre es que, a veces, pasan los años, nos hacemos peritos, escribas o doctores en teología y hasta en lenguas bíblicas y, a pesar de ello, la lengua de Jesús sigue siéndonos desconocida. Y, en especial, seguimos resistiéndonos a usar como él *los adverbios y los adjetivos*:

- Nosotros llamamos estar *arriba* a ese prestigio que nos da el haber atrapado cualquier tarima, escalafón, podio o taburete que nos haga sobresalir por encima de los demás. En cambio, para Jesús, *arriba* está el publicano que no se atrevía a levantar los ojos del suelo (Lc 18,3); o la cananea que se contentaba, como los perrillos, con las migajas que caían debajo de la mesa de los señores (Mc 7,28); o Zaqueo, a quien todos miraban por encima del hombro (Lc 19,3).
- Nosotros nos sentimos *grandes* cuando infundimos respeto por nuestros conocimientos, nuestra categoría personal o nuestra cuenta corriente; pero Jesús parece reírse de ese tipo de grandeza, como se ríen los niños de los gigantones de cartón de las fiestas

callejeras. Y se admira, en cambio, de la grandeza oculta de toda esa gente «inferior» y «subalterna» que vive prestando servicio (cf. Mc 10,43) tan naturalmente como camareros que ignoran ser los verdaderos invitados de honor de la fiesta.

- También con el *más* y el *menos* nos hacemos un lío, porque es difícil entender esas peculiares matemáticas suyas según las cuales valían *más* los dos céntimos que echó en el cepillo del templo aquella viuda pobre que las grandes cantidades que echaban otros de lo que les sobraba (cf. Lc 21,1-4).
- Tampoco nos coinciden el *cerca / lejos* y el *dentro / fuera*: los fariseos (y fácilmente nosotros) se sentían *dentro* de la ley y, por lo tanto, *cerca* de Dios; pero resulta que los llamados al convite eran los que estaban *fuera*, perdidos por los caminos (cf. Mt 22,9), y el que terminó gozando en el seno de Abraham fue Lázaro, el mendigo que había estado siempre a la intemperie, a la puerta del rico (cf. Lc 16, 19-31). También María Magdalena, el centurión o la samaritana y todo aquel gentío que le seguía estaban *fuera*, como ovejas sin pastor, al margen de la salvación de Israel. Y son precisamente éstos, los *últimos* de entonces y de ahora, los que para Jesús son los *primeros*.

Por eso nos quedamos con la versión «light» de la contemplación y preferimos que no nos lleve más allá de aprender o enseñar a relajarse, crear ambientes apropiados y encender velas delante de un icono. Y por eso todas las distintas pedagogías de oración, aunque sean necesarias, sólo son cristianas cuando están integradas en lo otro, cuando son los espacios en los que nuestra ceguera congénita se hace *súplica* de una luz que no nos pertenece o *acción de gracias* exultante cuando, como a Jesús, se nos revela algo de cómo es el mundo desde la mirada del Padre.

Tres verbos para conjugar

Aprender a contemplar ha sido una meta deseada por generaciones enteras de cristianos, y nuestras bibliotecas están llenas de diccionarios, libros y revistas que nos hablan de ello. Sabemos lo importante que es la humildad, el recogimiento, el silencio interior, la purificación del corazón y la atención a la presencia de Dios. A todo eso me atrevo a añadir aquí *tres verbos* que aparecen entre líneas en el evangelio como condiciones de posibilidad para la contemplación: *sospechar*, *asombrarse* y *arriesgarse*.

SOSPECHAR puede resultarnos un verbo incómodo y tener para nosotros un contenido tirando a negativo. Sobre todo, si somos nosotros mismos y nuestras actitudes el objeto de la sospecha. Y, sin embargo, a Jesús, que siempre está animando y quitando miedos («¿Por qué teméis?» [Mt 6,50]; «No andéis preocupados» [Lc 21,22]; «¡Ánimo, hijo!» [Mt 9,2]), no parece preocuparle demasiado abrir los ojos de los suyos y espabilar su vigilancia para que no se fabriquen una imagen falsa de sí mismos. No los trata como a «ciudadanos libres de toda sospecha», y se ve que le parece bastante probable que ellos y nosotros vayamos por ahí tocando la trompeta cada vez que hacemos algo bueno (cf. Mt 6,2); o que, haciéndonos los distraídos, intentemos sentarnos en el mejor sitio del banquete (cf. Lc 14,7); o que sigamos empeñados en encontrar, por fin, esa aguja de ojo suficientemente grande como para que se cuele por él el camello de nuestras posesiones (cf. Lc 18,25).

Aquello de que «Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía... y sabía lo que hay en el hombre» (Jn 2,25) podrá gustarnos más o menos, pero la afirmación no puede ser más clara. Lo que ocurre es que esa desconfianza suya estaba unida a una apuesta incondicional por cada uno de esos hombres y mujeres en su situación concreta, por más cascada y apagada que estuviera. Por eso, a la vez que llamaba al reconocimiento abatido de su propia debilidad, les transmitía la seguridad de ser aceptados y queridos *precisamente así*, tal como eran.

Educación para la contemplación es ayudar, desde niños, a perder el miedo a reconocer los propios fallos, a dejarse preguntar, a relativizar las propias opiniones, a dejar que otros borren lo que hemos escrito o descosan nuestros puntos. Y a consentir también que donde nosotros decimos «arriba, grande, más», Jesús corrija: «abajo, pequeño, menos». Sin esta actitud de *dejarse descentrar de la propia percepción*, nuestra contemplación no irá más allá del azogue del espejo en el que admiramos a nuestro propio personaje.

Y esto no es ascética moralista, sino camino único de posibilidad para hacernos dóciles al Espíritu, que está siempre empujándonos fuera de nuestro patio, tan estrecho, y queriendo sacarnos al espacio abierto, donde hay viento y sol. El aprendiz de contemplativo tendrá que irse acostumbrando a desdramatizar sus equivocaciones, sus pequeños fracasos y ridículos, y a aceptar no ser mucho más que un puñado de polvo, como nos repetía antes machaconamente cada cuaresma. Y saber también que un poco de agua y las pacientes manos del alfarero pueden convertir ese polvo en una vasija preciosa (pero no cerrarse a la sospecha de que, según se mire, a veces casi se parece más a un botijo de verbena...).

ASOMBRARSE es algo característico del discípulo: sólo puede aprender el que tiene viva la receptividad y la capacidad de sorpresa, el que está dispuesto a dejarse des-concertar y des-quiciar, es decir, a poner en entredicho los propios conciertos y quicios. Hay que aceptar que aquel de quien se pensaba que había perdido el juicio (Mc 3,21) nos rompa el equilibrio. Hay que consentirle que irrumpa en el casillero polvoriento donde intentamos archivar su palabra entre sentencias de juiciosa prudencia y de sensatas componendas.

El asombro nos vacuna contra el virus que hace inofensivo el evangelio y que nos lleva a convertirlo en un conjunto de evocamientos bellos y pacíficos que se van acumulando en la memoria mientras la vida se queda a salvo.

«La belleza del desierto consiste en que esconde un pozo en algún lugar» decía A. de Saint-Exupéry; y el asombro es

eso, andar por la vida como por un campo que oculta un tesoro, o como por un camino en el que un desconocido puede juntarse con nosotros en cualquier momento y darse a conocer al partir el pan.

Ojo al día en que no nos sorprenda que alguien haya dicho: «¡Qué suerte tienen los perseguidos!» (Lc 6,22), o que la riqueza es, de por sí, injusta, y lo único decente que se puede hacer con ella es hacerse amigos de aquellos que tienen asegurado el Reino (Lc 16,9). Si todo eso nos suena a sabido, mejor es que pidamos la excedencia como educadores de la fe y nos dediquemos a llevar la contabilidad de la parroquia. Por lo menos, hasta que se nos cure la memoria de esos «saberes».

Si importa tanto cuidar la capacidad de asombro como a la niña de nuestros ojos, es porque, gracias a ella, puede nuestra mirada parecerse a la de los niños. Y sólo entonces podemos entrar en relación con los demás de esa manera desprotegida y descalza que presiente siempre en los otros algo que está más allá de la imagen que nos hemos formado de ellos.

Por eso, cuando la niña de los ojos se nos enturbia, tenemos que ponernos, como Bartimeo, al borde del camino, dando voces para ser curados. Y la curación consiste en que se nos caen de los ojos las escamas del aburrimiento y la costumbre y empezamos a creernos, con sorpresa, que somos increíblemente queridos.

ARRIESGARSE a algo supone entrar en una relación especial con el tiempo: los minutos que dura la carrera de caballos, los segundos que tarda en pararse la bolita de la ruleta, el período más o menos largo que necesita para salir adelante o fracasar el proyecto en que hemos invertido nuestro esfuerzo, son medidas de *tiempo intenso*. Un tiempo al que hemos confiado algo que nos importa mucho.

En esa relación especial juega un papel importante la categoría de *aplazamiento*, y el riesgo consiste precisamente en eso, en apostar *ya en el presente* por un futuro que tiene

toda la fragilidad de lo que aún no existe, de lo que no es demostrable ni manipulable. Las palabras de Jesús nos introducen en este extraño juego: por un lado, se refieren a un *ahora* concreto e inmediato: «Vende lo que tienes» (Mc 10,21), «Dichosos los no violentos» (Mt 5,4), «Tú eres Simón, hijo de Juan» (Mt 16,17), «Perdonad» (Lc 6,37); y suponen con toda naturalidad que aquellos a quienes van dirigidas se arriesgarán a cumplirlas, sin más garantía que la que esa misma palabra les ofrece para el *futuro*: «Tendrás un tesoro en el cielo»; «ellos poseerán la tierra»; «Tú te llamarás Pedro»; «seréis perdonados».

Ser contemplativo es familiarizarse con esta «*ley de período largo*» del evangelio, que cuenta con la lentitud con que la levadura va fermentando la masa o con la incomodidad de esperar hasta la siega para arrancar la cizaña. Y con el riesgo que supone ponerse a caminar sin bastón ni alforja, porque sólo al final se revela que ahí estaba el secreto de la libertad.

El contemplativo acepta entrar en esa otra medida que Dios tiene del tiempo, y se deja convencer de que no hay que andar agobiado por el mañana, de que lo que se siembra crece por su propio impulso, sin que uno ande levantándose a vigilarlo; y que, en cambio, es por la llegada siempre imprevista del Hijo del hombre por lo que hay que estar alerta.

Aprender ese ritmo de Dios supone gastar tiempo en eso, aparentemente tan poco eficaz, que llamamos *oración*, porque sólo ahí aprendemos a acomodar nuestro paso al suyo. Y es que, desde que Adán se escondió porque tenía miedo de su presencia, parece que anda Dios buscando a alguien que se arriesgue a caminar con él por el jardín, al este, en Edén. Y, por si lo que nos asusta es el bochorno, suele esperar a que refresque con el relente de la tarde...

Todo esto de *sospechar*, *asombrarse* y *arriesgarse*, es Jesús quien puede enseñarlo; pero es que él tuvo buena escuela: cuando empezó a hacerlo, llevaba treinta años viviendo junto a una *mujer contemplativa*, y también él supo guardar

en su corazón el eco y el talante de lo que cantaba su madre. Por eso, cuando dice cómo hay que orar, pone como modelo a alguien que, como María, se ponía en el último lugar, y Dios miró su humillación como había mirado la de ella. Y enseña, en cambio, a *sospechar* de la falsa imagen de hombre intachable que tenía el fariseo.

Su exclamación más explícitamente contemplativa, «Te doy gracias, Padre, porque has ocultado estas cosas a los entendidos y se las has revelado a la gente sencilla» (Mt 11,25), o la proclamación de las bienaventuranzas, resuenan ya en el *asombro* con que María canta las maravillas que Dios ha hecho con ella, tan pequeña y que, precisamente por ser mujer, representa el no-poder, el no-saber, el estar en el margen. Por eso la llamarán dichosa todas las generaciones, y también porque ella es la gran creyente que se *arriesgó* a descubrir, *ya* en la opacidad de una historia dominada por los poderosos, el germen de algo nuevo que estaba a punto de estallar. María se decidió a poner su fe en Aquel que levanta a los humildes e invita a los hambrientos a saciarse en su banquete y a creer que los otros, los engréidos, los saciados, los de arriba («¡ay de vosotros!», les dirá Jesús), resultan ser los de *abajo* y los de *fuera*.

Nadie en Israel se había atrevido a ir tan lejos en la «*revolución de los adverbios*» como esta mujer de Galilea. De Nazaret había empezado a salir algo bueno.

Ayudas para abrir los ojos

Posiblemente nos surgirá la pregunta: ¿dónde aprender a ser contemplativos?

Pues depende de cómo ande nuestra fe en aquello de que no hay que llamar a nadie «maestro ni director, porque el Maestro es uno solo» (Mt 23,8-10). Si nos lo creemos a medias, acudiendo más que nada al director(a) espiritual o a cursillos, conferencias y libros.

Si nos lo vamos creyendo un poco más, a lo mejor también lo de arriba, pero además buscando al Maestro allí donde dijo que estaba: en medio de la gente que se reúne en su nombre. Por eso, donde hay una comunidad, un grupo de oración, una reunión de creyentes, hay posibilidad de aprender a ser contemplativos. Porque ahí podemos recibir y darnos mutuamente el valor y la fuerza que necesitamos para mirar y afrontar la vida como lo hacía Jesús y ayudarnos unos a otros a erguirnos y a mirar hacia arriba, como hizo él con aquella mujer encorvada (Lc 13,10-17).

Esos espacios de encuentro, como también las instituciones educativas cristianas, tendrían que ser como el gancho del que se puede colgar el candil que alumbra a toda la casa y que permite contemplar, desde esa luz, todo lo que en nuestra sociedad es contrario al proyecto del Reino. Pero, para eso, es urgente que esos espacios de encuentro y esas instituciones emprendan la tarea de ser «fermento» y no «cemento», que sean «palabra crítica» y no sólo «plataforma repetidora», y que se vayan haciendo capaces de acompañar el compromiso efectivo por la transformación de esa realidad, que es la consecuencia de la contemplación.

Pero, para hacer todo eso con otros, tenemos nosotros mismos que dejarnos quitar la venda que impide a nuestros ojos contemplar al Dios vivo y entregarnos a su causa en el mundo. Y eso sólo se consigue estando cerca de aquellos que son la mejor custodia de su presencia real: los que entre nosotros están desposeídos y dejados al margen, porque es en ellos donde se nos revela el rostro del Siervo. Y cuando él venga como Señor a enjugar todas las lágrimas, se nos revelarán en plenitud los dos adverbios que esconden el secreto más estremecedor de la vida: que nuestros ojos, *ya aquí*, habían podido empezar a contemplarlo cara a cara.

7

«Dejad que se me acerquen los niños»

(Mc 10,14)

Siempre que leo estas palabras, me acuerdo de una maestra que solía decir con ironía que ella había corregido el texto del Evangelio y que su versión era: «dejad que se me acerquen los niños..., pero fuera del horario escolar, NO».

La realidad es que quienes tenemos problemas de cercanía con ellos somos los que vivimos muy distantes y muy ajenos a su mundo y no sabemos caminar con ellos: o damos grandes zancadas que les obligan a trotar a nuestro lado, o nos empujamos en que vayan al mismo compás que fue el nuestro cuando éramos pequeños, o nos despreocupamos de su ritmo y les dejamos caminar solos.

No, no es fácil. Pero la culpa no es de los niños. Y no es una obviedad el decirlo, porque con frecuencia se detecta en los adultos una especie de agresividad sorda y no confesada contra los niños. Da la sensación de que proyectan sobre ellos el rechazo que sienten por la generación de los jóvenes y los adolescentes: abominan sus «vaqueros» y su música; no resisten su lenguaje ni sus «posters» ni sus «video-juegos»...; se sienten —¿nos sentimos?— fracasados en su relación educativa y desbordados por un nuevo estilo de vivir y de estar en el mundo que no encaja en las casillas que existían hasta

ahora. Por eso miran a los niños con un poco de recelo, como si estuvieran ya incubando el virus del pasotismo, las drogas y la acracia.

Lo que resulta duro y difícil de reconocer es que esa «marea juvenil», que muchos miran con temor, pero sintiéndose protegidos por el rompeolas de los «eternos valores inmutables», no viene de alta mar, sino que ha nacido junto al mismo acantilado y ha sido educada en el mismo sistema de valores.

Y, nos guste o no reconocerlo, nuestra generación va a tener poco que decir a los niños o a los jóvenes si de alguna manera no damos un frenazo en nuestra carrera —la carrera de los armamentos, la del consumo, la de la violencia, la de la competencia, la de no saber a dónde vamos— y empezamos a recorrer la vida de otra manera, de esa otra manera que intuimos en los momentos fugaces en que experimentamos la posibilidad de una existencia liberada, confiada y gozosa, en que nuestra avidez se transforma en comunión, nuestra ansiedad en paz y nuestra agresividad en ternura. Sólo así es posible que nos acerquemos a los niños y caminemos con ellos, porque sólo así estaremos liberando al niño que está en lo más profundo de nuestro ser; ese niño que, como dice el Apocalipsis, está siempre amenazado por el poder destructivo del dragón. Ese niño al que tenemos que salvar y reencontrar para entrar en el Reino.

Los niños, ese peligro

Dice Garaudy que nacemos terriblemente viejos y que llegar a ser jóvenes es la conquista de toda una vida. Centrándonos ya en el aspecto catequético, podríamos llamar «vejez» a esas actitudes que hoy intentamos dejar en la cuneta: autoritarismo, cerrazón, legalismo, ritualismo, ideologías, obsesión doctrinal... Es fácil abandonar conceptos —¿quién definiría hoy así la catequesis?—, pero no es tan fácil cambiar las actitudes.

Estamos satisfechos de haber encontrado una fórmula feliz: «Una catequesis desde y para la comunidad», y ponemos nuestra mejor voluntad en ponerla en marcha. Pero no caemos bastante en la cuenta de que los niños son *peligrosos*.

Sí. Escribo la palabra convencida de su carga de contenido. Los niños son peligrosos, porque tienen el enorme poder de la intuición penetrante, de la mirada limpia que cala en lo auténtico, en lo medular de nuestras actitudes.

Podemos decir de los niños lo que Péguy dice del germen:

«El germen es el *mínimum* de residuo; es el *mínimum* de lo ya hecho; es el *mínimum* de hábito y de memoria. Y, por lo tanto, el *mínimum* de envejecimiento, de rigidez, de endurecimiento, de amortiguamiento. Y, por el contrario, el *máximum* de libertad, de juego, de agilidad y de gracia. El germen es lo menos habituado que existe. Es donde hay la menor cantidad de materia acaparada, fijada por la memoria o el hábito. El germen es aquello donde hay menos cantidad de materia consagrada a la memoria. Donde hay menos legajos, memorias. Donde hay menos papelería, menos burocracia. O, mejor aún, lo que está más cerca de la creación, lo más reciente, en el sentido latino de la palabra 'recens'. Lo más fresco. Lo más reciente y salido verdaderamente de las manos de Dios».

Y es precisamente eso lo que hace temibles a los niños, lo que nos deja tantas veces desarmados y perplejos ante ellos. Porque son capaces de desconcertar nuestra seguridad, de ver nuestro verdadero rostro por debajo de nuestras máscaras.

Un niño va más allá de las palabras; un niño capta de una manera misteriosa si estamos o no de su parte; un niño intuye qué es lo que hay de auténtico en nuestras actitudes, y lo hace con la misma facilidad con que pesca un renacuajo en un charco. Por eso, el definir la catequesis como algo que se hace desde la comunidad y para la comunidad, es algo más serio que una formulación acertada. Es algo más que

una nueva moda pedagógica o un estar de vuelta de una educación «bancaria» o de unas posturas individualistas.

Supone, por supuesto, el optar por una vivencia comunitaria de la fe, el tomar conciencia de que la comunidad es el ámbito específico donde «contagiar» y afirmar nuestra identidad cristiana.

Todo esto es cierto; pero hay algo muy profundo y en lo que quizá no pensamos bastante al dar a la catequesis una orientación comunitaria. Y es que acoger a los niños en la comunidad es peligroso. Podemos zafarnos de ese peligro, es cierto, lo mismo que los sentamos el sábado por la tarde delante de la TV para que se estén callados y no nos molesten. Podemos inventar nuevas fórmulas más sutiles de tenerlos alejados y seguir caminando a nuestro paso. Pero, si somos honrados y vamos hasta el fondo de lo que significa que formen comunidad con nosotros, si dejamos brecha abierta a sus preguntas incisivas, a su lógica implacable, a la naturalidad con que esperan nuestra coherencia, podemos estar seguros de que nada va a seguir como antes.

Pienso en un comentario de una niña de 9 años: «Un padre trata de imitar a Papá Noel con su larga barba de algodón y su túnica roja. Pero se sabe que es él, porque le ves los zapatos que usa para cuidar el jardín y que ha olvidado cambiarse».

Eso es, más o menos, lo que nos ocurre con los niños. Por debajo de nuestros disfraces reconocen nuestros viejos zapatos; por debajo de nuestras palabras descubren nuestras actitudes; por debajo de nuestra fachada captan nuestra verdad.

Por eso, toda la renovación catequética depende de la renovación de la comunidad cristiana. Es inútil renovar nuestro lenguaje si el «talante vital», que es lo que ellos perciben, sigue envejecido. Por eso creo que hay unos cuantos aspectos de nuestra relación con los niños que son previos a la relación catequética. Serían algo así como los «presupuestos de la entrega del Credo», es decir, aquellas actitudes básicas que

harían posible la transmisión del evangelio, el soporte de las palabras que más tarde les diremos, la «base de sustentación» sobre la que podrá tener consistencia la buena noticia de Jesús.

Estar de su parte

La primera de estas actitudes básicas creo que sería la de «estar de parte del niño», tener una disposición radical de estar al servicio de sus exigencias más profundas:

- Necesidad de amar y ser amado. Exigencia de afecto, encuentro y diálogo, de respeto y de ser significativo en la vida de los otros, de ser valorado por los demás y por sí mismo.
- Necesidad de crear y sentirse útil. El niño nos pide el pan de la creatividad, la valoración de sus iniciativas, el reparto de las posibilidades y tareas, la participación en el trabajo.
- Necesidad de encontrarse consigo mismo, que se transparente en sus deseos de ser él, de descubrir la propia identidad, de marcar su propio rumbo. Responde a una necesidad profunda de coherencia y claridad.
- Necesidad de expresarse a través de distintos lenguajes que le permitan decir su palabra interior, sentimientos, deseos, temores, admiración...

El adulto puede responder a esas exigencias, y la calidad de nuestra relación es lo que realmente estructura la personalidad del niño y lo que le permite una maduración armoniosa y plena. El niño nos percibe instintivamente distantes o acogedores, comprensivos o asfixiantes, disponibles o cerrados ante él. Ese clima relacional que le envuelve es lo que le va consolidando en una dirección o en otra. De ahí va a depender la «*confianza básica*» del niño, que es el sentimiento fun-

damental que afecta al centro mismo de su identidad personal y al sentido profundo que pueda tener su vida.

Es esa actitud penetrante de aceptación y seguridad de uno mismo, de confiabilidad, al mismo tiempo que es una esencial seguridad en los otros, en la vida y en el mundo, es el requisito fundamental y el primer componente de la fortaleza vital del individuo. Esta confianza básica se manifiesta en el progresivo «sí» que vamos dando a la vida; en ese silencioso sentimiento de bondad interior, de estar bien, de que es bueno lo que hemos recibido y llevamos dentro; en ese profundo deseo de vivir y saber que la aventura en que estamos inmersos tiene sentido, marcha bien, merece la pena.

Cuando el niño, a través de su proceso evolutivo, no ha tenido la posibilidad de sentirse personalmente amado ni de confiar en alguien, tendrá la secreta convicción de ser indigno de amor, carente de valor. Su autoestima será muy baja y su hostilidad hacia el mundo circundante puede ser alarmante. En cambio, cuando el niño ha recibido la suficiente confianza, la manera de percibirse a sí mismo será muy distinta, y sus consideraciones irán en otro sentido: «Tengo algo que ofrecer a los demás, aunque tengo que aprender de ellos también». «Hay cosas que puedo hacer». «Me alegro de ser como soy». Una autoestima elevada en el niño procede del hecho de sentirse querido y valioso, y ése es el aprendizaje más profundo de lo que llamamos «fe».

No podemos olvidar que la raíz hebrea que está detrás de esta palabra significa originalmente «llevar en brazos a un lactante». El niño que descansa se apoya tanto en una protección vigilante como en la fuerza de los brazos que lo sostienen. Creer, para un hebreo, consiste en apoyarse en alguien en quien se tiene confianza. Fe es la cualidad de fondo que hace a un hombre seguro.

Y la gran intuición de Pablo es precisamente ésa: que los hombres no «valemos» (no nos «justificamos») ante Dios por lo que tenemos o hacemos, sino sencillamente porque somos. Esto significa que Dios tiene fe incondicional en el ser del

hombre; y si el hombre cree esto, deja de considerarse bueno en comparación de malos, o malo en comparación de buenos. Ante Dios se experimenta como hijo, es decir, como alguien que es afirmado absolutamente por Dios más allá de su bondad o malicia propias. Entonces la experiencia de los propios límites deja de pesar como culpabilidad, porque está envuelta en la gran ternura de Dios. De ahí brotan «la libertad, la alegría, el juego». Es la experiencia de la *gracia*.

Por eso, sólo cuando de alguna manera vivimos estas experiencias y somos capaces de transmitirles a los niños en la sencillez de lo diario, empezamos a comunicarles algo más que una palabra al hablarles de Dios como Padre.

Trasladar el centro de gravitación

La segunda condición de posibilidad de una verdadera catequesis sería la «determinación determinada», por parte del adulto, de respetar de verdad a los niños en su personalidad y en su proceso de crecimiento. Hay tres tentaciones que nos amenazan muy sutilmente en la educación y en las que es difícil no caer.

Una es el sueño del «*niño clónico*», es decir, la añoranza secreta de hacer a alguien a nuestra imagen y semejanza; lo cual, en el terreno de la fe es más peligroso que en ningún otro aspecto de la vida. Así, unos intentan estirar la inteligencia del niño como la piel de un tambor para abarcar todo el dogma («hay que asegurar lo doctrinal»); otros emplean la fe como camino de adoctrinamiento «progre» que convierte a los niños en «alevines» de militantes de izquierda; otras veces proyectamos sobre ellos nuestras perplejidades de tal manera que no puede extrañarnos el que, en cuanto tengan un palmo más de estatura, «pasen» de todo o busquen afiliarse a cualquier grupo extremo donde encuentren, aunque desfiguradas, la claridad y la decisión que nosotros no supimos ofrecerles.

Otra tentación es la de obligarles a *caminar a saltos*; pedir al niño que adopte posturas y cargue con problemas que no son suyos, sino nuestros; exigirle respuestas impropias de su edad o proponerle un tipo de acción y relación característico de los mayores y no de su momento evolutivo. Un matrimonio amigo, excelentes padres desde muchos aspectos, quieren conseguir de su hijo de tres años una mentalidad y una conducta socialista. No le dejan decir el pronombre «mío», porque —le explican— todo es «nuestro». El niño, como es lógico, acepta el vocabulario; pero, cuando quiere el camión del amigo con el que está jugando, le dice: «El camión es nuestro», y se lo quita. Y es que el niño necesita vivir una etapa en que diga «mío» para llegar a otra en que dirá «nuestro». Nunca dirá «nosotros» si antes no ha podido decir «yo».

En relación con los mayores irá descubriendo el dar y el recibir, el poseer y el compartir; pero no dando zancadas a nuestro ritmo ni quemando etapas de su desarrollo. Cada una de ellas va a ser fundamento y base de la siguiente, y no podemos construir en falso.

Una tercera tentación es la de *sustituirla a él*, reemplazar su voluntad por la nuestra, ocupar su sitio. Las ideas y deseos que tenemos de los niños, con frecuencia los tenemos «por» ellos, frenando la aparición de su pensamiento y querer propios. Organizamos, prevemos, rodeamos al niño de seguridades, paralizamos el crecimiento de sus capacidades. Es un comportamiento típico de muchos padres y educadores ante el trabajo escolar y de muchos catequistas ante el resultado de su catequesis. Ansiosos de su (?) éxito, lo hacemos casi asunto personal nuestro, cuando educarle, en realidad, sería hacerle comprender que su deseo de ser libre, fuerte e independiente es justo lo que nos causa mayor alegría. Y es que nos da miedo la experiencia. Dejar elegir es un riesgo, puede conducir a una superación, pero también a fracasos terribles. La persona libre, sin embargo, no puede adherirse a valores definitivos más que en la medida en que se ha visto en la posibilidad de crecer o de degradarse. Sabemos que los niños, en el fondo, desean seguir dependientes el mayor tiem-

po posible y que nos incitarán a ejercitar, muchas veces sin que nos demos cuenta, toda la fuerza de nuestra autoridad. Hay que remar duro, y a veces contra corriente, para otorgar, a pesar de ellos y a pesar de nosotros, esa libertad que estamos siempre tentados de retirar y que los niños están tentados de devolvernos.

Sin esto es imposible la formación de una conciencia moral autónoma y abierta, invitarles a la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Y el precio a pagar es nuestro descentramiento, el traslado del centro de gravitación, de nosotros mismos, a los niños. Es el precio, sobre todo, para que algún día les suene a algo «familiar» lo que les digamos de Jesús, «el hombre para los demás».

Entrar en la tierra de Jesús

Y, por último, otra actitud básica condicionante de la catequesis es que nuestra afectividad esté realmente comprometida. La catequesis sólo puede surgir del apasionamiento. Un cristiano aburrido nunca podrá transmitir nada; un catequista a quien de alguna manera no le brille la mirada cuando habla de Jesús, no educará más que para la repetición y el tedio. Y esto es perfectamente intuido por los niños.

Estamos ofreciendo a las nuevas generaciones una especie de mundo de plástico, unos valores «razonables», una civilización donde están ausentes la emoción, el sentimiento, la belleza, el sentido poético... La fe juega el papel de «teorema religioso», y la moral es la ciencia del equilibrio. ¡Y nos extrañamos de que prefieran un concierto de Michael Jackson!

Si no somos capaces de transmitir el evangelio como algo que rompe el equilibrio, que está contra el orden fijo, contra los cálculos, contra las medidas y contra todos los que hacen cuentas de continuo; si no estamos mínimamente contagiados de la «lógica del exceso», de lo gratuito y no razonable del

evangelio, más vale que nos dediquemos a hacer raíces cuadradas o a vender electrodomésticos.

No podemos hablar a los niños de las bienaventuranzas como si les ofreciéramos el «Anuario mercantil». El evangelio tiene que traer aire fresco, novedad, buena noticia, desbordamiento y despilfarro, porque sólo cuando rompemos la barrera de la prudencia hemos entrado en la tierra de Jesús.

Después de leer todo esto, quizá haya quien piense que tenía razón la maestra harta de niños, y que no trae cuenta dejarles arrimarse demasiado.

Y, sin embargo, a pesar de las dificultades, sí «trae cuenta». Salimos ganando. Porque no nos dejan instalarnos, ni mentir, ni envejecer en el corazón.

Y además, no estamos solos al acercarnos a ellos. Alguien nos ha precedido. El mismo Jesús ha llegado antes y camina en su compañía.

8

«Una voz como el rumor de un fuerte oleaje»

(Ap 1,15)

«Guardaos de la levadura de los fariseos», dijo Jesús. Y creyeron que estaba hablando de que no tenían pan (cf. Mc 8,15).

«Destruid este templo, y yo lo reedificaré en tres días» (Jn 2,19). Y pensaron que se refería al edificio.

«Cuando oréis, no habléis mucho» (Mt 6,7). Y llegamos a la conclusión de que la oración no puede salir de la catacumba de nuestro corazón.

Tan listos para todo y tan cortos para entender lo más sencillo del Evangelio... Tan convencidos de nuestra inteligencia y tan merecedores, una y otra vez, de los reproches casi impacientes de Jesús: «¿No acabáis de comprender?» (Mc 5,17). «¿Aún no habéis entendido?» (Mc 3,13). «¿Qué torpes y qué lentos sois...!» (Lc 24,25).

Y es que siempre estamos necesitando reconocer nuestra ignorancia y abrirnos a su sabiduría, aceptar que tenemos que estar siempre empezando a entender.

¿Qué es lo que les ha ocurrido a nuestras palabras, a nuestra *palabra*? La sentimos encogida y estrecha, como un

abrigo viejo en el que ya no caben nuestras experiencias profundas; nos resulta un recipiente demasiado basto para confiarle nuestros sentimientos o demasiado opaco para transparentarlos.

Nos apoyamos en el refranero: «Obras son amores, que no buenas razones». «Del dicho al hecho hay un buen trecho». «Por la boca muere el pez»...

Nos lo confirman nuestras canciones:

«Palabras, palabras, palabras, palabras.
Discursos, conferencias, sermones y entrevistas,
encuestas y coloquios, consejos y homilias...
Detrás de lo que dicen intento adivinar,
detrás de lo que dicen, qué dicen de verdad».

Recurrimos al Evangelio: «No basta decir '¡Señor, Señor!' para entrar en el Reino de los cielos» (Mt 7,21). «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Mt 15,8)... Nos paraliza la parábola de los dos hijos, en la que las palabras de cada uno no tenían nada que ver con lo que luego hicieron (cf. Mt 21,25-32), y casi nos parece que Jesús se burlara finalmente de lo que expresamos de labios para afuera y sólo tuviera en cuenta nuestras obras.

Y a todo eso le añadimos unas cuantas sentencias de filosofía zen y un par de anécdotas que contamos en catequesis de cuando éramos niños y teníamos que recitar unas oraciones larguísimas de las que no entendíamos casi nada.

El resultado es que decidimos que la oración es una cuestión exclusivamente del corazón, y a veces hasta llega a resultarnos incómodo tener que unirnos a la oración vocal en la liturgia.

Un pueblo de voz exultante

Pero esta postura ¿es acorde con la tradición cristiana? ¿Se podría reconocer en nosotros algún rasgo familiar de aquel pueblo cuya oración era «como una ola de fe martirial que

daba testimonio gozoso, exultante y arrebatado de la acción de Yahvé en el mundo»?¹ ¿Qué hacemos al abrir la Biblia y encontrarnos con todos esos imperativos que mueven nuestra voz a confesar, proclamar, manifestar, anunciar, contar, narrar, bendecir, ensalzar, vitorear, cantar, pregonar...?

Corremos el peligro de convertirnos en los herederos mudos de un pueblo de plegaria palpitante. Para ellos, «decir» tenía que ver radicalmente con «ser claro», con «hacer visible»; sabían que la palabra era la gran constructora de relaciones dialógicas (cf. Gen 3) y que el no decir nada significaba una consciente supresión de la relación personal (cf. Am 6,10; Jb 32,1).

Israel no conoció la dicotomía entre la palabra y su contenido (el *dabar* hebreo tiene ambas significaciones), y el haber perdido nosotros esa unificación tal vez sea la causa de la devaluación de nuestras palabras. Lo que nos ha hecho perder la confianza en ellas ha sido el constatar cuántas veces van en paralelo con nuestra vida, por lo que llegan a no significarnos nada y son como címbalos que suenan o platillos que aturden, pero que no crean música.

Nos han desbordado las fórmulas, las frases huecas que no tienen nada que ver con la realidad: «Encantado de conocerle...»; «ya sabes dónde tienes tu casa...»; «a ver cuándo nos vemos...»; «te llamo un día de éstos...» Y, en el fondo, no hay rastro de cordialidad ni de hospitalidad, ni deseo alguno de reencuentro.

Nos ocurre lo mismo con la oración, y decimos: «Dios mío, ven en mi auxilio», sin que ello haga tambalearse en lo más mínimo a nuestra suficiencia. «Santificado sea tu nombre», decimos; pero lo que nos importa es que sea el nuestro el que figure en cabeza de la lista. «Señor, yo no soy digno...», pero ¡pobre del que nos considere en menos de lo que creemos valer!

1. L. MALDONADO, *La plegaria eucarística*, Madrid 1967, p. 42.

Parece que lo lógico sería que hiciéramos un esfuerzo de coherencia y tratáramos de conseguir que palabra y vida caminaran juntas o, al menos, a no excesiva distancia; pero, en lugar de intentarlo, preferimos encerrar las palabras en casa y dejar que nuestras obras vaguen solas y anónimas. Sin embargo, al actuar así no estamos obediendo el mandato de Jesús de no hablar mucho en la oración; porque la recomendación va dirigida al «mucho», no al «hablar». Ser «pabajeros como los paganos» (Mt 6,7) es un peligro; pero la Iglesia nos invita a correr otro: desde sus orígenes, es consciente de que pronunciar la oración (la enseñada por Jesús, que es la matriz de todas las demás) es una *audacia*; y nosotros la asumimos cada vez que rezamos el Padrenuestro en torno a la mesa a la que nos convoca la memoria del Señor muerto y resucitado. Y es verdad que necesitamos atrevimiento para entrar en ese juego del *perder/ganar* que recorre todo el evangelio y que tiene que ver también con la oración pronunciada.

El juego del perder/ganar

Y es que, al hacerlo, nos arriesgamos a perder mucho: por ejemplo, la propiedad privada de nuestra fe. La oración expresada en la celebración litúrgica o en la comunidad orante se convierte en un bien común, en un patrimonio que, de algún modo, ha dejado de pertenecernos y del que hemos hecho *koinonía*. Y eso ocurre cuando decimos: «venga a nosotros tu Reino», «creo en Jesucristo, creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida...»; cuando a la invitación de levantar el corazón respondemos que «lo tenemos levantado hacia el Señor»; cuando reconocemos que vivir en acción de gracias «es justo y necesario»; y cuando pronunciamos el *Amén*, esa palabra asombrosa que nos permite decir en dos sílabas: «Tú eres fiel, Señor; me fío de ti».

A partir de ese momento, perdemos esa falsa pero cómoda tranquilidad de las actitudes indefinidas y ambiguas, porque

les entregamos a los otros el derecho a apoyarse en nuestra fe, a sentirse confirmados por ella y a contar con que no están solos en esa aventura loca de tratar de configurar la propia vida según Jesús.

Pero no es sólo eso: la palabra expresada abre en nosotros una puerta que ya no puede volver a cerrarse; una puerta por la que se nos pueden colar los otros para hacernos esa pregunta que tanto tememos de por qué decimos una cosa y vivimos otras. Esa pregunta que es como la sal, que, aunque escuece, nos impide pudrirnos en la mediocridad.

Y ésta es ya una ganancia, como también lo es el recuperar aquella convicción de los grandes creyentes bíblicos de que delante de Dios todo puede decirse y exteriorizarse: preguntas e himnos, bendición y reclamaciones, quejas, protestas o acción de gracias. Con Dios se puede discutir y luchar y preguntar «por qué»: ahí están, para demostrarlo, Jacob, Moisés, Job... o Jesús. Lo que ocurre es que Él termina siempre convenciéndonos, y nuestra alma se queda «lisa y silenciosa» en su presencia (cf. Sal 131,2). Pero en el proceso no hemos perdido nada, sino que hemos ganado en confianza filial, en transparencia, en eso que el Nuevo Testamento llama *parresía* y que es una mezcla de la libertad madura del adulto y la ingenuidad atrevida del niño.

Para vivir todo eso, la Iglesia nos ofrece el ámbito de la asamblea litúrgica que celebra su fe, o el pequeño grupo de cristianos que se reúnen para orar y expresarse con mayor espontaneidad y familiaridad.

Más allá de las palabras

Claro está que las palabras no bastan, y todos lo sabemos. En toda existencia humana hay momentos en los que ya no hay nada que decir y en los que sólo los gestos y las actitudes calladas resultan expresivos.

Cuando a Jesús le llegó su hora, la vivió desde el silencio. Ya había dicho todo lo que tenía que decir, y había llegado

con las palabras hasta los límites de la comunicación. A partir de ahí, ya sólo quedaba mantener la fidelidad hasta el final, beber el cáliz, entregar la vida como el pan que se rompe o el vino que se derrama, abandonarse en las manos de Alguien mayor.

Ahí terminaba todo... y empezaba todo también. Pero detrás había mucho camino recorrido, muchos intentos de comunicar y compartir su experiencia del Padre y del Reino en los términos menos deteriorados del lenguaje humano. Antes de decir: «En tus manos encomiendo mi espíritu...», Jesús había dicho: «Te bendigo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla» (Lc 10,21). «Te doy gracias, porque siempre me escuchas» (Jn 11,42). «Si es posible, pase de mí este cáliz» (Mt 26,33). «Hágase tu voluntad...» (Mt 26,41).

Todo eso que es su oración expresada y pronunciada, está ahí para nosotros. Y, cuando nuestra pequeña voz se une a la suya, sube hasta el Padre «como el rumor de un fuerte oleaje» (Ap 1,15).

9

«Cazadnos las raposillas»

(Cant 2,15)

La recomendación del Cantar de los Cantares tiene algo de preocupante. No es una exhortación a enfrentarse a ferocísimos leones o a boas venenosas (no estoy segura de que las boas lo sean, pero vale más no confiarse).

Nos previene contra un peligro que no parece muy serio, pero que, a la larga, puede resultar amenazante. Como cuando ya hemos salido de casa para ir de vacaciones, después de dejarla protegida contra los ladrones, con las ventanas bien cerradas y los cerrojos echados..., y de pronto nos acordamos de que no hemos puesto naftalina a las mantas y de que quizá las polillas ya estén haciendo estragos en ellas.

Se me ocurre que es una recomendación que nos viene muy bien a los religiosos/as, porque lo más habitual es que nos sintamos gozando de suficiente salud espiritual, que no estemos en situación de crisis vocacional y que, desde fuera, puedan decir de nosotros esa clásica frase que nos define como «un/a buen/a religioso/a».

Pero la frase del Cantar quizá nos haya dejado inquietos: ¿habrá alguna rendija de la tapia por donde se hayan colado esas sabandijas varias que atienden por el nombre de «raposillas»? ¿Estarán dañando secretamente nuestras cepas con el agravante de la nocturnidad y la alevosía?...

Vamos primero a hacer una breve descripción zoológica.

Por sus devastaciones las conoceréis

Aunque lo adecuado sería recorrer cada uno de los votos examinando su posible deterioro, he escogido otra vía de acceso, que es la de reflexionar sobre cómo es nuestra relación con el *tiempo* y con el *espacio*, esas dos coordenadas que nos constituyen como seres vivos, y poner atención por si hay alguna pequeña alimaña que nos los esté devastando con su roedura.

Porque existe, por ejemplo, una «tendencia raposil» a vivir *el presente* sin dejar de hurgar en las heridas del pasado, a recorrer en una moviola sin fin aquel agravio que nos hicieron, aquel provincial que no nos dio estudios, aquel trabajo que acabó en fracaso, aquel destino que nos dejó baldada la salud, aquella comunidad en la que no pudimos ser nosotros mismos y de la que salimos maltrechos y despeluchados, dejando nuestra imagen por los suelos...

Esas y otras mil historias semejantes se pueden dar «en las mejores familias», y podemos tener la costumbre insana de lamer una y otra vez las cicatrices que nos dejaron, enroscándonos y ovillándonos en torno a nosotros mismos hasta convertirnos en una especie de caracol en trance de fosilización.

Está también la versión «con el Concilio vivíamos mejor», que nos fija en aquella época en la que éramos tantos y tan jóvenes y tan animosos y tan lucidos (con o sin acento en la *ú...*). Y es que no acabamos de aceptar el desgaste inevitable del tiempo que nos envejece y nos disminuye, y a lo mejor, si pudiéramos, nos someteríamos a un *lifting* que borrara las arrugas que nos ha dejado el paso de la vida, recobrando un cutis psicológico de tersura juvenil.

Ese mismo efecto petrificador puede darse también en la relación con el *futuro*. La experiencia de vivir podría ir dejando en nosotros un poco de sabiduría, una capacidad cada vez más ensanchada de asombro ante el misterio del otro, de ternura creciente ante la complejidad de lo humano, de sorpresa ante el Dios incansablemente nuevo.

Pero, si la mirada se nos empaña, sólo somos capaces de leer en lo que nos va sobreviniendo lo mismo que leímos ayer. Internamente no arrancamos la hoja del calendario, porque pensamos que la que está debajo va a ser idéntica a la anterior. Como cada persona nos va a responder exactamente como lo ha venido haciendo hasta hoy, y cada nueva situación sólo es nueva en su apariencia, porque nosotros ya nos las sabemos todas y tenemos el colmillo muy retorcido y somos perros viejos y, si no te lo crees, ya te enseñará la vida...

Y vegetamos segregando un colesterol de pesimismo que se va depositando en nuestras arterias vitales y, bajo capa de ser personas investidas de madurez, lo que nos pasa es que estamos aquejados de una senilidad prematura y encubierta, y en torno a nuestro corazón se ha formado una capa impermeable de pseudo-razonabilidad (el NT lo llama *esclerocardia*: Mc 16,14) que sofoca cualquier latido de riesgo o desmesura. Y si esto no es una raposilla del tamaño de un rinoceronte, venga Dios y lo vea.

Cuando la vida se nos desengancha de un *pasado* leído como una historia relacional y «conducida», y perdemos la tensión de un *futuro* habitado y cargado de promesa, el *presente* se nos vuelve como una planta artificial sin raíces, sin savia y sin impulso de crecimiento. Vamos y venimos, trabajamos con diligencia, emprendemos tareas, hacemos y decimos cosas interesantes, pero hay una sombra de inconsistencia y de no autenticidad en nuestras palabras y en nuestros gestos. Como si fuéramos más parecidos a la hierba que crece en los tejados que a aquél árbol bien plantado junto a corrientes de agua de que habla el Salmo 1.

Devoradoras del espacio

Hay otra clase de bestezuela que nos amenaza recomiéndonos el *espacio*. Ese espacio vital al que hacemos referencia cuando hablamos de la vida en términos de «recorrido», «cami-

no», «horizonte», «frontera», o calificamos nuestro paisaje interior de estrecho o amplio, extraño o íntimo, extenso o reducido, cerrado o abierto.

Sabemos por experiencia que no es lo mismo moverse dentro del jardín milimetrado de un chalet adosado que correr por una pradera; no sabe igual el agua envasada en plástico que la que bebemos en una fuente de montaña; no nos situamos de la misma manera viviendo en Villafresnedilla del Duque, donde no podemos dar un paso sin que se enteren la Sra. Agripina y don Anselmo el de la farmacia, que estando de turistas en Hong Kong sin posibilidad remota de encontrarnos con alguien conocido. Y esto no es para exaltar la vida al aire libre ni el turismo que da tanta cultura, sino sencillamente para recordar algo muy sabido: que lo mismo que lo exterior nos condiciona, el *espacio* interior que vamos construyéndonos tiene que ver con aspectos medulares de nuestra existencia.

Dejo atrás el primero, porque aquello a lo que quiero referirme se puede vivir también en una celda monástica. O en un piso de 35 m², dando a un patio de vecindad impregnado del aroma exótico a repollo cocido.

No es ése el espacio que deterioran las raposillas. Lo que realmente nos amenaza es un estrechamiento de mentalidad, de relaciones y de experiencias que nos reduce y nos reseca interiormente y nos hace cada vez más repetitivos, más monótonos, más iguales a nosotros mismos, más atrapados en la rueda sin fin de nuestras costumbres, más incapaces de abrirnos a la novedad y al asombro.

Lo que fuimos, eso seremos y eso seguiremos siendo, pensamos de nosotros mismos y de los demás. Y cegamos las puertas y las ventanas por las que podríamos asomarnos a lo diferente.

«El Señor me guarecerá en su recinto durante el peligro, me esconderá en un rincón de su tienda...» (Sal 27,5),

repetimos devotamente, contentos de que el Señor sea nuestro refugio. Pero no acabamos de sentir la urgencia de hacer también de nuestra vida un espacio que acoja a los que vienen huyendo perseguidos por esos enemigos que son la soledad, o la intemperie, o el hambre, o un pasado cargado de amargura y de culpabilidad.

Hemos decidido vivir castos, pobres y obedientes a causa de Jesús y de su Evangelio, que es de todos esos pequeños; pero nos sigue insegurizando mucho eso de ensanchar el espacio de nuestra tienda y dejar entrar a esa gente fronteriza que trae los pies llenos de polvo de caminos extraños, que es portadora de anticuerpos de increencia, o de angustia, o de enmiendas a la totalidad de nuestra manera de vivir. Su sola presencia, sus problemas insolubles y sus cuestionamientos ácidos arañan el parquet de nuestra mentalidad y descascarillan las paredes de nuestras seguridades.

Si nuestra lista de relaciones y amistades está tan completa y redondeada como aquella posada de Belén, sólo abriremos la puerta y sentaremos a nuestra mesa a aquellos que piensen y sientan como nosotros. Eso nos permitirá conservar en nuestras casas un confortable olor a limpieza y a seguridad, pero quizá pase de largo otra vez una pareja de emigrantes extenuados que andan buscando cobijo. Y nacerá otro niño en medio de la intemperie.

Podemos vivir cuidando con solicitud los arriates de nuestra huerta, bien protegida con su tapia, sin ver que del lado de fuera está acampado un mundo sin hogar.

O asomarnos beatíficamente al redil donde pacen mansamente las almas que pastoreamos, católicas de toda la vida, como lo fueron sus padres y seguramente lo serán sus hijos, mientras otras novecientas noventa mil vagan perdidas en la niebla.

Y ese repliegue hacia dentro se trasladará después a la convivencia: si tenemos tan reducido el espacio interior, sólo dispondremos para los demás de pequeños cuadrados, como aquellos que dibujábamos en el suelo de niños para jugar al

tejo. Y exigiremos a los otros que el tejo con el que juegan no se salga ni un cm de la cuadrícula que le corresponde, ni roce ninguno de sus límites.

Menos mal que los otros, fieles a su condición de «otredad», suelen jugar a otra cosa, o se empeñan en entrar en otro espacio distinto del que les hemos asignado, desconcertando muchísimo nuestras ordenadas distribuciones.

Es curioso que, por una de esas contradicciones del lenguaje, nos enfademos porque algo o alguien «nos está sacando de nuestras casillas», y luego, misteriosamente, nos quejemos cuando «nos sentimos encasillados».

Este tema de las «casillas» es muy revelador, porque vienen a ser como una versión diminutiva de la casa, algo así como la de esa muñeca horrible que es la *Barbie*. Como no tenemos casa, en el sentido de propiedad privada y auto-disposición, nos ronda la tentación de refugiarnos en «casillas»: *mi* trabajo, *mis* ideas, *mi* colegio, *mi* tiempo, *mi* horario, *mis* grupos, *mi* ordenador, *mi* armario de las escobas...

Y los conflictos comunitarios por posesividad de espacios pueden ser una raza dañina de bichos que destrocen nuestra vida fraterna.

Hay otro aspecto de nuestra relación con el espacio al que tendríamos que estar atentos, porque tiene que ver con zonas que, cuando se nos «desertizan», resultan luego muy difíciles de repoblar. Probablemente «bajo capa de bien», envueltos en razonamientos sensatísimos y sin ser demasiado conscientes de ello, vamos dejándonos llevar de las «raposillas del distanciamiento» y nos alejamos imperceptiblemente de muchas de esas realidades que constituyen las fuentes que alimentan secretamente nuestra vida:

— Crece el espacio que media entre *lo que somos* y *lo que decimos*, tanto a nivel personal como colectivo. Podemos llegar a ser expertos en crear un lenguaje que sustituya los hechos y emanamos con entusiasmo declaraciones, exhortaciones, conclusiones y documentos magníficamente redactados y de aplastante sonoridad.

Nos batimos en asambleas y Capítulos con el ardor de caballeros medievales luchando en un torneo por defender el honor de una dama que suele ser un adjetivo, un adverbio o un matiz sutilísimo. Pero luego no trasladamos el mismo fervor a la búsqueda de los medios humildes que podrían conducirnos lenta y oscuramente hacia esas metas excelsas. Quizá porque somos hijos de una época en la que las mediaciones llegaron a absolutizarse y a resultar bastante ridículas, y tuvimos que romper con muchas de ellas, ahora arrastramos una alergia irracional ante cualquier llamada a estructurar y concretar nuestros deseos en tiempos, espacios, conductas o pequeños medios.

Lo malo es que esa alergia se nos puede hacer crónica y convertirse en una suficiencia secante que nos haga creer tontamente que nosotros estamos por encima de todas esas menudencias y nimiedades. Y eso nos deja al margen de la marcha de nuestras Congregaciones, distantes y distintos de puro selectos, como «paquitosumbrales» que contemplan con indulgencia los esfuerzos trabajosos de otros por empujar carros institucionales.

Y como, cuando llega el siguiente documento, no hemos hecho gran cosa por poner en marcha el anterior, nos invade un cansancio existencial ante los papeles que nos lleva a un mayor aislamiento dentro de torres más o menos ebúrneas.

— Otro fenómeno de socavamiento de espacios es el que va haciendo más hondo en nosotros el sentimiento de *discrepancia* con respecto a la Iglesia o a la propia congregación que el de *pertenencia*.

Es evidente que no podemos perder el sentido crítico, ni la lucidez, ni mucho menos la libertad interior. Pero allá en lo secreto de nuestro corazón podemos saber, si nos atrevemos a bajar con la linterna del discernimiento, cuándo nuestras críticas han perdido el contacto con la ternura y dónde está el límite entre la corrección fraterna y la «corrección fratricida». Y cuándo nuestras posturas y palabras nacen del deseo de una mayor cercanía del Evangelio o tienen

su origen en heridas personales, en búsquedas inconfesables de protagonismo o en sistemas biliares con avería que podrían arreglarse más sencillamente a través de un volante de Sannitas.

Otra distancia peligrosa es la que nos separa de los lugares de pobreza real. Ya sabemos que no todos ni siempre podemos vivir en contacto o al servicio directo de las gentes que, como dice Jon Sobrino, «tienen a todos los poderes en contra».

Hay trabajos y viviendas enclavados en lugares físicamente distantes de ese mundo por el que la vida religiosa hoy, de muchas maneras y con mayor o menor autenticidad, ha hecho opción. Y seguramente existen entre nosotros quienes la llevan tan dentro y son tan coherentes con ella que no necesitan la cercanía geográfica del mundo de los pobres para mantenerla viva y fuerte.

Pero otros muchos habremos experimentado cómo nos condicionan el hábitat y las relaciones; con qué facilidad ganan terreno en nosotros la tolerancia para el bien-vivir y el bien-estar; cuán sigilosamente se van corriendo los umbrales de nuestros hábitos de consumo y cómo se nos infiltra la insensibilidad ante la herida de la pobreza y del sufrimiento de la gente.

Sin alguna manera de contacto y roce con ese mundo (y tendríamos que poner en ello todo el esfuerzo de nuestra creatividad...), la realidad enmudece y se nos oculta, y pueden envolvernos el autoengaño y las ideologías de evasión¹.

1. No nos vendría mal hacer un cálculo del tiempo que invertimos en leer y formarnos para conocer el mundo *de otra forma* y para sensibilizarnos a detectar mejor la lógica de insolidaridad que se camufla detrás de la información «objetiva». O para enterarnos de todas las iniciativas, proyectos y realizaciones que se están dando en la dirección del Reino.

Y comparar con el que dedicamos, por ejemplo, a adiciones televisivas de esas que se revisten de inocentes apariencias de «precios justos» o «damas de rosa»...

Y también puede ser alarmante el alejamiento que nos separa de la cultura actual, la renuncia al esfuerzo de entender y de amar a nuestro mundo *tal como es* y no como querríamos que fuera. Porque no existen «almas» en estado puro a las que llevar el Evangelio, sino hombres y mujeres como nosotros, afectados y zarandeados por las ideas, las costumbres y las corrientes culturales del tiempo que nos ha tocado vivir, modelados y contaminados, como nosotros, por ese magma que llamamos «la cultura actual».

Pero, como la encontramos estridente y problemática, sentimos la tentación de escapar de ella entre cánticos, «mantras» y palitos de incienso, ascendiendo hacia esferas armónicas y ámbitos esotéricos. Y lo terrible de esas «ascensiones» es que, creyendo ir en busca de Dios, nos lo dejamos del lado de acá, porque es imposible encontrarlo fuera de este mundo tormentoso al que ama irremediamente.

Propuestas cinegéticas: el pasado como sabiduría

Pero, como la recomendación del Cantar no es «lamentosa por las raposillas», sino «cazadoras», vamos a pasar a las «propuestas cinegéticas», que irán en la lógica simple del Ripalda, que, después de enumerar los pecados capitales, decía: «Contra estos siete vicios hay siete virtudes».

Siguiendo ese recorrido elemental, creo que el primer paso a dar es el de abrimos al poder de la gracia para transformar nuestro modo de relacionarnos con el tiempo. Porque es ahí, en nuestra precaria temporalidad, donde somos visitados por ella y donde podemos descubrir:

— *El pasado como sabiduría*, como un modo de acumular esa experiencia que tiene poco que ver con los saberes concretos, y mucho menos con el «sabérselas todas». Frente a una tendencia a sentir lo vivido como un peso que nos lastra, como un cúmulo de ocasiones perdidas, como un rosario de nostalgias irre recuperables o como un cuarto oscuro

del que preferimos tener la puerta bien cerrada, la memoria puesta al servicio del agradecimiento nos revela todo su potencial de zahorí, capaz de hacer brotar la alegría debajo de nuestros terrenos más pedregosos.

Desde que la Iglesia pone en nuestros labios en la noche pascual la exclamación desmesurada y asombrosa: «¡Oh feliz culpa!», todo empieza a ser posible, todo en nosotros puede renacer y recobrar inocencia.

Porque esa declaración desconcertante de felicidad, que podríamos traducir como «dichosos los que se saben pecadores perdonados», recoge la experiencia que Israel repitió una y otra vez y que se continúa hoy en nosotros: el ofrecimiento portentoso de Dios de edificar una criatura nueva con los materiales de derribo de nuestro pasado.

En esa historia de amor y desamor que es la Biblia, Dios está siempre corriendo un riesgo: el de hacernos volver a un punto cero de la relación con Él para reconstruir ruinas (Am 9,11), sanar infidelidades (Os 14,5), rehacer vasijas estropeadas (Jer 18), congregar dispersiones (Is 43,5), vitalizar huesos resecos (Ez 37), consolar aflicciones (Is 40,1), recrear en nosotros un corazón nuevo (Jer 33,39).

La primera tarea de una fe activa es creer que somos susceptibles de recompostura y reciclado; y negarle a Dios la posibilidad de realizarlo en nosotros mismos y en los demás es una forma sutil de ateísmo militante.

No existe en toda la Biblia ninguna exhortación a eso que Juan de Ávila llama «hozar en el muladar de las propias miserias»². La memoria es para rastrear agradecidos

2. «Corred de aquí en adelante vuestra carrera con ligereza, como quien ha echado de sí una carga pesada que se lo impedía. Fiaos de Él, pues tantas razones tenéis para ello, y lo que escarbáis en vuestras miserias, escarbado en su misericordia y sacaréis de ello más provecho que de lo primero»: JUAN DE ÁVILA, Carta 139, *Obras Completas I*, BAC, Madrid 1952, p. 747.

en el propio pasado las cosas grandes que el Señor ha hecho en él.

Y es así como tendríamos que aprender también a releer la historia de nuestra propia Congregación, paseando sin miedo por las cañadas oscuras de sus equivocaciones y errores, no con la mirada severa del fariseo incontaminado, sino con la del publicano que fraterniza, disculpa y no se siente «mejor que sus padres» (o sus «madres»).

Esta relectura, a la vez realista y comprensiva, puede tejer en nosotros eso que llamamos «*la sabiduría de la vida*» y que va tomando el color de los dos hilos principales de su entramado: el *agradecimiento* y la *misericordia*.

El presente como oportunidad

Desde ahí es más fácil vivir *el presente como oportunidad*. Cuando nuestra conciencia se libera del ayer como de un fardo pesado de amargura o de nostalgia y del pinzamiento de la ansiedad por el mañana, se hace posible esa atención relajada que acoge el hoy, libre de las raposillas de la repetición o el sobresalto³.

Y es precisamente esa actitud de sencilla disponibilidad la que caracteriza en la Biblia a los grandes creyentes: mientras Adán se escondía temeroso y los de Babel trepaban torre arriba, febrilmente ávidos de conseguirse un nombre (Gen 11,4), Abraham contestaba: «Aquí estoy...», dejándose fluir confiadamente ante un Dios de caminos inéditos.

3. Cuando Mercedes Milá preguntó a la carmelita Cristina Kaufmann, en aquella entrevista que paralizó a media España ante el televisor, si no le resultaba muy monótona una vida de 21 mujeres, siempre las mismas y siempre encerradas en el mismo convento, ella contestó algo como esto: «¡Pero si nada es igual! Porque cada una de las que estamos y la relación que hay entre nosotras es nueva cada día, como son diferentes y nuevos cada día la liturgia y la huerta y el Dios que viene a nuestro encuentro...».

Es una invitación a estar en el *aquí y ahora* de cada relación, de cada trabajo y acontecimiento, con una totalidad de presencia que nos libera de otra raposilla malsana: la que hace su labor de zapa invitándonos a reservarnos para tiempos mejores, para esa comunidad ideal o esa misión soñada. Y guardar cuidadosamente para entonces un pan del que el presente no parece ser merecedor. Sin darnos cuenta de que se nos pudrirá mohoso en la despensa, porque su destino era ser compartido entero, como el maná, con los que van cada día haciendo camino con nosotros.

Y sólo así podemos vivir con esa mezcla de intensidad, naturalidad y frescura que es el verdadero talante de los hijos.

El futuro como tranquila vigilancia

La expresión es una peculiar recomendación de Isaías al rey Acaz, atemorizado ante el asedio de Jerusalén (Is 7). Y contiene, en extraña proximidad, dos actitudes que parecen contradictorias y que sólo cuando se intentan vivir a la vez descubren todo su potencial de engendrar fe y esperanza.

Frente a la tentación de desentendernos de la construcción del futuro, bajo mil pretextos de pequeñeces e incapacidades, la Palabra nos guía en la dirección de una *vigilancia* que mantiene en tensa espera y atención despierta y nos empuja a buscar mediaciones, a comprometer energías, a proyectar y poner en marcha acciones creativas.

Y frente a nuestra ansiedad preocupada y dispersa ante lo desconocido, nos llama a la serena audacia de *confiar* en que, en último término, nuestra vida, y la de todos los que amamos, descansa en el hueco de las manos de Alguien mayor.

Alguien que nunca nos ahorra el penoso batallar en medio de dificultades y trabajos, pero que siempre responde con un «Yo estaré contigo» a todas nuestras temerosas resistencias (cf. Ex 3,12; Jos 1,9; Jer 1,8; Mt 28,20).

Salir a espacio abierto

Estamos llamados a perder el miedo a encontrarnos con Él, fuera de los desfiladeros estrechos de mediocridad y de inercia en los que a veces nos sentimos encerrados.

Su Palabra nos convoca a ese *espacio abierto* que crea el Evangelio y que tira de nosotros en otras dos direcciones que también parecen contrapuestas y no lo son:

— *máxima libertad* en cuanto a espacios de iniciativa, autonomía y responsabilidad, más allá de formas infantiles y asfixiantes de dependencia y de control;

— *máxima confrontación* para abrirnos en esos niveles de transparencia en los que dejamos caer defensas y nos exponemos a ser ayudados por otros a vivir ese seguimiento de Jesús que libremente hemos elegido.

Pero para eso necesitamos regalarnos mutuamente, con esplendor, «tiempo y espacio» (cf. Sab 12). *Tiempo* para poder equivocarnos y aprender y cambiar; *espacio* para que cada uno pueda moverse y expresarse sin miedo y sentirse seguro de que, tal como es, cuenta con la acogida y el apoyo fraternos.

Sólo así podremos parecernos un poco al Dios que nos espera siempre, que ha roto tantas veces nuestros cepos y prisiones y que nos invita a danzar como hijos libres.

Un Dios del que quizá hemos ido sabiendo, después de muchos años de vida religiosa, que no es sólo agua que nos da la vida, sino incendio que nos quema.

Viene a nuestro encuentro «saltando por los montes y brincando por los collados» (Cant 2,8), y al oír su voz cesan el invierno y las lluvias, y las raposillas salen huyendo de sus madrigueras.

Y ya es tiempo de cazarlas, porque la viña tiene que florecer.

«Los atravesé con mis profetas»

(Os 6,5)

La expresión de Oseas es estremecedora (el verbo hebreo significa también «despedazar», «hacer trizas», «perforar»...) y, después de oírla, parece que habría que avisar que «lo que sigue puede herir la sensibilidad del lector» y que éste, por lo tanto, está en su derecho de blindarse y protegerse para evitar ser atravesado¹.

Pero tal vez no sirva de mucho el defenderse. También Jonás se resistió cuando vio que en Nínive le acechaba el implacable amor de Dios y se embarcó a toda prisa rumbo a Tarsis, que quedaba justamente en dirección contraria. Pero Dios envió olas y tormentas, un naufragio, una ballena, un ricino, un gusano y un siroco abrasador, y Jonás, el pobre, no tuvo más remedio que rendirse. Y es en esa *rendición* donde tocamos lo más hondo de la experiencia profética, donde rozamos los umbrales de su misterio.

1. La intención de estas páginas no es tanto añadir algo a lo que ya se ha dicho magníficamente sobre los Profetas (ahí están las obras de J.L. Sicre y de Goyo Ruiz), sino acercar a la experiencia profética en un camino de «doble dirección» que permita, a través de algunas indicaciones pedagógicas sencillas, que eso que llamamos el *carisma profético* llegue hasta nosotros y atraviere el aquí y ahora de nuestras vidas.

El profeta es alguien «alcanzado»

La historia de Jonás, como la de cada profeta, es, en primer lugar, una historia de persecución, alcance y rendición. Por eso a todos ellos les cuadra el calificativo de «*alcanzados*».

El hebreo expresa la acción de profetizar por medio de una pasiva: la palabra *nabi'* (= llamado) sugiere que el profeta sufre la acción que Dios le impone, que su intervención tiene poco de iniciativa y depende radicalmente de la acción divina.

En la experiencia profética, Dios no es *objeto*, sino *sujeto*, y los textos proféticos guardan el estremecimiento de una irrupción inesperada y repentina de Alguien que se les ha impuesto:

«Yo no soy profeta ni hijo de profeta,
sino pastor y cultivador de sicómoros,
pero el Señor me arrebató de detrás del rebaño
y me dijo:
Ve a profetizar a mi pueblo Israel» (Am 7,14-15).

(Es significativo constatar que el verbo que traducimos por «arrebatar» se usa también en 2 Re 2,35 para hablar del rapto de Elías, y uno de sus derivados es la palabra «botín»...).

«Así me ha dicho
cuando su mano me agarró
y me apartó de seguir el camino de este pueblo...»
(Is 8,11).

«Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir,
me forzaste, me violaste...» (Jer 20,7).

La Palabra de Dios se les impone, se apodera de ellos y se instala en sus entrañas:

«Ruge el león: ¿quién no temerá?
Habla el Señor:
¿quién no profetizará?» (Am 3,8).

«¿No quema mi palabra como el fuego,
oráculo del Señor,
y como un martillo golpea la peña?» (Jer 23,29).

«Yo decía: No volveré a recordarlo
ni hablaré más en su nombre.
Pero había en mi corazón
algo así como fuego ardiente
prendido en mis huesos,
y, aunque yo trabajaba por ahogarlo,
no podía» (Jer 20,9; cf. Ez 3,1.9).

Antes que ninguna otra cosa, el profeta es un hombre que da testimonio del absoluto de Dios.

SUGERENCIAS PARA UNA REFLEXION PERSONAL O DE GRUPO

Leer seguidos algunos relatos de vocación profética: Is 6; Jer 1,2-19; Ez 1-3, y observar:

- *quién tiene la iniciativa;*
- *los rasgos de receptividad, disponibilidad...;*
- *los de temor, resistencia...;*
- *las palabras de asistencia por parte de Dios.*

Hacer memoria, en la propia historia creyente, de cuándo y cómo fuimos alcanzados por la gracia, en qué momento de nuestra vida pasó Dios, de ser un Él, a convertirse en un Tú. Recordar fechas, lugares y circunstancias; revivir la experiencia de algún encuentro especial con el Señor que nos haya marcado especialmente.

Hacer un espacio orante para abrirnos al asombro de haber sido y seguir siendo buscados, perseguidos y llamados por nuestro nombre.

Aceptar ser aceptados, tal como somos, por un amor incansable e insensato. Esponjarnos y acariciar la conciencia de valer y ser queridos más allá de nuestros propios méritos y valimientos.

Reflexionar sobre los caminos a través de los cuales podría pasar hoy la experiencia de Dios, cómo seguir hoy expuestos a su voz, a su Palabra, a su acción. Cuáles son hoy para nosotros las mediaciones privilegiadas para ese encuentro.

El profeta es alguien «alterado»

«Los que le conocían de toda la vida le vieron profetizando con los profetas, y todos los del pueblo se decían entre sí: ¿Qué le ha pasado al hijo de Qus?» (1 Sam 10,11).

La pregunta revela la extrañeza ante un comportamiento desconcertante, y podríamos prolongarla en forma de afirmación: la experiencia profética trae consigo una *alteración*, el Profeta es un hombre *alterado*². Y lo está, porque le ha invadido el espíritu, dicen los textos más antiguos sobre el profetismo (cf. 1 Sam 10,10). La *ruah* en el A.T. designa aquella parte del ser del hombre que está abierta a otra *ruah*, su parte permeable, aquello con lo que cesa de no significarse más que a sí mismo para participar en algo que es *otro*. El espíritu es el secreto del encuentro del hombre con Dios, es una participación, una comunión.

Por eso el profeta es alguien alterado, en-ajenado, desquiciado también y des-centrado, porque vive fuera de sus propios quicios y centros. Ahora siente, ve, oye, se comunica desde *Otro*, con *otra* mirada, *otro* oído, *otra* voz.

Es capaz de *ver signos* donde los demás no ven sino cosas:

«¿Qué estás viendo, Jeremías?

—Una rama de almendro estoy viendo.

Y me dijo el Señor:

Bien has visto. Pues así soy yo, atento a mi palabra para cumplirla» (Jer 1,12).

Capta, más allá de las apariencias de lo trivial, el clamor de la realidad violentada por la injusticia:

«¡Ay de quien gana ganancia injusta para su casa, para poner su nido muy alto y escapar a la garra del mal! Porque la piedra grita desde el muro, y la viga desde el maderamen le responde» (Hab 2,9-11).

La opulencia y la belleza de los palacios de Samaría, en la mitad del siglo VIII a.C., debían de ser un placer visual y un orgullo para cualquier visitante ingenuo que paseara por primera vez por la ciudad, y más si venía del mundo rural. Pero Amós, aquel campesino y ganadero de Tegoa, mira ese esplendor con la mirada lúcida de quien adivina el precio sobre el que está edificado:

«Acostados en camas de marfil, arrellanados en sus lechos, comen corderos del rebaño y becerros sacados del establo. Canturrean al son del arpa, se inventan, como David, instrumentos musicales, beben el vino en copas, con aceite exquisito se ungen, mas no se afligen por el desastre de José» (Am 6,4-6).

«No se afligen»: esta acusación dolorida es una de las más asombrosas de los libros proféticos, porque lo que denuncia

2. A. NEHER, *La esencia del profetismo*, Salamanca 1975, pp. 245ss.

como verdaderamente culpable es la indiferencia despreocupada de una sociedad tan ensimismada que los otros, esos otros irrelevantes e insignificantes a nivel económico, político y social, como los huérfanos y las viudas, no ocupan espacio ni siquiera en su atención.

Y, sin embargo, esos sucesos, al parecer intrascendentes a fuerza de repetidos (que un hombre no valga más que un par de sandalias: Am 2,6; que los comerciantes hagan trampas con el peso: Am 7,4; o que no llegue a los tribunales el pleito justo de una viuda: Is 1,23), son para los profetas una catástrofe, y hablan de ello como si el cielo fuera a desplomarse por esas cosas³.

Tomar un periódico y elegir una noticia que llame la atención. Intentar situarse dentro del asunto. Mirar de cerca a la gente que la protagoniza, tratar de sintonizar con sus sentimientos y de adivinar cómo están viviendo la situación, conectando con su vivencia. Sentir a esa gente como nuestra, y su problema como propio.

Constatar la diferencia entre ese modo de mirar y sentir la realidad y nuestro modo habitual de devorar noticias.

Isaías habla de un pueblo con el corazón embotado y torpe, incapaz de ver y de oír (cf. Is 6,10).

— *Detectar los «embotadores» de sensibilidad que nos rodean y nuestra complicidad con ellos (deformación y manipulación de la información, propaganda, publicidad, estadísticas...).*

— *Descubrir nuestro papel de «embotadores» de otros, nuestra habilidad para embotarnos también a nosotros mismos con autoengaños y escapatorias tranquilizadoras.*

Dejarnos interpelar por las palabras de Amós, que revelan nuestra impasible tolerancia ante situaciones intolerables de injusticia, la indiferencia con que aceptamos la coexistencia de la riqueza y la miseria, el lujo y la carencia... Poner nombres de hoy a lo que ellos denunciaron como injusticia, idolatría, primado de la fuerza y el poder, exclusiones, violaciones de los derechos de los humildes...

Uno de los rasgos más característicos de la personalidad profética es lo que A. Heschel denomina la «co-participación con los sentimientos divinos»⁴. En el profeta se da una especie de asimilación de la vida emocional de Dios, como si su vida interior estuviera formada ahora por el *pathos* de Dios, no en virtud de una fusión del ser, sino en virtud de una armonía interna de voluntad y sentimientos. Más que de una mística, se trata de una *sim-patía* (empatía, diríamos hoy), de una identificación emocional con el sentir y el querer de Dios.

Eso les lleva a *conocer* de otra manera y a hablar del conocimiento de Dios en términos que a nosotros nos resultan sorprendentes. Así hablaba Jeremías al rey Joaquín, que se estaba construyendo un nuevo palacio sin pagar el trabajo de los obreros:

«¿Eres acaso rey por tu pasión por el cedro?
Tu padre ¿no comía y bebía?
También hizo justicia y equidad, y le fue bien.
Juzgó la causa del humillado y del pobre, y le iba bien.
¿No es esto conocerme?, oráculo del Señor»
(Jer 22,15-16).

Ese *conocimiento de Dios* no es para ilustrar teológicamente, ni siquiera para conseguir una unión más íntima con él, sino para alterar y transformar la vida entera.

3. A. HESCHEL, *Los Profetas*, Tomo II, Buenos Aires 1973, pp. 114ss.

4. *Ibid.*

Hacer una «tormenta de ideas» sobre lo que entendemos por «conocer a Dios», recordando y escribiendo en una columna lo que sabemos de él a través de lo que nos enseñaron nuestros padres o nos dijeron en la catequesis o en la escuela y lo que hemos ido aprendiendo en libros de teología y espiritualidad, escuchando conferencias, etc.

En la otra columna, escribir la frase de Jer 22,15-16. Comentar después nuestras impresiones.

Precisamente porque han experimentado en ellos mismos la exigencia de ese conocimiento de Dios, los profetas luchan contra todas las *perversiones del culto*, que había degenerado en un camino falso de acceso a Dios:

«¡Aparta de mi lado la multitud de tus canciones, no quiero oír la salmodia de tus arpas!
¡Que fluya, sí, el juicio como agua,
la justicia como un torrente inagotable!» (Am 5,24).

«¿A mí qué, tanto sacrificio vuestro?, dice el Señor. Estoy harto de holocaustos de carneros (...). Al extender vuestras manos, me tapo los ojos para no veros. Vuestras manos están llenas de sangre: lavaos, limpiaos, quitad vuestras fechorías de mi vista, desistid de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda» (Is 1,11.15-17).

Intentar descifrar estos textos de Amós e Isaías respetando su inspiración y su intención fundamental. Descubrir qué es lo que pretenden contradecir, inaugurar, construir, descalificar... ¿Qué analogías pueden descubrirse con determinadas circunstancias y situaciones de hoy?

Tratar de reexpresarlos en un lenguaje actual, poniendo de manifiesto los elementos polémicos y utópicos que contienen.

Estas mismas indicaciones pueden servir para actualizar algunos otros textos que tengan que ver, por ejemplo, con la vaciedad de los ídolos (Is 44,9-20; 46,1-7), buscando nuestros ídolos de hoy.

Otra de las consecuencias de la *alteración* profética es su capacidad para *ofrecer alternativas*, para propiciar y evocar una consciencia y una percepción de la realidad «disidentes» de las del entorno cultural dominante⁵. Los profetas son capaces de dinamizar a personas y comunidades con su promesa de un tiempo y unas situaciones distintos, hacia los que se puede empezar a caminar. El hacerlo depende de la libre decisión de Israel:

«Así dice el Señor a la casa de Israel:
¡Buscadme a mí y viviréis!» (Am 5,4).

«¿Con qué me presentaré al Señor,
inclinándome al Dios del cielo?
¿Me presentaré con holocaustos,
con becerros añojos?
¿Aceptará el Señor un millar de carneros
o diez mil arroyos de aceite?
¿Le ofreceré mi primogénito por mi culpa
o el fruto de mi vientre por mi pecado?
Hombre, ya te he explicado lo que está bien,
lo que el Señor reclama de ti:
que defiendas el derecho y ames la lealtad
y que camines humildemente con tu Dios»
(Miq 6,6-8).

5. Cf. W. BRUEGGEMANN, *La imaginación profética*, Santander 1986. Es un libro excelente para entrar en contacto con los profetas.

En otros muchos textos de épocas más tardías se subraya que ese horizonte alternativo es, ante todo, obra del Señor:

«Mirad que llegan días, oráculo del Señor, en que haré una alianza nueva con Israel y con Judá (...)

Así será la alianza que haré con Israel en aquel tiempo futuro, oráculo del Señor: Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en su corazón, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo; ya no tendrán que enseñarse unos a otros mutuamente, diciendo: 'Tienes que conocer al Señor', porque todos, grandes y pequeños, me conocerán, oráculo del Señor, pues yo perdono sus culpas y olvido sus pecados» (Jer 31,31-34).

La fuerza evocadora de la imaginación profética, el apasionamiento de su lenguaje, sacuden a Israel de su desánimo y le señalan una dirección, arrastrándole a emprender un nuevo éxodo:

«Así dice el Señor, que abrió camino en el mar y senda en las aguas impetuosas; que sacó a batalla carros y caballos, tropa con su valientes, que caían para no levantarse y se apagaron como mecha que se extingue; No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que se realizó algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis?» (Is 43,16-19).

«¡Despierta, despierta, vístete de tu fuerza, Sión; vístete el traje de gala, Jerusalén, ciudad santa, porque no volverán a entrar en ti incircuncisos ni impuros! Sacúdete el polvo, ponte en pie, Jerusalén cautiva, desata las correas de tu cuello, Sión cautiva, porque así dice el Señor:

De balde os vendieron, y sin pagar os rescataré» (Is 52,1-4).

Su lenguaje se hace irónico y provocativo cuando anuncian como inminente la caída de los que tiranizan a Israel: la sátira contra el rey de Babilonia en Is 14,5-23 es un ejemplo magnífico de este género profético.

Después de leer la sátira contra el rey de Babilonia, se podría elaborar en grupo otra burla actualizada sobre cualquier «Babilonia» de hoy (por ejemplo: «Sátira contra Su Excelencia la multinacional X», o «Panfleto burlesco contra los responsables del apartheid...»).

Dice el 2.º Isaías que «algo nuevo está brotando», y esta afirmación nos desafía a ver a nuestro alrededor, y también fuera del ámbito eclesial, actitudes, valores y opciones que podemos considerar proféticos. Se trata de

- descubrirlos, reconocerlos y celebrarlos;*
- buscar en qué son convergentes con nuestras opciones cristianas;*
- dejarnos interpelar por ellos y tratar de aportar también nuestra visión crítica.*

«La esperanza se convierte en uno de los dinamismos más efectivos para salir de la tierra de la opresión y caminar hacia la tierra de promisión.

Frente al vacío del no-sentido de la vida, que pretende llenarse con actividades y pretensiones sin sentido profundo, los pobres —con espíritu— de América Latina son un signo real y operante de que hay tareas llenas de sentido.

En la crítica real a la confusión entre el enfrentamiento y la felicidad, entre el estar ocupado y el estar plenificado, se abre un espacio a otra forma de vida, distinta de la que se impone hoy como ideal en la línea del consumismo.

En el orden económico, la utopía cristiana que surge del profetismo propone una civilización de la pobreza que sustituya a la civilización de la riqueza. La civilización de la pobreza, fundada en un humanismo materialista y alentada por una interpretación cristiana del hombre y de la historia, rechaza la acumulación de capital y el disfrute de la riqueza como motor de la historia y principio de humanización, respectivamente, y hace de la satisfacción universal de las necesidades básicas y de la solidaridad compartida los principios de humanización y de desarrollo».

(I. ELLACURÍA:

«Utopía y Profetismo desde América Latina»,
VIII Congreso de Teología).

Comentar la viabilidad de esta alternativa en lo concreto de nuestra situación.

Para ser capaces de crear alternativas hay que estar convencido, como los profetas, de que el mundo tiene remedio.

«En la estructura existencial de la fe bíblica hay un elemento absolutamente fundamental que le es común a la fe del Antiguo y del Nuevo Testamento, y sin el cual no es posible ni creer que Dios interviene en nuestra historia ni creer que su intervención acaece en Jesucristo. Ese elemento o momento existencial es una fe que consiste en *creer que nuestro mundo tiene remedio*. En torno a creer que nuestro mundo tiene remedio se escinde la humanidad en dos bandos con mayor hondura divisoria que en torno a cualquier otra cosa sobre la cual disputamos y guerreamos los hombres».

(J. P. MIRANDA)

Entre esta postura y la convicción, más o menos consciente, de que «este mundo no hay quien lo arregle», hay un espacio de mayor o menor aproximación a una de las dos posiciones.

Intentar aclararnos sobre dónde nos situamos en esa línea imaginaria...

Leer Ez 37 (los huesos secos) y dejar que la fuerza esperanzadora del texto venza nuestros fatalismos y cansancios.

Detectar las pequeñas o grandes fuerzas dinamizadoras que existen en cada uno de nosotros, en nuestra comunidad, en la Iglesia. Contactar con ellas, nombrarlas, abrirnos a su empuje, que puede transformar nuestras momificaciones y esclerosis...

Un recurso peculiar del lenguaje profético son sus *acciones simbólicas*, que son gestos pedagógicos que van más allá de las palabras y afectan a todos los sentidos: Isaías se pasea medio desnudo por las calles de Jerusalén para anunciar la futura suerte del pueblo de Qus (Is 20,1-6); Oseas se casa con una mujer proveniente de la prostitución y, cuando ella le es infiel, vive en sus mismas entrañas los celos de un Dios traicionado por el abandono de Israel (Os 1-3); Jeremías, cuando en Jerusalén ya está todo perdido por el asedio babilónico, compra un campo para expresar su esperanza en la Palabra del Señor, que promete tiempos mejores para su pueblo (Jer 32,6-15).

Son gestos provocativos, insólitos, que transgreden las normas razonables de conducta y presentan aristas de una crítica violenta.

Poner en marcha la «imaginación alternativa» y discurrir cuáles serían hoy los gestos silenciosos que resultarían elocuentes y provocativos para nuestro mundo.

Pensar concretamente cómo realizar alguno, aunque sea mínimo, a nivel personal o comunitario.

El profeta es alguien enviado y necesariamente conflictivo

Su misión consiste, fundamentalmente, en hablar en nombre de Otro y comunicar una Palabra con un contenido frecuentemente amenazador a un pueblo de corazón endurecido y resistente.

Es enviado a hablar a reyes y a sacerdotes, a otros profetas que se le oponen, al pueblo mismo. Recorre las plazas y el mercado, va al Palacio y al Templo, acude a las romerías de los santuarios. No habla desde el poder de la institución, sino desde la debilidad del carisma; representa la preponderancia del individuo dominado por Dios, frente a todo sistema de posesión de lo divino.

Sólo cuenta con un instrumento: *la palabra*; y el secreto de su eficacia, más allá de los fracasos, está en la debilidad de ese instrumento, que, al venir de más allá de ellos mismos, lo convierte en «plaza fuerte, en columna de hierro, en muralla de bronce» (Jer 2,18).

De su enfrentamiento con el poder, de su defensa de los débiles, de su negativa a aceptar otro absoluto que el de Dios, de su denuncia de un culto engañoso, no puede salir más que *persecución y conflicto*: Amós es expulsado del reino del Norte por el sacerdote del santuario de Betel, que no puede soportar sus críticas (Am 7,10-17); de Oseas dijeron que era un loco que desvariaba (Os 9,7); ni el rey ni el pueblo escucharán los consejos de Isaías (Is 7,12-5,1-7); y Jeremías sufrirá contradicción, persecución y cárcel, y hasta será arrojado a una cisterna llena de cieno (Jer 38,1-6).

A pesar de todo ello, ellos aguantan y no escapan del conflicto:

«Guardo el testimonio,
sello la instrucción para mis discípulos.
Aguardaré al Señor,
que oculta su rostro a la casa de Jacob,

y esperaré en él.

Y yo con mis hijos, los que me dio el Señor, seremos signos y presagios para Israel, como testimonio e instrucción de parte del Señor de los ejércitos que habita en el monte Sión» (Is 8,16-18).

«Aunque la higuera no echa yemas y las cepas no dan fruto, aunque el olivo se niega a su tarea y los campos no dan cosechas, aunque se acaban las ovejas del redil y no quedan vacas en el establo, yo festejaré al Señor gozando con mi Dios salvador: el Señor es mi fuerza, me da piernas de gacela, me encamina por las alturas» (Hab 3,17-19).

Recordar alguna situación de conflicto provocado por actitudes de distancia. Detectar personas o grupos que profetizan con sus vidas, y mirar cómo soportan ese conflicto.

Pensar cuáles son hoy «lugares de profecía» y analizar sus posibles «precios».

«La palabra NO, firmemente opuesta a la fuerza, posee un poder misterioso que le viene del fondo de los siglos. Todas las grandes personalidades espirituales de la humanidad han dicho NO al César, desde Antígona a Juana de Arco. Los esclavos dicen siempre SÍ».

(A. MALRAUX)

Reflexionar sobre el NO al César de turno, que traería consigo nuestro SÍ al Evangelio, y experimentar la fuerza que nos supone el contar en nuestro tiempo con personalidades del NO, desde Néstor Mandela a Ignacio Ellacuría...

A veces, el No profético se expresa también ante Dios con una libertad de expresión, de queja y de rebeldía que confronta el comedimiento reprimido de nuestra oración.

Leer Jer 15,15-21 y 20,7-18 y el cap. 1 de Habacuc. Comparar luego con lo que la Carta a los Hebreos nos dice sobre la oración de Jesús (5,7-10) y dejar que nuestra vivencia orante aprenda algo en contacto con ese misterio de rebeldía-obediencia.

Una última reflexión sobre el carisma profético en boca de alguien que sabe bien «de qué va»:

«Para tener esperanza es preciso ser, al mismo tiempo, muy pobre y muy ambicioso, muy realista y muy utópico, minucioso como un contable y fantástico como un niño o un poeta.»

(A. INIESTA)

Para ser profeta (o aprendiz de profeta, podríamos añadir nosotros) hay que estar también *un poco loco*, con aquella locura de que nos habla el poeta árabe:

«Ellos me dijeron:
Te has vuelto loco
a causa de Aquel a quien amas.

Yo les contesté:
El sabor de la vida
es sólo para los locos.»

11 «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas...!»

(Mt 23,37)

La expresión que Mateo pone en boca de Jesús no debió de extrañarle a nadie. El profetismo tenía una vieja historia de resistencia y persecución de aquellos hombres que se atrevieron a abrir brecha en la ciudadela del pensamiento sacral, que se consideraba intocable.

Sus palabras cuestionaban un sistema social injusto, un culto corrupto y un patrimonio de tradiciones, dogmas, saberes y costumbres que Israel no estaba dispuesto a cambiar.

La historia se repite, y los Profetas siguen muriendo a manos de los poderes que, como en Jerusalén, no toleran la voz de su denuncia: el asesinato de los seis jesuitas y las dos mujeres en El Salvador sacudió al mundo.

La muerte de muchos otros que siguen corriendo la suerte de los Profetas continúa sacudiendo nuestra conciencia y despertando en nuestro corazón sentimientos encontrados.

Sobre nosotros, torpes patos de granja y de aleteo corto, vuela a veces una bandada de patos salvajes y, como en el cuento, algo se remueve en ese fondo de nuestro ser donde se esconde lo mejor de nosotros mismos.

No es fácil poner nombre a todos esos sentimientos, pero posiblemente son una mezcla de admiración y nostalgia, de dolor, rabia y alegría, de orgullo por ellos y malestar por nosotros mismos y por nuestras alas tan atrofiadas.

Siempre que las locuras de otros por el Reino llegan hasta nosotros, hay una provocación de la gracia; pero a la vez podemos contaminar desde nuestra «carne» esta nueva llamada, y por eso se hace necesario, como aconsejaría la sabiduría de Ignacio de Loyola, someter a discernimiento la agitación de esos espíritus. Vamos a poner nombre a algunos.

Espíritu de desentendimiento

Es el más burdo de todos, casi de «primera semana», y consiste en rehuir la confrontación y defenderse del impacto de la vida entregada de los otros. Al fin y al cabo, el Atlántico por medio es mucho Atlántico, y eso de la liberación es para países donde no hay libertad; pero aquí estamos en el Mercado Común y en otras claves hermenéuticas y con factores coyunturales diversos y con otros quehaceres teológicos, y no me tire Vd. más de la lengua, porque además tengo que coger el puente aéreo.

Si nos ronda este espíritu, ya podemos pedirle a Dios que nos conceda la *capacidad de implicación*, o que ponga en nuestro camino a alguien que nos abra el evangelio justo en esa página de Lucas en que Jesús le dice al fariseo aséptico que se fije en lo que hizo el samaritano y que se ponga a hacer lo mismo (Lc 10,37).

Porque, a lo mejor, entonces, ese «desentendido» que hay en nosotros y que es especialista en transugarse siempre que puede a ideas y zonas de alta seguridad, podría darse cuenta de que la causa de la justicia y de la paz y de los derechos humanos *también* es cosa suya, y escuchar, como David de labios de Natán el profeta: «tú eres ese hombre». Tú podrías ser de esos hombres y mujeres que ponen el Reino por encima de sus vidas.

Espíritu de culpabilidad

Es la otra cara del desentendimiento, y su especialidad es hacer que la llamada que nos llega a través de la entrega de los otros entre por la puerta de la carbonera y suba a nuestra conciencia en forma de remordimientos negros, peludos y pseudo-edificantes, que expresamos con frases como éstas: «¡Qué vergüenza me da mirar mi propia vida...!» «¡Ésos sí que son cristianos, y no yo (y vosotros) con esta vida aburguesada...!».

Y es que, como la culpabilidad es muy pesada de aguantar a solas, acompaña mucho rociar con *spray* (fijación fuerte o suave, según los casos) lo que nos rodea. Y terminan por ser los demás, o las estructuras, o la institución, los perversos culpables de que nosotros no seamos mejores. Es decir, que las tapias del corral acaban por ser las responsables de que los patos tengan las alas cortas.

Y es tanta la postración del culpabilizado que no levanta cabeza, y está tan descontento de no ser santo que hay que comprenderle cuando se enfurece porque no funciona la calefacción, o porque alguien de la comunidad ha cogido las llaves del coche precisamente esa tarde en que él lo necesitaba tanto.

Versus culpabilidad, sólo es posible conversión; y, para ello, lo primero aquello de «aceptar ser aceptados», por mediocres y birrias que nos sintamos; y ponernos al aire del Espíritu que nos revela nuestras heridas, pero para curarlas, y que abre nuestras ventanas para que entre la luz y para que podamos mirar de frente nuestra vida y preguntarnos con honradez si es así como nos sentimos llamados a vivirla o si la estamos desperdiciando tontamente.

Y si nos pone delante compañeros de camino que van subiendo monte arriba con tanta marcha, no es para que nos deprimamos, sino para que nos impulse su ánimo y nos ayude a levantarnos, de una vez, del camping al pie de la montaña en el que nos arrellanamos cómodamente.

Su muerte, más allá del dolor que nos produzca su ausencia, no es para que nos pongamos de luto, tampoco por dentro. Es una invitación al traje de fiesta, una noticia de esperanza y de orgullo porque nuestra humanidad sigue produciendo ejemplares espléndidos y porque Jesús, el Señor, sigue teniendo seguidores incondicionales.

«No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia», decimos cada día en la Eucaristía. Y Pablo nos recuerda: «Si dijera el pie: porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿dejaría de ser del cuerpo por eso?» (1 Cor 12,16). Por eso los hermanos menores se alegran de las hazañas de los que son mayores que ellos, y las células del dedo meñique sienten que les llega mejor sangre cuando los pulmones se han ensanchado para recibir aire puro.

Y por ello, todo este cuerpo que es la Iglesia experimenta una crecida de amor cuando cualquiera de sus miembros (¿qué bien lo sabían Pablo y Teresa de Lisieux y nuestros contemplativos!) se decide a amar con ese amor que llega a dar la vida por los amigos.

Que venga luego el contagio y el despertar de nuestra generosidad; pero lo primero es hacer sitio a la alegría y a la alabanza por esas vidas en las que la gracia se ha detenido tanto.

Espíritu de penúltimidad

Es otro engaño del «enemigo de natura humana», y consiste en esa sensación de que lo que ahora estamos en trance de vivir (esta comunidad, esta parroquia, este trabajo, esta salud...) es algo provisional y transitorio, una especie de sala de espera de lo que luego vamos a vivir ya de verdad.

Por eso lo de ahora hay que pasarlo a medias, un poco por encima y deprimista, más como un inconveniente que como una oportunidad.

Porque va a ser luego, más adelante, cuando nos vayamos al tercer mundo, o al barrio, o con los auténticos pobres, cuando vamos a echar el resto y a dar la talla y cuando se van a enterar todos de lo que somos capaces de hacer por Cristo.

Pero, mientras, andamos enredados en mil pequeñas cosas, distraídos e indiferentes a lo diario y sin querer implicarnos demasiado en ello, por si llega el momento de marcharnos, por fin, a ese otro lugar en el que vamos a comprometernos en serio. Y se nos pasa el tiempo así, reservándonos para lo heroico, porque lo cotidiano es tan desteñido y tan trivial que no merece más que una atención y una dedicación dosificadas con cuentagotas.

Y, sin embargo, «la mejor manera de ser generosos con el futuro es entregárselo todo al presente», decía Camus; y el NT nos habla de reconocer el *Kairós*, ese paso de la gracia por el *ahora* de nuestro reloj y de nuestra agenda.

«Aquí estáis HOY todos vosotros en presencia de Yahvé, vuestro Dios, a punto de entrar en la alianza de Yahvé, tu Dios, que él concluye HOY contigo» (Dt 29,9-11), decía el predicador deuteronomista a un pueblo que llevaba siglos viviendo en Palestina. «Hoy ha llegado la salvación a esta casa» (Luc 19,9), decía Jesús mirando a un Zaqueo que no esperó, para reconvertir su economía y enflaquecer su cuenta corriente, a que subieran los valores en la bolsa o a que alguien estuviera lo suficientemente formado para reemplazarle en su puesto de jefe de recaudadores. Zaqueo había descubierto el secreto del HOY.

Y nosotros, si conseguimos deshacernos de esa idea engañosa de que estamos perpetuamente en ensayo general, a lo mejor empezamos a tocar *hoy* nuestro instrumento como en la función definitiva.

Porque los que han permanecido en El Salvador (como permaneció Mons. Romero, o Carlos Foucauld en Taman-

Raset, o Maximiliano Kolbe en Auschwitz) tocaban su instrumento *como si estuvieran* en presencia del Rey.

Y *estaban* en presencia del Rey.

Espíritu de idealización del «allí»

Ese que se nos nota cuando decimos: «Claro, ALLÍ, en América Latina, todo es tan distinto...»; «ALLÍ sí que se puede vivir la opción por los pobres y la lucha por la justicia...»; «ALLÍ el pueblo está concientizado y tiene sentido la teología de la liberación...».

Y no nos damos cuenta de que estamos afectados por el síndrome de *allíitis*, que nos desenfoca la visión y nos hace creer que estamos viendo con nitidez las maravillas de ALLÍ, aunque lo de aquí se nos haya vuelto borroso y desenfocado. Nos irrita sordamente que la gente que tenemos cerca no sea tan extraordinaria como los campesinos de El Salvador o como el pueblo nicaragüense, sino instalada, consumista, teledicta y, encima, no nos viene a las reuniones.

Y como «Allilandia» es un país mágico, preguntamos a los de ALLÍ: «¿Qué tenemos que hacer, hermanos?»; y como ellos suelen ser sensatos y nos dicen que eso tenemos que descubrirlo nosotros, la salida más fácil es *mimetizar* indiscriminadamente planes de pastoral, estilos, estrategias, lenguaje y canciones, que es como plantar aguacates en Segovia o ponerse un poncho en el verano de Sevilla.

Y nos empeñamos en que la gente andaluza o extremeña de nuestros barrios diga, cantando dócilmente, que siente el corazón «macanudo como florecita e marañón», y que ha visto a Jesús «en la pulpería», que vaya Vd. a saber qué será. O pretendemos que las cuatro abuelas de la misa de 8 se sientan «hombres nuevos, creadores de la historia, forjadores de Nueva Humanidad...».

Sólo una buena dosis de «Aquicilina-colirio» podría curarnos los ojos y ayudarnos a ajustar nuestra visión a lo de

cerca para empezar a mirarlo cordialmente. Porque la sintonía fraterna con América Latina y con su búsqueda de liberación no se consigue *fotocopiando* su realidad, sino *traduciendo creativamente el evangelio* a la nuestra, descubriendo AQUÍ dónde están el hambre y la sed de nuestra gente y sus preocupaciones, sus inquietudes y sus preguntas.

Y si en la casa del Padre hay muchas moradas (Jn 14,2), también hay muchas maneras de dar la vida, y a unos se la quitan con ametralladora, y otros van encontrando el modo de des-vivirse día a día por la causa del Reino. Un Reino que padece violencia (Mt 11,12) y que está también cerca de nosotros (Mc 1,15), urgiéndonos a poner manos a la obra para acoger su venida.

Los que se entregan a ello lo hacen de mil maneras diferentes:

- Lo de unos será *buscar y crear* caminos humildes de servicio, espacios abiertos de acogida, o atreverse a hacer mínimos/inmensos gestos proféticos.
- Otros mantendrán los ojos bien abiertos para *descubrir y alentar* las pequeñas semillas de solidaridad y gratuidad, o para arrimar el hombro allí donde escuchan latir la causa de lo humano. O inventarán nuevas plataformas de acción, tan pequeñas a veces como la garita de un centinela, para, desde allí, aguantar, permanecer y anticipar silenciosamente la utopía.
- Otros se sienten llamados a inversiones de período largo: *educar* para el ensanchamiento de las conciencias, para una postura de «honradez con lo real que permita reconocer que la humanidad es, en primer lugar, la inmensa mayoría de hombres y mujeres que viven en la miseria y en la opresión, privados o amenazados en su propia vida, y esto no sólo por

las limitaciones de la naturaleza, sino por la acción de unos hombres sobre otros»¹.

- Hay quien presta su servicio *respondiendo a urgencias* inaplazables: patean los cinturones de nuestras ciudades, capaces de descifrar el lenguaje estridente de los sin voz o de esperar, más allá de cualquier decepción, que el chaval amigo se desenganche de la droga.
- Otros se hacen *donantes de tiempo libre* a costa de la prolongación de su jornada laboral, y son las piezas oscuras pero indispensables de mil campañas y reivindicaciones que apuestan por la paz y por la justicia.

Si del justo sufriente afirma el libro de la Sabiduría: «Comprobamos la veracidad de sus palabras contemplando el desenlace de su vida» (Sab 3,17), de éstos podría decirse: «Comprobamos la autenticidad de su testimonio al mirar el transcurrir de su vida cotidiana». Y en esa cotidianeidad, la oración no es algo ajeno, sino su respiración misma, la posibilidad de *transfigurar* en cualquier realidad al Dios que se revela o se oculta en ella.

Con éstos, que tienen los mismos genes espirituales que los que saltan a los medios de comunicación por su heroísmo, podemos encontrar cualquier día sin sospechar siquiera que, como aquella viuda pobre en la que Jesús se fijó con admiración (Lc 21,4), están entregando, día a día, todo lo que tienen para vivir.

Los otros, los de El Salvador, ya no pueden darlo día a día, porque han roto de una vez, como aquella otra mujer del evangelio, el frasco de alabastro de sus vidas (Jn 12,3).

Pero toda la casa, toda nuestra Iglesia, se ha llenado del olor del perfume.

1. Jon SOBRINO, «Espiritualidad de la liberación», en *Noticias Obreras* 9 (Septiembre 1985), p. 5.

«Más pequeña que cualquier semilla»

(Mc 4,31)

Una de las características de nuestra humana condición, y para la que poseemos una particular destreza, es la de hacer complicado lo sencillo. Todo el misterio de Dios cabía para Jesús en una pequeña palabra aramea, «Abba»; pero nosotros necesitamos para explicarla kilómetros de estanterías llenas de tratados teológicos, catedrales góticas, música polifónica y concilios ecuménicos. Y son frutos hermosos de nuestra fe y de nuestra cultura; pero, sobre todo, es que no sabemos hacer otra cosa. Carecemos de esa sencillez milagrosa con la que Dios viste a las flores del campo con una belleza infinitamente mayor que todo el esplendor de la corte de Salomón.

Con María nos ocurre algo parecido. Dios pronunció su nombre en nuestra historia, y los evangelistas lo dejaron resonar casi intacto. La sobriedad de sus datos es como la caja sonora que ha permitido que María siga vibrando limpiamente a través de los siglos.

Quizá la mejor alabanza que podemos aplicarle sea decir de ella que fue la tierra buena que, en la parábola de Jesús, da el ciento por uno, o la semilla mínima que luego se convierte en árbol frondoso.

Isabel la llamó «bendita» y «dichosa» (Lc 1,42.45); «llena de gracia», había dicho el ángel en la anunciación, y el participio perfecto que emplea el evangelista expresa con tranquila plenitud la belleza absoluta de una obra que ha podido ser llevada hasta el final.

Pero la devoción de los creyentes no podía contentarse con eso y, a lo largo de los tiempos, mariólogos y poetas, pintores y escultores, orfebres, músicos y plateros han derrochado para ella lo mejor de su imaginación creadora y de la habilidad de sus manos. La Iglesia la ha coronado con dogmas y encíclicas y ha puesto a sus pies consagraciones, oraciones y celebraciones litúrgicas.

Muchos cristianos de hoy, desde una sensibilidad diferente, se sienten con frecuencia lejos de esa magnificencia que nos la ha arrebatado, en un carro de fuego, hacia una región etérea y distante, poblada de mayúsculas, de superlativos y de cabezas de angelitos incorpóreos, como esos que rondan las peanas de las estatuas.

María *tierra nuestra*, convertida en Celestial Princesa. María disfrazada de gran señora en tantas imágenes que nos hacen olvidar que ella sería hoy de las que van a lavar la ropa de una de esas señoras¹. El calificativo «mariano» tomado en vano en tiendas de *souvenirs*, en agencias de viajes y en rivalidades de cofradías. Los santuarios marianos teniendo que proteger con puertas blindadas y alarmas los tesoros de la que tuvo que acogerse, en la presentación de su niño en el templo, a la excepción que preveía la ley en favor de los pobres y ofreció dos tórtolas, en vez de un cordero.

María educando a Jesús en Nazaret desde abajo y enseñándole a hacer la experiencia de la libertad y de la gracia

1. «Ella va a lavar muy humildemente la ropa que goza la mujer hermosa del terrateniente...», canta C. Mejía Godoy, acertando más con el «aire» del evangelio.

precisamente en la sujeción a las leyes lentas y trabajosas del crecimiento humano (cf. Lc 2,51-52), y nosotros empeñados en exaltarla con grandes títulos con mayúscula, y tan desmemoriados, en cambio, para recordarla en sus minúsculas: vecina de un pueblo de fama dudosa (cf. Jn 1,46), sierva del Señor y sirvienta de su prima embarazada (cf. Lc 1,39), humillada por las sospechas sobre el origen de su maternidad (cf. Mt 1,19), desconcertada por la conducta y las respuestas inesperadas de Jesús (cf. Lc 2,50), despojada de todo privilegio de posesión sobre él (cf. Lc 8,21), vencida junto a su hijo, fracasado y ajusticiado fuera de la ciudad (cf. Jn 19,25)...

Y, sin embargo, son precisamente esas *minúsculas* las que la convirtieron en Madre de Cristo y Madre de la Iglesia, Virgen Fiel, Trono de la Sabiduría, Causa de nuestra Alegría, Reina de los Mártires, de los Profetas y de los Apóstoles.

Es sobre el polvo de esas minúsculas sobre el que sopló el aliento de Dios; es con ese barro con el que sus manos modelaron la vasija más bella; es la arcilla de aquella vida tan dócil, tan en la sombra, la que el Padre transfiguró para que le guardase su mejor tesoro.

Es de esta pequeña semilla de la que quiso que naciera un árbol al que acudieran a refugiarse los pájaros. Por eso hoy podemos llamarla con alegría:

María del Evangelio

Un Evangelio que nacía entre sus manos cuando mezclaba la levadura con la masa para hacerla fermentar, o cuando, al repasar un manto, explicaba por qué no le ponía un remiendo de tela nueva. Un Evangelio que nacía cada noche en el candil que ella encendía y colocaba bien alto para que alumbrase la casa entera. O cada vez que abría el viejo arcón, que olía a espliego y a limpio, para buscar en él algo antiguo o algo nuevo. Y Jesús aprendía, casi sin darse cuenta, a qué se parece el Reino.

Un Evangelio que empezó a correr como una chispa por los cañaverales del lago de Galilea y encontró en ella los oídos más atentos, las manos más resueltas a la tarea, el corazón más acogedor para guardarlo.

Santa María del Evangelio, que nos sabe ya escépticos ante tantas teorías, ideologías y programas, y sedientos de un agua que se nos ha escapado por tantas cisternas agrietadas, sabe también que es ahora el momento de llevarnos al manantial silencioso donde nace el agua fresca del Evangelio.

Acudir a ella con nuestro personaje y aceptar que borre de nuestra frente los ingenuos saberes y erudiciones («esto pertenece a la fuente Q», «si tenemos en cuenta la triple tradición...») con que a veces nos defendemos del Evangelio; recuperar junto a ella la capacidad de asombro, la actitud vulnerable, la sorpresa deslumbrada con que miran los niños.

Y recobrar también el talante evangelizador junto a ella, que caminaba deprisa por los montes de Judea con la buena noticia dentro, para llevar compañía y servicio, para llenar de alegría y de brincos de gozo a los dos primeros evangelizados del Nuevo Testamento. María, que no entendía de desencantos ni de crepúsculos, porque todo en ella estaba recién amanecido, como acabado de salir de las manos del Creador, puede ayudarnos a sacudir el polvo cansado de nuestras sandalias, la fatiga de nuestra agenda y de nuestro reloj.

Ella, que tuvo la vida entera atravesada por el «pathos» del Reino, puede curar nuestras apatías, nuestros cálculos y prudencias, e impulsarnos de nuevo a emprender el camino con la audacia apresurada de los de Emaús, que necesitaban contar a todos cómo habían reconocido a Jesús en el partir el pan.

Madre que nos da el Pan

Nuestra Señora de Belén, la hemos llamado muchas veces; y Belén nos evoca dulzura, fragilidad, niñez, quizá el nacimiento que poníamos en nuestra casa, con su río de papel de plata y el rey Herodes en su castillo.

Pero Belén es también otra cosa: «bet-léhem», «casa del pan», el primer lugar donde María empezó a darse cuenta de que el pan que sostenían sus manos no era sólo suyo, sino de muchos; de aquellos, sobre todo, que llegaron los primeros a tomar posesión y hacer suyo el pan «que el Señor les había dado a conocer» (Lc 1,15). Y es que empezaba a cumplirse la escritura: «La Sabiduría anuncia en lo alto de las colinas: Si alguno es simple, que venga... Venid y comed mi pan, bebed el vino que he mezclado» (Prov 9,1-5).

Por eso, cuando Jesús enseñaba a orar a sus discípulos, llamando «Abba» a Dios y «nuestro» el pan de cada día, María aprendía también a decirlo. Y aprendía a vivirlo cada vez que oía: «Mi madre y mis hermanos son los que escuchan el mensaje de Dios y lo ponen por obra» (Lc 8,21), porque se daba cuenta entonces de que no podía llamar «mío» a ningún pan, ni siquiera al que había salido de sus entrañas. Por eso permaneció de pie cuando llegó la hora del pan roto y repartido, comido por todos como anticipo del banquete del Reino.

Y siguió diciendo «nuestro» cuando se reunía con la primera comunidad para la «koinonía» y la fracción del pan, y su presencia era el testimonio más vivo y más fiel de lo que Él había dicho que hiciéramos al recordarle.

María, memoria de Jesús entre nosotros, puede enseñarnos hoy a cambiar nuestro «proyecto: tener» por el «proyecto: compartir»; puede inclinar decididamente nuestro corazón hacia los verdaderos dueños del pan: los que no saben, no tienen, no pueden.

Santa María, espejo de justicia, a quien podemos pedir que no nos deje acostumbrarnos ni conformarnos con «el

orden este» en que algunos hemos puesto una alambrada y el cartel de «propiedad privada» alrededor del pan que es de todos. Que ella nos enseñe a sentir más «nuestro» que «mío» el tiempo, la cultura, el techo, la alegría, y soportar después que otros consideren todo eso como suyo.

María de las preguntas atrevidas («¿Cómo sucederá esto?»; «¿por qué te has portado así con nosotros?») no se extrañará de que sus hijos pregunten: ¿Por qué los pobres tienen que disfrazarse de ricos si quieren tener acceso a nosotros? ¿Por qué la Iglesia en su conjunto se limita a ser defensora de los pobres, pero no es Iglesia de los pobres? ¿Cuándo serán ellos en nuestra Iglesia verdaderamente ciudadanos y no objeto de beneficencia?

Porque es ella, Nuestra Señora de la Luz, la que nos enciende en la conciencia el piloto rojo de la alarma cuando nos molesta más la agresiva amargura de las madres de Mayo que el dolor por los desaparecidos; cuando empezamos a considerar excesiva tanta insistencia en los problemas de Centroamérica o cuando nos encontramos calificando habitualmente de vagos y maleantes a los mendigos de nuestras calles.

Es ella, Santa María del Magnificat, la que no nos consiente una lectura espiritualista de las bienaventuranzas y la que nos hace seguir creyendo, contra todas las evidencias, que el brazo poderoso del Señor va a derribar del trono a los soberbios y va a colmar de bienes a los hambrientos.

Arca que guarda nuestra herencia

En los primeros días de diciembre aparece un gran cartel en las vallas publicitarias: «7 de Diciembre, 10 noche: GRAN VIGILIA DE LA INMACULADA. Sólo hombres y jóvenes». Suele ir acompañado de una imagen de la Inmaculada de Murillo convenientemente «aggiornada» con una bola del mundo en la mano. Llevo viéndolo desde mi infancia con cierto malestar, pero desde hace tiempo mi malestar va acom-

pañado de perplejidad y algo de curiosidad: ¿Qué tendrá esa vigilia para que no podamos ir las mujeres? ¿Qué pasaría si nos presentáramos algunas? ¿Nos invitarían a salir? ¿Desluciríamos el acto? ¿Impediría nuestra presencia que el predicador se explanase en ejemplos poco adecuados a nuestro natural sensible y delicado? Me pregunto cuánto influirá en los varones asistentes el que se anuncie como sólo para ellos y, en ese caso, con qué asociaciones subliminales empalma ese tipo de convocatoria...

La reflexión llevaría muy lejos, y lo grave no es lo que tiene de anécdota, sino la mentalidad que revela y que yo llamaría de «la herencia mal repartida».

Todo lo que nos ha dejado el paso de María por la historia es como aquel arca de la que hay que ir sacando lo antiguo y lo nuevo (cf. Mt 13,52). Ahí tiene que acudir la Iglesia a buscar lo más puro del evangelio, porque fue María la que mejor supo escucharlo y guardarlo en el corazón (cf. Lc 2,51). Ella, que estuvo más tiempo que nadie cerca de Jesús, asistió, en silencio contemplativo, al cuajar de su personalidad y a los primeros pasos de aquella vida extrañamente libre: orar a las horas en que otros duermen; andar entre la gente más perdida; caminar de día sin preocuparse de dónde reclinar la cabeza de noche; descubrir, como un milagro, el rincón vulnerable de las vidas más endurecidas.

María, Arca de la Alianza y arca casera de pino también, que guarda para nosotros la sabiduría más secreta del evangelio: cómo echar raíces muy abajo para ser un árbol bien plantado, de los que dan buen fruto (cf. Mt 12,33); cómo asentar los cimientos de la casa sobre roca y no sobre arena, para que aguante los vendavales (cf. Mt 7,25); cómo perder el miedo a desaparecer y a gastarse, porque ésas son las leyes de la sal y de la luz (cf. Mt 5,13-16).

Y nos guarda también el arca su propia manera de vivir las bienaventuranzas, porque ella fue proclamada dichosa por haber creído (cf. Lc 1,45), y fue también feliz porque vivió ese talante de naturalidad en el servicio, de espera en el último

lugar, de fuerza mansa en el sufrimiento, que tienen los pobres y los de corazón muy limpio (cf. Mt 5,1-12).

Pero, aunque eso que es lo suyo nos pertenece también a todos nosotros, a sus hijos e hijas, para que lo vivamos cada cual según nuestra condición de hombres o de mujeres, existe una tendencia muy arraigada en la Iglesia a repartir esa herencia, adjudicando a las mujeres una serie de virtudes de María de las que parecen quedar desheredados los varones. Así, la actitud de fe, la apertura a Dios, el sentido religioso, la generosidad en derramar la vida, el don de sí, simbolizados por María, se convierten, en virtud de ese reparto, en patrimonio casi exclusivo de la mujer.

Y, sin embargo, las virtudes, como impulsos del Espíritu que nos dinamizan en el seguimiento de Jesús, no son masculinas ni femeninas, no puede repartirse entre los dos sexos ni adjudicarse parcialmente a uno de ellos, ni siquiera con pretensiones de privilegio². Pero, de hecho, se reparten, y el resultado es empobrecedor para todos, especialmente para los hombres: a su tierra no se dirige nunca el agua de algunas acequias, y se les van quedando secas la ternura, la vulnerabilidad, la entrega gratuita, la acogida silenciosa, porque se ha hecho tradición (¿«venerable» también?) que todo eso vaya a regar tierras femeninas.

2. «Se puede representar, si se quiere, la receptividad humana a la gracia y al amor soberano con imágenes tomadas de la mujer. Sin embargo, ¿acaso no es evidente que el hombre es, a este respecto, tan 'femenino' como la mujer? ¿Es ésta realmente más que el hombre, cuando, por su naturaleza, puede decir 'sí' a la Palabra de Dios o cuando, más que el hombre, puede 'representar' una actitud de fe? Una afirmación en este sentido es falsa o, al menos, poco matizada. Bien se puede comparar esta actitud de fe, de abierta disponibilidad y sin condiciones de un cristiano con algo que se cree descubrir siempre más claramente, o quizá tan sólo en una situación histórica y social determinada, en la mujer. Sin embargo, no se puede pasar más allá de aquí. También podrían encontrarse características que sean 'típicamente representadas' por el hombre en cuanto tal». K. RAHNER, «Carta a un consultor de la Comisión Pontificia de estudio sobre la Mujer en la Iglesia y en la Sociedad» (29-XII-1975): Boletín *Pro Mundi Vita* 108 (1987/1), p. 23.

Leo en un cartel del Ministerio de Cultura en el que una niña juega a dirigir una orquesta: «No pongas límites a su educación. Es una mujer del siglo XXI». Tiene algo del mandato del Dios del Génesis, del Dios en favor de la vida y del crecimiento y en contra de todas las estrecheces y limitaciones que nos imponemos unos a otros. No, no hay que ponérselos a ninguna mujer, ni tampoco a ningún hombre. También son para ellos la receptividad, la abnegación callada, el derroche sin cálculos, el amor fiel. Porque María es esclava del Señor, y las mujeres también debemos serlo, lo mismo que es siervo el propio Jesús (Hech 3,13.26; 4,27.30), lo mismo que tienen que serlo los hombres si quieren abrirse a la esencia del Evangelio.

Ya es tiempo de recorrer los cerrojos oxidados que nos encierran a unos y a otras en estereotipos envejecidos y falsos. Ya es tiempo de levantar hasta arriba las compuertas y dejar que corra el caudal de agua por todas las acequias y que inunde todas las tierras. Porque lo que nos urge hoy es tendernos la mano unos a otros, prestarnos la ayuda fraterna para vivir desde nuestra condición de mujeres y de hombres todo eso que es la herencia de nuestra Madre.

María viene al encuentro de la Iglesia para invitarla a entrar en su danza. No es la Iglesia la que debe marcar el ritmo ni elegirle el séquito: es ella, la Madre de la Iglesia, la única que puede hacerlo, porque sólo a los muy sencillos les comunica el Señor sus secretos (cf. Mt 11,25), y fue a ella, a la más pequeña de entre sus hijos, a quien decidió Él revelar lo mejor de su música.

Nube de nuestro éxodo

Muchas de nuestras celebraciones finalizan con un canto a la Virgen. Sigue siendo frecuente comenzar o acabar las reuniones de tema religioso con una avemaría, y es raro el documento eclesial que no la menciona, al menos al terminar.

De los doce meses del año, mayo le está tradicionalmente dedicado, aunque también la recordamos especialmente en adviento. Antes de dormir, muchos cristianos permanecen fieles en rezar las tres avemarías; ponemos su imagen en nuestro dormitorio y la llevamos colgada al cuello en medallas o escapularios; peregrinamos a sus santuarios, visitamos sus ermitas, nos llamamos con los nombres de sus advocaciones...

Son nuestras maneras filiales de hacerle sitio en nuestra vida, costumbres que se enraízan entrañablemente en nuestras tradiciones familiares y eclesiales. Pero ¿no se nos anquilosan a veces? ¿No corren el peligro de convertirse en una rutina, en una fórmula de cortesía («Que no hemos nombrado a la Virgen, vamos a acabar con un avemaría»; «Venga, para terminar cantamos la Salve»), en una «mención honorífica» que se ha ido quedando vacía de significado?

En el Concilio hubo dos tendencias: una maximalista, que quería glorificarla consagrándole un decreto íntegro aparte; otra consideraba a María dentro del misterio de la Iglesia en la *Lumen Gentium*; y se optó por ésta, que la pone en el lugar que le corresponde. Su sitio está, pues, junto a nosotros, como estuvo junto a su hijo mientras vivió en nuestra tierra, desde Belén hasta el Calvario.

Es a ese Jesús, presente en medio de nuestra vida, a quien ella nos remite constantemente. No es sólo «después de este destierro» cuando ella desea mostrárnoslo, ni sólo en la hora de nuestra muerte, sino *ahora*, como nos recuerda el avemaría. Se diría que es el rosario la devoción que ha captado mejor su espíritu: es a Jesús mismo a quien se nos invita a contemplar a través de los misterios de su vida, su muerte y su gloria; mientras, las avemarías van pasando como un susurro por nuestros labios, tan borradas como ella.

Nosotros le dedicamos *tiempos* y *lugares* especiales, pero su presencia se nos escapa de mayos, advientos, camarines y basílicas y se despoja de coronas, cetros y mantos bordados que la estorbarían para venirse a caminar junto a nosotros.

Porque ése es *su lugar*, y *sus tiempos* son nuestras mañanas, mediodías y noches. Viene a nuestro lado, discreta como la columna de nube del Éxodo, fresca cuando el calor arrecia, resplandor cuando se echan encima las sombras (cf. Ex 13,21-22).

No nos hagamos «baales» que la desfiguren; no tratemos de apresarla entre rejas de solemnidades y novilunios. Porque lo suyo es precedernos y acompañarnos mientras caminamos hasta la Tierra y peregrinar junto a nosotros, madre nuestra, sí, y también hermana y amiga y compañera, nube de la buena compañía...

Dadora de la Palabra

La vida humana es un juego entre la palabra y el silencio: «Hay tiempo de hablar y tiempo de callar», nos recuerda el Eclesiastés (3,7).

La palabra tiene infinitos matices: comunica, grita, pregunta, se queja, susurra, canta... Poseer la ciencia de la medida y de la audacia para lograr que exprese y transparente en cada momento el fondo de nuestra verdad, es un don precioso.

También hay una sabiduría del silencio, y es la intuición del corazón la que acierta con los momentos de escucha, de atención, de receptividad callada, de vencida mansedumbre. Hay ocasiones en que sólo es comunicativa la calidad de nuestro silencio; en otras, es ese silencio el que construye un muro de quietud que protege del olvido o de la trivialidad nuestras experiencias más hondas.

Optar en cada momento por la palabra o por el silencio forma parte de la gracia de nuestra libertad. Acertar siempre en la elección, sólo María supo hacerlo; pero es que ella era pura libertad; y eso desde que comenzó a germinar en nuestra tierra la semillita mínima de su existencia, afirma la Iglesia con orgullo.

Pero a nosotros suele darnos miedo la libertad, y corremos muchas veces el riesgo de privilegiar el silencio de María y de justificar con él las situaciones de enmudecimiento que padecemos o que provocamos. Nos asustan las palabras que crean conflicto, que cuestionan situaciones que parecen intocables o que preguntan el porqué de esas posturas ajenas al Evangelio de las que tan fácilmente nos hacemos cómplices. Nos callamos refugiándonos en una sumisión que no hemos aprendido de ella, sino de nuestra propia cobardía, o callamos a los otros, erigiéndonos en maestros, padres o directores (cf. Mt 23,8-10) y apoderándonos en exclusiva de una palabra que es de todos.

María supo guardar la Palabra (Lc 2,51) y aceptar silenciosamente situaciones que no comprendía (Lc 2,50). Supo retirarse sin decir nada, abriéndose a la novedad de que Jesús considerase «madre y hermanos» a todos los que escuchasen su palabra (Mc 8,21), y supo permanecer silenciosa junto a la cruz, porque allí la palabra definitiva era la del amor fiel llevado hasta el fin (Jn 19,25). Pero supo también discernir cuándo era tiempo de preguntar («¿Cómo se hará esto?»: Lc 1,34; «¿Por qué te has portado así con nosotros?»: Lc 2,48) y cuándo era tiempo de intervenir y persuadir («No tienen vino... Haced lo que él os diga»: Jn 2,4.5).

Dios se había arriesgado a entregarle *su* Palabra, hecha debilidad humana (Jn 1,14), y a entregarle también *la* palabra, porque iba a ser en las palabras sencillas de aquella mujer con acento galileo donde iba a aprender su hijo a nombrar las cosas elementales de la vida. Aquella mañana de la creación, cuando toda la realidad fue desfilando mansamente ante el primer hombre para ser nombrada, había sido sólo una imagen, un presentimiento de lo que iba a ocurrir en Nazaret. Porque iba a ser allí donde el agua, el dolor, la tierra, los árboles, el pan y la ternura habrían de encontrar su verdadero nombre y su sentido y habrían de llenarse de gracia y de novedad.

María fue tejiendo pacientemente en Nazaret el lenguaje humano del Verbo, con la misma naturalidad con que cual-

quier mujer enseña a hablar a su hijo y se convierte entonces realmente en madre. Porque es la palabra la que aporta el correctivo de libertad que necesitan los arquetipos maternos, y es ese paso del nivel del instinto y de la naturaleza al de la libertad el que invita a dar Jesús. Cuando oye decir: «¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!», Jesús corrige: «Dichosos más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la guardan» (Lc 11,27-28). La grandeza de María no le viene de la sublimación de su función materna, sino de su relación con la Palabra.

Y es que, hasta cuando la acción de Dios fecunda la tierra, lo hace en la prolongación de un diálogo de persona a persona:

«Y sucederá aquel día que yo responderé
—oráculo de Yahvé—, responderé a los cielos,
y ellos responderán a la tierra;
la tierra responderá al trigo, al mosto y al aceite virgen,
y ellos responderán a Yizreel» (Os 2,23-24).

Quizá estemos a punto de dejar que suceda ese día, el día en que aprendamos a responder a Dios entregándonos la palabra unos a otros, el día en que nadie la considerará una propiedad privada, sino que la dejará circular libremente entre todos, como circula el pan en la reunión de los hermanos.

Y sucederá aquel día que en la Iglesia se escucharán con alegría las voces nuevas de los que llevaban tantos siglos de silencio: la voz de los pobres y de los pequeños, la voz de los que saben menos, la voz de las mujeres, la voz de los laicos...

Y será sólo entonces cuando se podrá reconocer en nosotros a los hijos de aquella que tuvo como misión entregar al mundo la Palabra.

Mujer de la buena vecindad

«Todo tiene su tiempo, y cuanto se hace bajo el sol tiene su hora» (Ecl 3,1), dice la tolerante sabiduría del Eclesiastés.

Ha habido tiempos de esforzados caballeros, de generosos bienhechores, de comprometidos militantes. Hoy somos muy críticos de las hazañas de conquista, recelamos de la beneficencia y conocemos a demasiados militantes refugiados en el individualismo y hasta en la gastronomía. Decimos que las utopías están heridas de muerte, y los compromisos pasados de moda; y con eso justificamos nuestra pasividad.

¿No será más bien que lo que se ha apagado son los oropeles, los brillos y las purpurinas con que a veces se recubría todo aquello? ¿No será que nos resulta más ingrata la tarea de seguir cultivando la esperanza en esta etapa oscura y se nos queda pequeño —«*ad maiora natus sum*»— lo sencillo, lo borrosamente cotidiano?

María de Nazaret, que pasó toda su vida sin ser otra cosa, a los ojos de casi todos, más que una buena vecina de un pueblo perdido, puede descubrirnos la grandeza oculta del vivir diario, las actitudes de la buena vecindad. Empezamos por lo más fácil: los niños que se acogen, aunque molestan, mientras la madre hace la compra; el volumen del estéreo, que se baja por si duermen los de al lado; la atención a la recién operada, que quizá no puede arreglarse sola...; pero terminamos por comprender que es precisamente en las relaciones modestas de todos los días donde podemos hacer verdad nada menos que «el fruto del Espíritu» que describía Pablo a los cristianos de Galacia (Gal 5,22):

- la *tolerancia* o magnanimidad, que relativiza y disculpa las mezquindades inevitables de la convivencia;
- la *espendidez* («*jrestoi*») se llamaba en Atenas a los ciudadanos que contribuían con su fortuna a sostener los gastos de la armada), que no calcula ni lleva contabilidad de los favores que uno hizo ni de las faenas que le hicieron;
- la *bondad*, que nos empuja a «ser, en el buen sentido de la palabra, buenos», que decía Machado, o a

sentir que el inasequible «sed perfectos como vuestro Padre» parece que baja de escalón cuando lo leemos traducido por «sed buenos del todo como vuestro Padre»;

— y luego, el hermano pequeño de la alegría, el bendito *humor*, que acude como un perro de San Bernardo a reanimarnos cuando nos cae encima un alud de noticias sobre procesos, instrucciones, declaraciones y beatificaciones, y nos vemos amenazados de quedar congelados por la acritud o el estupor.

Y creo que también es fruto del Espíritu el aceptar ser un poco menos listos y menos valiosos de lo que nos gustaría; llegar a ser de esos que se quedan con el trabajo poco lucido que nadie quiere hacer, que arriman el hombro y no dejan la firma, que no abruman con su ocupadísima agenda de personas importantes, que se abren a la posibilidad de que la mota en el ojo ajeno sea bastante pequeña en comparación con la viga del propio.

Y tener el sentido común de no empeñarnos en hacerlo y decirlo todo con mayúsculas y acompañado de acordes solemnes de órgano, sino con la melodía simple de una flauta de caña. O de una armónica, que cabe en cualquier bolsillo.

Tierra del Magnificat

Hablaba antes de esa tendencia (¿inconsciente?) a rodear a María de un determinado séquito de virtudes: la pureza, la humildad, la mansedumbre, la piedad, la dulzura, la obediencia... Es una compañía cuidadosamente seleccionada, quizá porque se considera que son virtudes libres de toda sospecha y se reservan para ella, con la misma lógica con que la normativa litúrgica decide que sólo los metales nobles pueden estar en contacto con el cuerpo de Cristo. Quizá por eso en las letanías lauretanas, junto a las invocaciones «Sancta Virgo virginum», «Mater purissima», «Mater castissima»,

«Mater inviolata», «Regina Virginum»..., hay una sola en la que se la llama «Speculum iustitiae». Y es que con otras componentes del séquito, sin saber bien por qué, se tiene un poco más de prevención y suelen requerir puntualizaciones: justicia, sí, pero que no provoque amargura; solidaridad también, pero que no sea excluyente; libertad, por supuesto, pero sin caer en el libertinaje; fraternidad, no faltaba más, pero sin olvidar que la Iglesia es jerárquica. Debe de ser por eso por lo que hay más dificultades para considerar santos a los que mueren luchando por la justicia que a los (*las*, más bien...) que llegan hasta la muerte por defender su castidad. Las marías goretti llegarán siempre más pronto a los altares que los óscares romero.

Decimos siempre con toda naturalidad: «Ave María purísima»; pero, si la piedad mariana hubiera alternado esta invocación con la de «Ave María justísima», con todo lo que significa, quizá se nos hubiera transmitido a través de los siglos una visión más verdadera de María. Porque ella es piadosísima, sí, y clemente y misericordiosa y madre purísima del Verbo encarnado; pero, precisamente por eso, portadora también en sus entrañas del fuego que él había venido a traer a la tierra (cf. Lc 12,49) y que las muchas aguas no consiguen apagar (Cant 8,6). A fuerza de coincidir con los profetas y con el sentir del hijo, María fue engendrando también una canción clara como el cristal y como la luz, capaz de despertar al mundo aletargado. El evangelio de Lucas pone letra a esa canción, y brota el Magnificat. A través de la sensibilidad de María, la canción de Dios sobre su mundo irrumpe en la sordera culpable de la historia.

La llevaba también dentro aquel que se había hecho uno de tantos y que iba a vivir como un hombre cualquiera, pero de los que tienen condición de esclavos (cf. Flp 2,7) y que poseen ya en primicia la tierra, el reino y el futuro. Un futuro en el que los pequeños y los hambrientos, sentados ya en el trono y saciados, harán sitio en su mesa y partirán el pan con los que han sido despedidos vacíos, porque habrán aprendido las costumbres magnánimas de Dios.

Tenemos la tentación permanente de sofocar el Magnificat, porque es como un fuego que amenaza nuestra tranquila frialdad. «Magnificat (versión oficial)», leo en la portada de un disco; y me suena a esos intentos tan clericales (tan de casi todos nosotros) de controlar, ordenar y codificar la vida.

Con el Magnificat no podemos, como no podría nadie eliminar un color del arco iris ni dirigir el vuelo de las aves cuando emigran al sur. Como está fuera de nuestro alcance señalar en la playa hasta dónde puede llegar la marea o determinar qué día pueden reventar las yemas de las higueras. Como lo está el pretender enseñarle a Dios las notas de su música.

Porque Dios es un paciente tañedor de flauta, acostumbrado a tocar en solitario. «Os tocamos la flauta y no danzasteis» (Mt 11,16), se quejaría Jesús. Pero, un día, la invitación de la flauta llegó hasta «una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una joven desposada con un hombre llamado José, de la familia de David. El nombre de la joven era María» (Lc 1,27). Tenía el oído despierto de los discípulos, y los pies ligeros, acostumbrados a las montañas de su tierra; y cuando oyó la melodía de Dios, se llenó de su ritmo y se puso a danzar, para asombro de los ángeles, de los patriarcas y de los profetas.

Señora del buen ánimo

Ese que necesitamos todos, porque los tiempos son malos. O quizá no lo son, como tampoco es malo el invierno para la siembra, ni la poda para los árboles.

Sea como sea, es nuestro tiempo; y es en él y no en otro en el que tenemos que esperar al Señor que viene. Hoy quizá necesitaríamos escuchar la alerta de Isaías en otra clave:

«Que los valles de añoranza del pasado se levanten y los montes y colinas del pesimismo se rebajen. Que en

el desierto del cansancio se abra una senda y que los desfiladeros sin horizonte desemboquen en el mar...»

Pero eso no podemos hacerlo solos, porque el ánimo y el aliento son cosa del Espíritu. Oí una vez a alguien que el Espíritu es como el entrenador de un equipo que alienta a sus jugadores desde las gradas del campo. A lo largo de muchas generaciones, los cristianos hemos intuido que María es también «cómplice» del Espíritu en esa tarea de «parálisis», de animación y defensa de su gente, y que nadie está más apasionadamente implicado en el éxito de nuestro juego.

Saber que jugamos en su presencia, contar con su apoyo y su fortaleza silenciosa, como debió de contar Jesús cuando tenía que enfrentarse con el cerco de resistencia y rechazo de muchos. Acudir a ella y recordarle —«*Memorare, o piissima Virgo María*»— que lo suyo es seguir siendo matriz cálida donde se forma la Iglesia, tierra fértil que abriga y cuida sin prisa el florecer de la pequeña semilla llamada a convertirse en un gran árbol.

Y que ella, María, paciencia de Dios para nosotros, primera cristiana en vivir eso que Pablo llama la «hypomone», el aguante activo, nos contagie su capacidad de soportar la dureza de la vida sin perder la ternura.

Ahora y en la hora de nuestra muerte.

«Algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado...»

(Lc 24,22)

Es el evangelio de Lucas el que nos ha conservado su memoria en el relato de los de Emaús:

«Algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado: fueron muy de mañana al sepulcro y, no encontrando su cuerpo, volvieron contando incluso que habían visto una aparición de ángeles que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron tal y como lo habían dicho las mujeres, pero a él no lo vieron» (Lc 24,22-24).

Ahí está la diferencia: ante un mismo dato —una tumba—, unos se atienen a la posibilidad de los hechos y se quedan encerrados en los límites de su conocer: «no lo hemos visto». Otros —otras, en este caso— se abren a una palabra que trasciende su visión y anuncian: «está vivo».

Nuestro mundo y nuestra Iglesia están necesitando de ese anuncio, aunque se sobresalten. Por eso vamos a acercarnos a algunas de esas mujeres «de las nuestras» para que nos ayuden a encontrar caminos que, aun cuando nos resulten desconcertantes, nos acerquen al Evangelio de Jesús.

Pérdida y búsqueda

La mujer que perdió una dracma, la que tenía un flujo de sangre, la hija de Jairo

En primer lugar, se presentan aquellas que aparecen marcadas por un dinamismo de pérdida y búsqueda: aquella mujer de la parábola de Lucas (15,8-10) que poseía diez monedas y perdió una; aquella otra, la «hemorroísa» de Marcos 5, 25-34, con otra pérdida más grave, porque era la vida misma la que se le escapaba en aquel flujo de sangre que parecía incurable; y la tercera es la hija de Jairo, una niña que estaba ya en las fronteras mismas de la muerte.

No creo que nos resulte difícil reconocer en ellas ciertos rasgos de nuestro mundo. Un mundo que ha perdido la moneda de sus mejores valores y al que se le están escapando sus fuerzas vitales.

Vivimos inmersos en una sociedad que entre todos hemos colaborado a crear, y de alguna manera podíamos temernos las consecuencias que habrían de generarse. Cuando lo que prevalece por encima de todo es la capacidad de adquirir, hacer y promover, aliarse con todo lo que funciona, desencadenar procesos que escapan al propio control y buscar febrilmente lo que ofrece dosis de placer inmediato, estamos engendrando una especie de máquina ciega, privada de memoria, y un tipo de ciudadano que estará dispuesto a admitir lo que sea con tal de que nada le haga descender de su *nivel de vida*, ese dogma que está exigiendo tantas fidelidades.

La descripción de eso que llamamos «el hombre actual» (occidental, por supuesto, de raza blanca y de nivel cultural y social medio), independientemente de lo que estamos viviendo en este momento, tendría mucho que ver con la de alguien que ha perdido el norte, que se aturde en un océano de posibilidades, que rechaza los compromisos de larga duración, que se emancipa de toda referencia trascendental, que renuncia de antemano a cualquier pretensión de validez universal...

Es alguien que valora por encima de todo la verdad verificable y la eficacia, mientras que otras esferas de lo humano (la ética, la comunicativa...) quedan marginadas.

Ensimismado en su narcisismo y sordo a las llamadas de la alteridad, se le mueren las utopías, a la vez que él se instala en el reino de la mediocridad. La pérdida de la solidaridad le hace vivir como normal una sociedad de los «dos tercios» en la que una mayoría puede condenar democráticamente a los más débiles a la pobreza o a la marginación social. Cuando la sensibilidad está embotada, se puede contemplar desentendidamente la destrucción y la muerte en la calle o en los medios de comunicación.

Se sabe todo sobre los medios, pero se ignoran los fines. *Et propter vitam, vivendi perdere causas*, decía Juvenal.

Se acude al dios-dinero y a la diosa-técnica, al autoengaño en la visión de la realidad, al culto del cuerpo y a la obsesión por la imagen, a la medicina paralela de las sectas y los esoterismos.

Pero los viajes exóticos, los horóscopos, la burbuja insonorizada, la macrobiótica, el aire acondicionado, el diseño italiano y la coca-cola *light* resultan tan incapaces de curar como aquellos médicos en los que había gastado toda su fortuna la hemorroísa del evangelio.

Si miramos los aspectos religiosos, también los pensamos en clave de pérdida. Nos parece que estamos en los últimos estertores de la pertinencia social de la religión y que hemos pasado, de una presencia de influjo, a otra de irrelevancia.

«Mucha gente se define aún como 'religiosa', pero la familia y otras estructuras sociales parecen cada vez más incapaces de proporcionar el contexto social en que pueda ser enseñada y vivida la fe»¹. La religión está cada vez más

1. J. REDING, «Des chances pour l'Évangile dans un monde qui s'autonomise»: *Lumen Vitae* XLV/1 (1990), pp. 7-19.

marginada y privatizada, y muchos la consideran una superestructura carente de interés; ya no tiene el papel que desempeñaba en el pasado y ha dejado de ser la única fuente dadora de sentido y de valores para la sociedad.

A la Iglesia se le escapa el poder en la ciudad y en las instituciones educativas o caritativas, que le daban una imagen social determinada. En un mundo occidental en situación post-cristiana, el vacío espiritual parece ser la única alternativa a la fe, y se diría que ya no existe una solución religiosa a los problemas de una sociedad pluralista y no confesional.

Muchos cristianos tienen, en el fondo, la sensación de que Dios debe de estar bastante entristecido ante la emancipación y la autonomía de nuestra sociedad².

En su conjunto, el diagnóstico resulta más de muerte que de pérdida, y nos sentimos tentados de levantar acta de defunción, como aquella gente que le decía a Jairo —el jefe de la sinagoga que había acudido a Jesús para que curara a su hija, que «estaba en las últimas»—: «La niña ha muerto; ¿para qué molestar al maestro?» (Mc 5,35).

Y, sin embargo, Jesús tenía otra clave de lectura para lo que otros interpretaban como síntomas de muerte: «¿Qué alboroto y qué lloros son éstos? La niña no está muerta; está dormida» (Mc 5,39).

Una respuesta afirmativa

Es una afirmación que pone en cuestión la negatividad apresurada de nuestras descripciones y nos ofrece otras perspectivas, otros puntos de anclaje, a la hora de analizar la realidad. La única condición es que nos neguemos a dar por definitivamente perdido lo que, misteriosamente, Dios considera con posibilidades de ser salvado.

2. *Ibid.*, p. 13.

Dice Porfirio Miranda que, en torno a creer o no que nuestro mundo tiene remedio, se escinde la humanidad en dos bandos con mayor hondura divisoria que en torno a cualquier otro asunto sobre el que podamos discutir los humanos. Y, si de algo da testimonio el Evangelio, es de que Jesús se pone del lado de quienes tienen una respuesta afirmativa. Y es que él se negaba a dar por irremisiblemente quebrada una caña cascada, o apagado para siempre el pábilo vacilante, o a admitir definitivamente bajo el poder de la muerte la vida de una niña.

Lo que ocurre es que mirar así la historia, a las personas e incluso el porvenir de la religión supone aceptar unos criterios diferentes, supone salirse de esquemas de relación concurrente entre Dios y el hombre y atreverse a pensar que «quizá Dios se alegre de la autonomía del hombre»; y que posiblemente sea un bien, y no un mal lamentable, el que la Iglesia haya perdido eso que podríamos llamar «el poder del Amén», es decir, la pretensión de querer dictar la verdad para todos y de una vez por todas. Esa actitud nos permitiría, por ejemplo:

— Estar dispuestos a renunciar a la idea equivocada de que el cristianismo vivió sus mejores momentos cuando nadie cuestionaba su autoridad ni desestabilizaba sus funciones sociales. Bajo la superficie de un cristianismo aceptado por unanimidad, ¿no seguía la sociedad siendo pagana en su interior?

— Hacernos conscientes de las ventajas de una progresiva imposibilidad de adoctrinar a la gente; no añorar la importancia perdida en el seno de una sociedad secular; resistir a la tentación del repliegue, del blindamiento, del nuevo centralismo, de la reafirmación de la autoridad...

— Aprender a encontrar nuestro lugar como Iglesia en una sociedad postcristiana, multicultural y multirreligiosa. Aceptar que el lugar que el Evangelio nos señala es siempre el de abajo, el de la *diakonía*, porque fue ahí donde estuvo Jesús lavando los pies de los suyos.

— Aceptar el desafío que el individualismo y la reivindicación de la libertad de conciencia plantean al concepto eclesiástico de autoridad. ¿Seguiremos aceptando pasivamente que muchos hombres y mujeres se sigan distanciando secretamente de la Iglesia porque piensan que no hay sitio para ellos, dado que no pueden adherirse plenamente a sus directrices jerárquicas?

— Celebrar como una ocasión, como un *kairós*, y no como un inconveniente, esta situación de pobreza, de desnudez, de falta de apoyos, porque quizá desde ella podamos ser testigos de nuestro Dios con menos ambigüedad.

Son muchos los que están hoy realmente en proceso de búsqueda del Reino de Dios y para los que, sin embargo, la Iglesia no es reflejo de ese Reino, sino que la ven más como depositaria que como portadora de sentido.

Son muchos los que vuelven hoy sus ojos a los cristianos esperando ver qué palabra van a pronunciar, qué postura van a tomar, qué gestos van a realizar en favor de la reconciliación.

Son expectativas de las que no podemos huir, sino que hemos de aceptarlas como los «empujones» que este mundo en búsqueda da a la Iglesia, como los que tuvo que dar la mujer hemorroísa para abrirse camino y poder llegar a la fuerza sanadora de Jesús. Tampoco podemos adoptar la actitud severa de quien, desde una posición de superioridad, reprocha a otros la pérdida de sus monedas o de sus valores (conociendo la sociedad judía del tiempo de Jesús, no es arriesgado suponer que ése sería el comportamiento probable del marido de la mujer de la parábola, y se explica mejor la ansiedad de ésta por encontrar la moneda...).

Por eso tenemos que desear y luchar por una Iglesia que no adopte el papel de «marido que regaña», sino el de «vecina que se alegra» ante los grandes hallazgos de nuevos valores, de nuevos sentidos, de nuevos encuentros en este mundo nuestro, tan agotado por sus pérdidas.

Los tres relatos de mujeres que habían perdido algo terminan en encuentro cuando Jesús interviene en sus vidas. Y nos recuerdan que no podemos pronunciar con rotundidad sentencias condenatorias que entierren definitivamente en un sepulcro a la cultura actual.

Por eso el desafío está en seguir descubriendo las huellas de la presencia del Resucitado allí donde otros están negando la posibilidad de la vida.

Tendríamos que convertirnos en zahoríes de esa vida, capaces de detectar las corrientes subterráneas que recorren nuestro subsuelo. Porque esta tierra, tan llena de obstáculos, tiene también lugares de acogida favorables al Evangelio.

El lugar privilegiado de acogida es, ciertamente, el corazón de esos que Bertold Brecht llama «la buena gente», las masas anónimas que constituyen la mayor parte de la humanidad, los eternos perdedores en todos los conflictos, privados de derecho y de palabra, sedientos de una vida digna de seres humanos. Nos cruzamos cada día con ellos en nuestras calles, los encontramos en el metro y en el mercado...: son la buena gente que no puede comprender por qué ocurre lo que ocurre, y en quienes sigue vivo el deseo irrefrenable de convivencia pacífica en la justicia y en la libertad.

En la dureza hermética de una cultura narcisista, agnóstica e insolidaria, hay una brecha de inquietudes y de preguntas, una soledad desvalida de hombres y mujeres desconcertados, errantes, buscadores de espacios de acogida y de encuentro en los que poder confesar sus miedos, sus debilidades y sus heridas. Y el lado positivo de esta insatisfacción es esa capacidad de poner en cuestión lo adquirido que parece caracterizar el espíritu de los europeos³.

Otras brechas serían la búsqueda imparable de felicidad que hoy mueve a la gente, la nostalgia de muchos de salir

3. P. VALADIER, «Un avenir pour l'Europe»: *Études* 372/6 (junio 1990), p. 749, 5 y 6.

de las situaciones de vacío espiritual, la conciencia contradictoria entre lo infinito de su querer y la finitud e inacabamiento de lo alcanzado...

«Existe un interés creciente por la totalidad física de la creación, por el ejercicio de una gestión adecuada de los limitados recursos de nuestro planeta. Surgen intentos, en muchos ámbitos, de crear nuevos modelos de desarrollo, de difundir un modo diverso de producir y consumir, de comprometerse con las demandas de los países más pobres.

Están las experiencias, tan desconocidas y tan anónimas, de hombres y mujeres, jóvenes y adultos, que se sumergen en el mundo de la marginación para compartir la vida de nuestro Cuarto Mundo:

— las 'redes de autoayuda' como acciones alternativas contra el paro; las plataformas de solidaridad en contra de la pobreza y de la exclusión social;

— la existencia de trabajadores sociales y de voluntarios silenciosos (creyentes y no creyentes) que viven al lado de los que nada tienen, y no en formas simplemente asistencialistas, sino con una voluntad real de cambio, decididos a no vivir sometidos al imperio del mercado total»⁴.

Leer en las tumbas vacías

Una vez más, los que saben leer en las tumbas vacías de nuestro mundo un mensaje de presencia del Viviente y aceptan entrar en la dinámica de la resurrección, resultan ser los que tienen razón frente a aquellos que sólo son capaces de ver en ellas las huellas de la muerte.

4. J.N. GARCÍA NIETO, *En búsqueda de caminos alternativos en clave de utopía*, Valladolid 1990.

Nosotros somos invitados hoy a confesar que el Resucitado sigue vivo y a recordar que, a pesar de tantas pérdidas, lo que nuestra humanidad no ha podido perder es la posibilidad de ser buscada por él, ni está destruida su capacidad de volverlo a encontrar.

María de Betania y María de Nazaret

Dos mujeres nos ponen ahora en relación con una actitud esencial para nosotros hoy: la de escuchar y guardar una Palabra recibida.

En contraste con el ajetreo y la dispersión de su hermana Marta, María de Betania se erige en testigo de la necesidad absoluta del Evangelio (cf. Lc 10,38-42).

Es una llamada que se dirige a nosotros, gentecilla distraída y atareada, a veces desesperanzada y abatida, otras veces saturada de noticias, devoradora de titulares, viajera de superficie, ambiciosa de ocios vacíos, deslumbrada por las nuevas tecnologías, el diseño y las ofertas sin fin del consumo. En medio de todo eso, parece decirnos: tratad de guardar, de reencontrar un rincón silencioso en vuestro corazón y en vuestra vida en el que podáis acoger sencillamente la Palabra, porque sólo ahí vais a encontrar el factor unificador que equilibre y trascienda vuestra división.

El sosiego de María, en su referencia absoluta a la Palabra, cuestiona la ansiedad con que miramos el futuro de la evangelización, como si dependiera exclusivamente de nuestras agitadas intervenciones el que el Evangelio siga estando lleno de fuerza de seducción y de sentido.

Precisamente ahora, María de Betania nos recuerda que es tiempo de aferrarse a una Palabra que sigue permaneciendo en pie, más allá del fracaso de las nuestras, y sobre la que podemos seguir apoyando los intentos de reconstrucción que ahora hagamos.

Un acontecimiento de la vida de Jeremías nos empuja en esta misma dirección: después de que el rey Joaquín acababa de echar al fuego el rollo que contenía todo cuanto el Señor había comunicado al profeta, vino de nuevo a él la palabra del Señor: «Vuelve a tomar otro rollo y escribe en él las palabras que estaban en el primer rollo que quemó Joaquín...» (Jer 36,27-32).

Una vez más, la Palabra se abre camino, sale adelante, permanece en pie, por encima de las apariencias de destrucción y aniquilamiento.

El cristianismo dispone aún de recursos escondidos para las generaciones futuras y, aún hoy, representa para los hombres y mujeres de nuestro mundo una aportación decisiva... si se deja que éstos lo acojan a su modo y en un momento determinado.

Quizá lo que estemos necesitando sea echar más raíces en la certidumbre de que, en una sociedad envejecida y cansada, con su tejido de relaciones roto, el Evangelio sigue siendo tremendamente joven; y posiblemente la mejor vía de pertenencia fiel a la Iglesia sea la del agradecimiento. Un agradecimiento desbordado, porque ella ha sido y sigue siendo, por encima de todos sus fallos, el ámbito que ha conservado para nosotros y nos ha comunicado la buena noticia de Jesús.

Guardar la Palabra

Y esa misión la ha aprendido la Iglesia (y la sigue aprendiendo cada día) de otra mujer: *María de Nazaret*, la madre de Jesús, que aparece en los evangelios, no mitificada por su maternidad, sino bendecida y declarada dichosa por haber guardado la Palabra en su corazón y haber sido fiel a ella.

Todos necesitamos que alguien guarde para nosotros la narración de nuestro origen, porque es en ese pasado referencial donde podemos reencontrar nuestra identidad.

Esa memoria relativiza nuestras pretensiones ingenuas, tan de hijos de la modernidad, de fundamentar toda realidad en nosotros mismos, y nos invita a liberarnos de la absolutización de nuestro presente (esa otra constante, tan característica de la modernidad) y abrimos a otra Palabra.

Una palabra a la que no sólo podemos referirnos con la mayúscula de la trascendencia, porque también «se ha hecho carne», se ha «inculturado» en nuestras mediaciones históricas, políticas, psicológicas, culturales, artísticas...

Por eso no podemos olvidar ni despilfarrar la herencia que hemos recibido como europeos: esa lengua materna con que nuestros antepasados elaboraron para nosotros palabras como «dignidad de la persona», «derechos humanos», «igualdad», «democracia», «libertad»... Ni podemos olvidar tampoco esos rasgos que han sido constantes en la historia de la civilización europea: adaptación, inculturación, creatividad⁵ y capacidad para pensar el mundo desde el hombre y para el hombre.

María de Nazaret nos enseña a los cristianos de hoy a escuchar la Palabra, a guardar nuestras señas de identidad y a seguir explorando los manantiales escondidos que la dureza de la vida no ha conseguido researnos.

Superar distancias

*La Samaritana, María Magdalena,
la mujer de la levadura en la masa*

Un tercer grupo de mujeres viene a aportarnos otra experiencia evangélica urgente para nosotros: la de superar distanciamientos y restablecer contactos.

5. J.M. LABOA, «Primera evangelización de Europa: sus raíces cristianas»: Revista *CONFER* 112, p. 638.

Las dos primeras —la Samaritana y María Magdalena— desempeñan un papel de conjunción, de reunión. En primer lugar, de ellas mismas con Jesús a través de un encuentro/diálogo/reconocimiento. Pero en ningún caso termina ese encuentro en ellas mismas: «Muchos samaritanos de aquel pueblo creyeron en él por lo que les dijo la mujer. Por eso le rugaron que se quedara, y se quedó allí dos días» (Jn 4,39).

Jesús dice a María Magdalena: «Anda, ve a decirles a mis hermanos: 'Subo a mi Padre, que es vuestro Padre, a mi Dios, que es vuestro Dios', Fue María y anunció a los discípulos: he visto al Señor, y me ha dicho esto y esto» (Jn 20,17-18).

Las dos mujeres han sido mediadoras de encuentro para otros: los samaritanos acceden a la fe; los discípulos reciben la noticia de que no son sólo amigos (cf. Jn 15,15), sino hermanos e hijos.

En ambas, el impulso de ir hacia los otros nace de una presencia que se les ha impuesto fundándolas, otorgándoles identidad, entregándoles una palabra que anunciar, haciéndoles perder el miedo a lo desacostumbrado (comunicar un mensaje de importancia, lo mismo que testificar, quedaba fuera del alcance de las mujeres). El encuentro con el Resucitado las ha hecho pasar al ámbito de los vivientes, es decir, de aquellos que son capaces de vincularse activamente con el entorno.

Su actitud nos llama a dejarnos arrastrar por el movimiento de aproximación de Dios a los hombres, por su riesgo del don de sí mismo al mundo. Es una invitación a volver hacia los mismos gestos que se realizan en el umbral de la casa en que habitan otros: acercarse, llamar, esperar... Hablar —sencilla, humana, confiadamente— con hombres y mujeres libres, en nombre de un Evangelio que les abre caminos nuevos a su libertad.

Seríamos tremendamente infieles a ese Evangelio en estos momentos si volviéramos a construir nuevos muros, nuevas barreras racistas, religiosas o culturales; si volviéramos a los

rancios discursos maniqueos que convierten a los otros en enemigos y socavan entre los pueblos distancias insalvables. Estamos en tiempos de tender puentes; de interesarnos afectiva y efectivamente por otras culturas; de dar pasos de acercamiento al mundo islámico, por ejemplo, dejando de repetir tópicos y arriesgándonos a comprender, a valorar lo diferente, a aprender lo que ese mundo puede enseñarnos...

Pero en ese acercamiento hay que renunciar al deseo de ser invulnerables y superiores; hay que dejar atrás el talante desafiantemente seguro de quien se siente distante y distinto por poseer toda la verdad...

Aquella mujer de Samaría nos ofrece una lección de calidad relacional y «pastoral»: en lugar de imponer, persuade; en lugar de dictaminar, pregunta; en lugar de emplear un lenguaje de afirmación violenta, insinúa posibilidades y despierta inquietudes: «¿No será éste el Mesías?».

La tercera mujer es la de aquella parábola de Mateo: «Se parece el Reino de los cielos a la levadura que metió una mujer en medio del quintal de harina: todo acabó por fermentar» (Mt 13,33).

Se trata de un personaje que sugiere tres actitudes de riquísima humanidad:

— una sabiduría experiencial: la del poder de fermento de la levadura que tiene en la mano, y eso con independencia de la insignificancia de su pequeñez y de la desproporción con la cantidad de harina;

— una capacidad de riesgo en la decisión, al mezclarla con la masa sin temor a perderla inútilmente;

— un respeto hacia otros ritmos diferentes del propio y, por lo tanto, la aceptación de la existencia de unos dinamismos que escapan al propio control.

Lo mismo que ella, los cristianos estamos llamados a redescubrir, en expresión de Javier Martínez Cortés, que «la riqueza de la Iglesia no está en sus estructuras, sino en sus

fermentos», y por eso podemos vivir con otros sus mismas experiencias humanas y participar intensamente en las aventuras intelectuales de la modernidad y hasta en muchos de los relativismos de la postmodernidad, corriendo los mismos riesgos que la gente que nos rodea, compartiendo sus mismas búsquedas, sus mismos tanteos, sus mismas dudas...

Porque lo que un cristiano aporta en medio de la masa no es su posesión de la verdad, sino su humilde confianza en que la esperanza de fraternidad no es insensata, porque, «desde el origen de la vida en este planeta, todo lo que ha sido llamado a crecer (los mamíferos o los primeros cristianos...) ha salido de un pequeño resto»⁶.

La mujer cananea y la viuda que clamaba pidiendo justicia

Son dos mujeres que nos fuerzan a dar un paso más allá de nuestras fronteras.

La primera es descrita en el evangelio de Mateo (15, 21-28) como «habitante de Tiro» y, por lo tanto, extranjera, excluida de la Alianza, según la mentalidad de Israel, y personificación de todas las fronteras étnicas y religiosas, dentro de un relato atravesado por la dimensión espacial: el «fuera de Israel» frente al «dentro de la casa».

Aquella mujer consigue imponer su presencia con gritos... y con la perseverancia de su fe. El evangelista señala la impaciencia de los discípulos, seguramente asombrados de que una extranjera se esté dirigiendo a un judío —y un judío por excelencia: el hijo de Dios, pastor de Israel— en favor de su hija poseída por el demonio. La displicencia y hasta la dureza de la respuesta de Jesús son estremecedoras («No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros»),

pero terminan siendo derretidas por la humilde insistencia de la mujer; y a lo largo del relato asistimos a una transformación sorprendente: el pan del Reino acaba perteneciendo a quien tiene fe, sea israelita o gentil, y la fe deja de tener «raza».

La palabra de una mujer ha conseguido lo insólito: vencer a Jesús —persuadido al comienzo del relato de haber sido enviado únicamente a las ovejas perdidas de Israel— de que salga fuera del límite familiar del mundo judío y se dirija a los paganos⁷.

La segunda mujer es un personaje de una parábola de Lucas (18,1-18) y aparece caracterizada como alguien que consiguió que se le hiciera justicia a fuerza de clamar, importunar y desesperar al juez, que intentaba inútilmente mantenerse al margen de sus demandas.

Lo que tiene en común con la cananea es que ambas se hallan en una situación de carencia y sufrimiento que desembocan en un clamor. Y es un clamor atrevido y persistente, que no se rinde ante la falta de respuesta ni ante el aparente blindaje que encuentra en sus oponentes, a los que consigue «desquiciar» y desinstalar de su primera postura.

Un clamor persistente

Es un clamor que nos obliga también a nosotros a tomar posición, porque en él están gritando todos esos que consideramos como «los de fuera», «los otros», los que no pertenecen a nuestra raza, a nuestra cultura o a nuestro *status* social.

Es un clamor que no nos permite seguir creyendo que nuestra cultura occidental y europea es el centro del mundo; un clamor que nos descubre que ese mundo del que nos

6. J. GUITTON, *Silencio sobre lo esencial*, Madrid 1973, p. 95.

7. O. GENEST, *Femmes du NT. Exégèse sémiotique*, Document n.º 4: «Femmes et hommes dans l'Église».

sentíamos el centro de gravedad es un mundo «policéntrico», multirracial e interdependiente, y que otros pueblos, razas y culturas poseen, más allá de nosotros mismos, sus propias fuentes de sentido y de valor.

Nos va la vida en escuchar ese clamor, porque tenemos que ser conscientes de que nuestras opciones como europeos (CEE, OTAN, economía de mercado, alianza para un peculiar «nuevo orden internacional»...) nos ponen del lado del «juez inicuo», y desde ahí nada nos va a empujar a la solidaridad con los más débiles⁸.

Es un clamor que tiene que llegar a nuestros oídos con más nitidez y mayor apremio que otros mensajes con los que se nos aturde constantemente: «la Europa de los ciudadanos», «la Europa de las libertades», «la Europa de los Doce», «el mercado único», «la moneda europea»... Porque, mientras tanto, esa Europa cuenta ya con más de 54 millones de pobres en los doce países de la Comunidad (sin contar con las oleadas de refugiados a que están dando lugar los actuales acontecimientos). El Sur seguirá siendo el lugar que saqueamos y sobre cuyo empobrecimiento fortalecemos nuestro crecimiento económico.

Es un clamor que puede mantenernos alerta ante el renacer de nuevos totalitarismos y racismos y ante ese sistema global de *apartheid* que justifica afirmaciones como las siguientes: «...completamente separados espacialmente de los países pobres, podremos seguir viviendo explotando a las tres cuartas partes de la humanidad, acallando nuestra conciencia con el mito de la ayuda y con la respuesta emocional a ciertas catástrofes, sin que se nos permita el acceso a las 'zonas negras' y sin permitir el acceso de los 'negros' a nuestras zonas de prosperidad, más que en la medida en que lo exige nuestra misma prosperidad».

8. R. ESTEBAN, «La CEE y el 'desorden internacional'»: *Iglesia Viva* 142 (1989), p. 353.

9. *Ibid.*, p. 354.

Las voces de la cananea y de la viuda tienen en común algo muy importante: ambas fueron eficaces gracias a su tenaz insistencia. Y esto debería hacernos pensar que los cristianos no somos lo suficientemente «incordiantes». Si el secretario de Estado para la Cooperación internacional puede afirmar que «el Gobierno español no se siente presionado por la opinión pública para que incrementemos los fondos dedicados a la cooperación con los países más pobres, y una política no puede hacerse en el vacío»¹⁰, eso quiere decir —engaños aparte— que estamos siendo culpablemente tibios y tímidos a la hora de reclamar a tiempo y a destiempo el que se dedique al menos el 0,7% del P.I.B. a la ayuda al desarrollo. Y esto no es más que un ejemplo...

Nos queda mucho que aprender de la cananea y de la viuda y de su impertinencia. Hoy tendríamos que tomar el relevo de ellas para no permitir que se olvide que los emigrantes extranjeros viven su explotación muy cerca de nosotros; que la gente de las cárceles sigue en condiciones infrahumanas; que las bolsas de pobreza en nuestro país siguen creciendo...

Aquellas dos mujeres no consideraron «inevitable» ni «irremisible» la situación en que se hallaban, y utilizaron lo único que tenían, la voz, para interferir en la conciencia de otros y transformar su actitud.

Todos sabemos hoy que la pobreza no es un destino inevitable, sino resultado de omisiones políticas y sociales; tenemos en nuestras manos y en nuestra voz la responsabilidad de empeñarnos en invertir el curso de los acontecimientos. Nadie puede eximirnos de «estar presentes, sin esquivas neutralidades, allí donde las fuerzas contrarias al reino del amor y de la vida violan los derechos de los hombres, hermanos nuestros»¹¹.

10. *El País*, 23-I-1990.

11. G. GUTIÉRREZ, «Cómo hablar de Dios desde Ayacucho»: *Concilium* 227 (enero 1990), p. 141.

No podemos resignarnos a que cada vez sean más las personas que se ven empujadas al margen o hacia abajo, porque «hay una alternativa a la pobreza (y a la riqueza), y es la comunidad: esa ayuda mutua que es el principio de la vida»¹². De ahí la importancia de recordar a otro grupo de mujeres:

Las mujeres que seguían a Jesús asistiéndole con su bienes

Este grupo de mujeres desempeña en el evangelio de Lucas (8,3) el papel de una especie de contrapeso con respecto a la figura del joven rico, que no se decidió a seguir a Jesús porque no estaba dispuesto a renunciar a sus bienes (Lc 18,22).

Estas mujeres vienen a recordarnos que, entonces como ahora, el Evangelio pasa irremisiblemente por nuestras carteras, por nuestras cuentas corrientes y por nuestro nivel de vida.

Nadie es tan ingenuo como para ignorar el poder que tiene el dinero para corromper, para engañarnos, para cerrarnos a los demás... y para comprometer nuestra vida. Las decisiones que tomamos respecto al uso de nuestro dinero son otros tantos juicios morales a propósito de las cosas. Nuestros gastos expresan cuáles son nuestros valores y nuestros compromisos, y determinan nuestra manera de acercarnos a la vida de los demás y de estar presentes en la sociedad.

Tenía razón Ignacio de Loyola cuando hacía pasar todas las «elecciones» del ejercitante por el terreno económico. Las opciones en este sentido suelen ser mucho más elocuentes que las palabras. Por eso, finalmente, nos acercaremos a

12. J. MOLTMANN, «¿Tiene futuro la sociedad moderna?»: *Concilium* 227 (enero 1990), p. 73.

Las mujeres que ungieron a Jesús con perfumes

Un mundo como el nuestro, inmunizado contra la palabra y que huye de los discursos míticos y de las retóricas repetitivas, es sensible, sin embargo, a los signos que acompañan a las palabras y necesita símbolos que interpreten y den sentido a su existencia.

Por eso nuestra mirada se vuelve hacia las mujeres que, a lo largo de los evangelios, se relacionaron con Jesús, no con palabras, sino con el gesto silencioso de derramar sobre él sus perfumes:

— aquella mujer pecadora que, estando Jesús en casa de Simón el fariseo, «llegó con un frasco de perfume de nardo auténtico muy caro, quebró el frasco y se lo derramó sobre la cabeza» (Mc 14,3);

— aquella otra mujer que en Betania, seis días antes de la Pascua, «tomó una libra de perfume de nardo puro de mucho precio y ungió con él los pies de Jesús, secándoselos con sus cabellos» (Jn 12,3);

— las mujeres que, el primer día de la semana, de madrugada, acudieron al sepulcro con aromas para embalsamar a Jesús (Mc 16,1).

En los tres casos se trata de gestos nacidos más del apasionamiento que de la reflexión, y mucho menos del cálculo.

El perfume que se derrama

En los tres casos hay una desmesura y una ruptura de límites que desafían la mirada cicatera de quienes lo contemplan desde su pragmatismo ponderado.

¿Adónde van corriendo en medio de la noche? ¿A qué viene ese derroche?, preguntarán siempre los que nunca han tenido noticia de la locura de los que aman; los ciudadanos de un mundo en el que, como dice Jeremías, «ha cesado la

voz alegre y la voz gozosa, la voz del novio y la voz de la novia, la fragancia del perfume y la luz de la lámpara» (Jer 25,10 [LXX]).

Pero es más fácil acallar voces que sofocar un aroma: «la casa entera se llenó de la fragancia del perfume», observa Juan.

Y es que ese modo de hacerse presente recuerda las «viejas costumbres de Dios» y nos enseña algo sobre el modo de anunciarlo nosotros hoy. «Tu nombre es un perfume que se derrama», leemos en el Cantar de los Cantares (1,3). Es decir, no es una doctrina que se impone ni la palabra que le queda a un crucigrama sin acabar. No es una obligación que estamos forzados a aceptar ni un tranquilizante que nos evite las preguntas e incertidumbres, ni una garantía para morir en paz.

Se hace presente en nuestra vida por caminos que ignoramos, como un «más» gratuito, como un regalo inmerecido, como una posibilidad ardiente y peligrosa...: como un riesgo maravilloso. Un tesoro que se encuentra escondido en el campo, dirá Jesús.

Lo único que nos toca a nosotros es romper el frasco o seguir sosteniendo en nuestras manos una pequeña luz, en la tensa espera de una noche en que la madrugada parece retrasarse.

Porque ése puede ser el gesto silenciosamente elocuente que grite, más allá de nuestras palabras, ese Evangelio que funda nuestra esperanza.

Hay muchos hombres y mujeres «mirando desde lejos», como aquellas de las que han conservado la memoria los tres Sinópticos (Mt 27,55; Mc 15,10; Lc 23,49) y que asistieron a la crucifixión.

Una sociedad que aplica la razón a cada esfera de la vida, que lo somete todo a una crítica implacable, que deriva hacia la insolidaridad y la indiferencia, que vegeta ensimismada en su propio bienestar, que se hunde en el pesimismo y la pa-

rálisis..., sólo levantará la mirada hacia quienes intuye que, de alguna manera, están vitalmente transformados y afectados, atravesados, por la pasión de la alteridad y por la fuerza de la esperanza.

En tiempos de desencanto, lo que atrae y asombra es que haya gente capaz de realizar gestos arriesgados nacidos del reconocimiento desbordado de gozo de tener una historia de relación con Dios y haber sido seducidos por Él.

Ese encuentro permite apostar, ya en el presente, por un futuro que tiene toda la fragilidad de lo que aún no existe y de lo que no es demostrable ni manipulable: esperar la llegada de un dueño que siempre se retrasa; negarse a dejar a nadie por imposible; aguardar con una confianza terca y activa de que en uno mismo y en los otros sigue viva la semilla del Reino...

Quizá no tengamos a nuestro alcance más que gestos mínimos; pero es el poder desconocido de esos gestos tan desvalidamente humanos, tan desconcertantes e insólitos, lo que puede conseguir que en otros broten preguntas, se alumbrén fuentes olvidadas, se vuelva a abrir la herida sangrante de una ausencia...

«Mirarán al que traspasaron», dice Juan (19,37) recordando la vieja sentencia de Zacarías (9,9). Y es que, tanto en tiempos del antiguo profeta como en tiempos del evangelista, en este hoy que es el nuestro y en ese futuro en el que Dios sigue viniendo en nuestra busca, la marca más verdadera de su presencia van a seguirla teniendo aquellos que consientan dejarse traspasar por la utopía de su Evangelio.

«¿Qué mujer no enciende
una luz y barre la casa...?»

(Lc 15,8)

Leer la Biblia con ojos femeninos es una tarea para la que necesitamos, como la mujer de la parábola de Lc 15, un buen candil y una escoba. O una linterna halógena y una aspiradora, que ya estamos casi empezando el siglo XXI. (Y más de uno dirá: «¡Eso, eso es 'lo suyo'! ¡Menos mal que las mujeres vuelven a sus tradiciones, que últimamente se están poniendo muy pesadas con lo del reparto igualitario de tareas...!»).

Y es precisamente por eso, por volver a «nuestras tradiciones», a aquel *principio* perdido de que nos habla Mt 19,8 («...por lo incorregibles que sois, por eso os consintió Moisés repudiar a vuestras mujeres, pero *en el principio no fue así*»), por lo que necesitamos una buena luz que nos haga *lúcidas* a la hora de leer la Biblia, y una escoba con la que barrer tanto polvo acumulado, tantos residuos muertos que ocultan la valiosa moneda que andamos buscando.

Para poner manos a la obra, sugiero nueve verbos de acción como camino concreto para emprender esta nueva lectura de la Biblia «con ojos de mujer»: *reconocer, sospechar, indignarnos, sonreír, acoger, renombrar, recordar, actualizar y celebrar*.

1. Reconocer

Reconocer sencillamente, y sin seguir lamentándonos por ello, que la Biblia no es un libro «neutro», sino que está escrita por hombres, miembros de una sociedad gobernada y dirigida por ellos, en la que las mujeres vivían siempre en una situación «subalterna». Su punto de vista es, por lo tanto, inevitablemente androcéntrico, lo cual no debería escandalizarnos, porque forma parte de la «encarnación de la Palabra» en nuestra fragilidad humana.

Lo que ocurre es que reconocer esto nos permite acercarnos a la Biblia sabiendo que las mujeres tienen en ella un papel casi invisible y marginal y suelen aparecer definidas por su función (madres, esposas, vírgenes o viudas) y referidas, por tanto, a los hombres.

En el AT vemos a la mujer como un ser humano devuelto que pertenece a su padre y luego a su marido, que no recibe instrucción y cuya principal misión consiste en parir muchos hijos y cuidar del hogar. Estaba equiparada a los miembros más marginados de la época: paganos, ignorantes, niños y esclavos.

En el NT es cierto que la fuerza liberadora de Jesús transforma su situación, pero poco después su presencia, tan activa en los primeros tiempos de la Iglesia, se va difuminando y vuelve a ser confinada en la sombra, en funciones secundarias, subordinadas e irrelevantes.

Por eso hay que aceptar, de entrada, que tendremos que hacer un esfuerzo para buscar y encontrar las huellas de su presencia y de su experiencia.

Las feministas post-cristianas se niegan ya a hacer este esfuerzo y rechazan la Biblia, porque ven en ella el origen de la opresión y marginación de la mujer en el ámbito de la tradición judeo cristiana. Una conocida teóloga feminista dice que habría que poner una etiqueta en cada Biblia que avisase: «¡Cuidado! Puede ser peligrosa para la salud y la supervi-

encia femeninas». Pero ella misma reconoce que mucho de la experiencia de liberación de las mujeres puede nacer de su encuentro con la Palabra¹.

2. Sospechar

Es éste uno de los principios básicos de la hermenéutica feminista y lleva a no aceptar pasivamente el texto y a hacernos preguntas como éstas:

— ¿Son sólo los textos los culpables de la mala imagen bíblica de la mujer o no lo serán también los ojos enfermos de ideología con que se han leído durante siglos?

— ¿No se habrá hecho una lectura interesada, sacando de antemano las conclusiones que ya de antemano se había decidido obtener?

— ¿No se habrán distorsionado las imágenes, convirtiéndolas en principios teológicos? Un ejemplo típico es la utilización de Gen 2,21-24 para considerar como *dato revelado* la inferioridad de la mujer, sacada de la costilla del hombre, legitimando así legislaciones discriminatorias.

— ¿No se ha leído desde la perspectiva de que lo *perfecto y ejemplar* es el sexo masculino, mientras que el femenino es secundario, auxiliar e instrumental, porque ése es el «designio de Dios»?

Un ejemplo de esta «sospecha en acción» lo encontramos en un análisis crítico del leccionario litúrgico, que revela el talante androcéntrico que ha influenciado en la elección de los textos y en la relación entre las lecturas y el Salmo. Cuando aparecen mujeres, siempre lo hacen junto a actores masculinos, nunca como agentes de su propio crecimiento.

1. E. SCHÜSSLER-FIORENZA, «Our Right to Choose or to Reject. Continuing our Critical Work», en (Russell) *Feminist Interpretation*, p. 130.

La única excepción la constituyen los textos sobre el matrimonio, que enfatizan el rol procreador de la mujer. Incluso cuando se lee la historia de un personaje femenino como Rut (sábado de la XX semana del tiempo ordinario), donde ese tema no es más que marginal, es la maternidad lo que se celebra en el Salmo responsorial, y la felicitación se desvía hacia el marido:

«Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor.
¡Dichoso el hombre que teme al Señor
y sigue sus caminos!

Tu mujer, como parra fecunda en medio de tu casa...»
(Sal 127).

Hay muchos personajes femeninos muy significativos que brillan por su ausencia del leccionario; en cambio, se siguen leyendo textos que piden silencio y sumisión a las mujeres, aunque hoy es reconocido por todos que no pueden ser considerados como centrales en el pensamiento de Pablo².

Sospechar, como vemos, es un verbo un tanto incómodo y destabilizador, pero realmente necesario.

3. *Indignarnos*

Con la misma indignación con que vemos en la TV o en la realidad los rostros de mujeres maltratadas. Con la que sentimos al leer algunas sentencias en juicios de violación. Con la que nos invade ante la imagen de mujer que nos da la publicidad o las actitudes machistas en nuestra sociedad.

Y es que resulta sano (o, por lo menos, mejor que su contrario, que sería ocultarnos o reprimir nuestros senti-

2. JUAN PABLO II, en la Carta Apostólica *Mulieris Dignitatem*, reconoce que el texto de Efesios; «Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos...», hay que entenderlo como «sumisión recíproca en el amor de Cristo». Pero no suele ser así como lo oímos comentar en las homilias...

mientos) el dar en algún momento rienda suelta al enfado que produce la lectura de algunos textos, y no sólo por lo que revelan de humillación de mujeres concretas, sino porque se convierten en arquetipos de cómo siguen siendo humilladas hoy.

Sea lo que sea lo que nos diga una lectura histórico-crítica de las tradiciones sobre Sara, obligada a mentir negando su condición de esposa de Abraham para proteger el miedo de éste (Gen 12,11-13), la expulsión de Agar (Gen 21,1-21), la violación de Dina (Gen 34,1-3) y la de Tamar por su hermano Amnón (2 Sam 13,1-22), la hija de Jefté, sacrificada por su padre por cumplir un voto (Jue 11,29-38), el relato estremecedor de la violación y muerte de la mujer del levita en Guibeá (Jue 19), las leyes sobre el apedreamiento de las muchachas que habían perdido la virginidad (Dt 22,20-21), las extranjeras casadas con israelitas y despedidas junto con sus hijos con motivo de la legislación post-exílica (Esd 8-9)..., la realidad es que los textos están ahí sin más explicación, y las mujeres los leemos y nos horrorizamos por lo que quizá pasó, pero, sobre todo, por lo que sigue pasando en tantos lugares de nuestro mundo.

Nos indignamos también por la parcialidad de las lecturas que se nos han impuesto sobre tantos otros pasajes:

— porque se han confundido dos planos: el de los *principios*, (es decir, el de la *verdad*: que la mujer es semejante al hombre: Gen 2,18; que «en Cristo ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, varón y hembra...»: Gal 3,28) con el de la *realidad*: el que, en la práctica, la mujer está sometida al hombre. Y se llega a pensar que ésa es la «voluntad de Dios» y no el fruto del pecado humano;

— porque se ha hecho, a lo largo de la historia, una *lectura selectiva* de aquellos textos que podían grabar mejor en las conciencias, también de las mujeres, las imágenes y expresiones que confirmasen el funcionamiento de una sociedad configurada según las categorías masculinas.

— porque se han utilizado esos textos para identificar *femineidad con subordinación* y para confinar a la mujer en el ámbito de la tentación y de la culpa³.

Tenemos buenos ejemplos de indignación en la Biblia, y no viene mal echar mano de alguno de ellos:

«Dijo el Señor a Jonás: ¿Vale la pena irritarse por lo del ricino? Contestó él: ¡Vaya si vale! Y mortalmente» (Jon 4,9).

También nosotras, las mujeres, tenemos derecho a irritarnos mortalmente por cómo han sido tratadas hermanas nuestras en el pasado, y a convertir esa indignación en fuerza operativa dirigida a un presente que nos sentimos llamadas a transformar.

4. *Sonreír*

Es una convicción mía muy antigua la de que el feminismo necesita desarrollar mucho el sentido del humor y cultivar un talante, no de «desterradas hijas de Eva», sino de «hijas de Sara la risueña». No adelantamos nada con ironías amargas ni con ceñudas agresividades; más bien, lo que hacemos cuando nos comportamos así es «dañar a la causa» y alejar de ella a gente de buena fe que no puede sentirse atraída a luchar por algo que prevé va a hacerle ir por la vida con una cara de avinagrado disgusto.

Esto parece estar en contradicción con el *indignarse* anterior, pero no creo que sea así, por aquello de que acertamos mejor, no cuando tratamos de encontrar un tibio equilibrio

3. En el diálogo de una ponencia mía sobre «Mujer y Biblia» en la Semana Teológica de León de 1989, un sacerdote visiblemente irritado me reprochó que no hubiera mencionado a «la mujer como tentación». El Espíritu Santo (que, por cierto, es un término femenino en hebreo...) vino en ayuda de mi memoria, y le recordé con dulzura que, según el NT, parece ser que a Jesús quien le resultó «tentación» fue Pedro y su manera de pensar... (cf. Mc 8,33).

entre dos extremos, sino cuando intentamos vivir hasta el fondo cada uno de ellos.

Hay posibilidades de sonreír al leer la Biblia, y quizá la más fácil sea la de leer las maliciosas y super-misóginas sentencias de algunos textos sapienciales (Eclo 25,13-26; 26,5-12; 42,14; Ecle 7,26-28; Prov 21,9; 27,15...). O las de algunos textos de la escuela de Pablo (1 Tim 2,9-15).

Lo que provoca sonrisa es lo que se oculta debajo de esas expresiones de desprecio hacia la mujer: el miedo varonil ante aquello que se desconoce, el temor inconsciente ante el misterio de la mujer; el rechazo inconfesado de una consistencia y una fuerza que le inquietan, porque escapan de su control, junto al eterno sueño masculino de prevalecer y dominar⁴.

La mujer es «la maldad»; y hay que empujarla dentro de un recipiente y poner encima una tapadera hermética, no sea que vaya a escaparse y perjudicar a algún piadoso varón distraído (cf. Zac 5,5-8).

Quizá sea la capacidad de sonreír la que nos indique «cómo leer la Biblia siendo mujer y no morir en el intento...».

5. *Acoger*

En el ámbito feminista, es ésta una expresión más bien denostada, quizá porque resuenan en ella las famosas «peculiaridades» de lo femenino: receptividad, pasividad, escucha silenciosa, mansa disponibilidad...

Lo que ocurre es que el haber padecido la utilización interesada de esas atribuciones y su consiguiente deterioro no parece motivo suficiente como para abominar de ella,

4. L. MONLOUBOU, «Modernité de la femme biblique»: *BullLitEcl* 182 (1981), pp. 244ss.

porque la realidad es que la capacidad de recibir es una de las actitudes relacionales más ricas y menos «prescindibles», si queremos vivir como creyentes: la fe nos convierte fundamentalmente, ya seamos mujer o varón, en «oyentes de la Palabra».

Si la situación vivida por las mujeres durante siglos nos ha configurado como más receptivas y acogedoras, esa suerte hemos tenido, esa suerte tenemos ahora. Porque seguramente nos va a resultar más fácil consentir a esa fuerza de libertad y de vida que, como una corriente subterránea, atraviesa toda la Escritura.

La actitud de *acoger* nos arrastra dentro de esa corriente y nos permite encontrar en los grandes temas bíblicos del éxodo, el desierto, el exilio, la tierra que mana leche y miel, la Pascua, la alianza, el banquete fraterno en el que se enjugarán las lágrimas de todos los rostros..., el dinamismo que impulsa a todo ese pueblo que somos hacia un horizonte de común libertad.

Las «fuentes tranquilas» hacia las que nos guía el Pastor y los «prados de hierba fresca» son también el «nuevo orden relacional», aún por conquistar, en el que cada ser humano pueda realizarse plenamente sin distinción de sexo y viva en una relación dialogal de comunión y de alteridad, de acogida y superación de diferencias.

Los símbolos bíblicos nos ofrecen memoria y proyecto para recorrer ese camino; hay en ellos una semilla utópica capaz de sacarnos fuera de las posturas de estaticidad y conservadurismo y de alojar en nuestras entrañas una esperanza más fuerte que cualquier desánimo.

Pero no podemos caer en la tentación de hacer también nosotras lecturas selectivas, quedándonos solamente con lo que nos parece que está «a favor» de la causa de lo femenino y abre caminos para reivindicarlo. Porque podemos equivocarnos a la hora de determinar cuáles son esos caminos y no elegir los mismos que la revelación bíblica nos señala:

— el del poder misterioso de la vulnerabilidad, que va desde el Siervo de Yahvé (Is 53) hasta el costado atravesado de un crucificado galileo (Jn 19,31-37);

— el de la preferencia de Dios por lo pequeño y lo que parece no ser significativo, y que está presente, desde Débora, Judit, Ana, Susana y Ester, hasta María de Nazaret;

— el de la gratuidad de un amor que «no busca lo suyo, ni se exaspera, ni lleva cuentas del mal, sino que disculpa siempre, se fía siempre, espera siempre, aguanta siempre» (1 Cor 13,4-7), porque es eso lo que ha aprendido del Maestro, y él es la referencia definitiva, más allá de cualquier ideología.

6. Renombrar

Sabemos que los nombres y los títulos de Dios que predominan en la Biblia son masculinos: es Señor, Padre, Pastor, Rey, Juez, Esposo... Promete un Mesías y no una Salvadora; habla preferentemente a través de profetas y no de profetisas. El antropocentrismo es expresado en términos de androcen-trismo.

Señala E. Jacob⁵ que no hay apenas lugar para la femineidad de Yahvé en la religión de los padres ni en las tradiciones del desierto. Será en la sedentarización en Caná cuando los israelitas se encuentren frente a una religión bien organizada, que comprende diosas, y esto provoca algunos problemas.

Encontramos los nombres de tres diosas de Ugarit en el AT, y un cierto sincretismo entre Yahvé y estas diosas estuvo más o menos admitido en el seno del yahvismo hasta que es frenado por la reforma deuteronomista. Observamos en Je-

5. EDMOND JACOB, «Traits féminins dans la figure du Dieu d'Israël»: *Alt. Or. und Altes Test. Mélanges M. Delcor* (1985), pp. 222-230.

remías cómo los israelitas veían en el abandono de una compañera femenina de Yahvé una disminución de su poder, y reprochan al profeta por este hecho (Jer 44,16-20). Podemos concluir que las tentativas de asociar una «partenaire» femenina a Yahvé han acabado siempre en el fracaso, ante el credo fundamental de Israel: «No tendrás otros dioses rivales míos... porque soy un Dios celoso» (Ex 20,3-4).

Lo que se ha señalado poco, hasta el comienzo de la exégesis hecha por mujeres, es la existencia de un lenguaje que evoca también el rostro femenino de Dios. Sin hacer una lectura tendenciosa, que acabaría en pistas falsas, es importante aprender a pensar en él y a nombrarle también desde esa parte de lo humano que es lo femenino y que refleja, junto con lo masculino, la imagen del Dios «que habita en una luz inaccesible».

Éstos serían algunos caminos:

— Recordar que, cuando Dios quiere manifestarse al hombre y a la mujer, cuando quiere que su pueblo le reconozca y envía a sus profetas para comunicar su deseo, desaparece «ÉL» para revelarse un «TÚ»⁶. Se revela siempre como un Dios relacional, un Dios que está siempre con su pueblo, y esa relación aparece siempre como más importante que su unicidad o su soberanía. Esta relación de alianza, expresada con frecuencia bajo la imagen del matrimonio, toma otras veces la forma y el vocabulario del amor maternal: la raíz *rhm*, que designa a la vez el útero y la ternura materna, es uno de los términos más empleados para calificar a Yahvé (*raham*, *rahamim*) (Ex 34,7 y *passim*) y lo designa, por tanto, como ese ser en el que nuestra vida es generada, acogida, protegida y alimentada para que pueda crecer hasta salir a la luz.

Podemos encontrar sus rasgos, desde los libros proféticos (Os 11,1-9; Is 42,13-14; 40,14-15; 66,13; Jer 31,20...), hasta

6. MARIOLA LÓPEZ VILLANUEVA, *Imágenes femeninas de Dios en los profetas*, p. 2.

el NT, en el que Jesús se sitúa en la línea de Oseas y Jeremías y habla de la sombra protectora de las alas de un ave que defiende y acoge a sus pequeños (Mt 23,37; Lc 13,34).

A partir de esto, es evidente que está justificado el dirigirnos también a Dios como «Madre nuestra que estás en el cielo...».

— Redescubrir el Espíritu (*ruah* en hebreo es femenino)⁷ como la presencia de Dios que, desde el Génesis a Pentecostés, es portadora y «causadora» de vida y de movimiento.

— Releer el libro de la Sabiduría, en el que encontramos la actividad divina expresada con imágenes femeninas: es una presencia creadora y re-creadora de vida; es la compañera y guía del pueblo en su peregrinar a través de la historia. Se nos revela también aquí la actitud relacional como vía privilegiada del «conocer»: interés por todo lo humano, accesibilidad y sencillez, importancia de la corporalidad, cercanía, vulnerabilidad y gozo.

7. Recordar

Hacer memoria de esos nombres de mujeres anegados por una presencia mayoritaria de hombres, detenemos en los textos en que se las nombra, hasta familiarizarnos con ellas, hasta rescatarlas del olvido y de la insignificancia: Sara, Agar, Rebeca, Raquel, Lía, Dina, Tamar, Séfora, Rahab, Jael, Rut, Noemí, Betsabé, Micol, Abigail, Hulda, Juana, Susana, Lidia, Damaris, Priscila, Febe... Nuestra «cultura bíblica» estará incompleta mientras no logremos tener localizada a cada una.

Y, al releer las narraciones en que ellas son protagonistas, descubrimos algo precioso: que, cuando un autor bíblico ha-

7. J.G. WILLIAMS y otros, «Yahveh, Woman and Trinity»: *Theology Today* 32 (1975), pp. 234-242.

bla del Dios que quiere mostrar su gloria y la fuerza de su amor que se manifiesta en la debilidad, elige a mujeres. Quizá esto resulte duro de oír para los oídos del feminismo radical, pero lo que ocurre es que Débora, Ester, Judit, Ana, María de Nazaret, María Magdalena... son el símbolo de lo humano en cuanto acogida, en cuanto transparencia que permite que la acción de Dios se revele y se comunique, sin las interferencias provocadas por la suficiencia y las pretensiones de poder, saber o dominar, tantas veces personificadas en lo masculino.

Acostumbrados a leer e interpretar el NT a través de ojos masculinos (o «masculinizados»), olvidamos fácilmente que lo femenino forma parte del universo de Jesús desde sus cuatro «abuelas insólitas», Tamar, Rahab, Rut y la mujer de Urías, que irrumpen en su genealogía patrilinear (cf. Mt 1, 1-17) ¿Por qué ellas y no las ilustres matriarcas de Israel: Sara, Rebeca, Lía y Raquel, mucho mejor situadas que las otras en la tradición y en la línea mesiánica? ¿Las elige Mateo por «pecadoras»? ¿por extranjeras? Más probablemente, por «extravagantes»: todas ellas, como después María, dieron a luz «irregularmente» un auténtico hijo de David⁸.

De hecho, Jesús creció entre mujeres y, según los evangelios, tuvo una madre, «hermanas» y una pariente llamada Isabel. Al pie de la cruz, una hermana de su madre asiste a su agonía (María, madre de Santiago el menor y de José. Cf. Mt 27,56). Desde la profetisa Ana (Lc 2,36-38) a María Magdalena y «la otra María», las primeras en encontrar al Resucitado.

Están también otras mujeres, muchas de ellas anónimas, que en el NT aparecen como amigas, discípulas y seguidoras de Jesús, no por un mandato recibido, sino por la fuerza de su agradecimiento (cf. Lc 8,2)⁹. Las vemos acogidas por él

como personas que se comportan como personas. Que tuvieron iniciativa e impulso, lo sabemos por la reacción de los Doce, molestos e impacientes con ellas en muchas ocasiones. No aparece en ellas nada del «catálogo» de debilidades y vicios considerados «típicamente femeninos», y sí mucho del valor y «sangre fría» que se consideran «masculinos»¹⁰.

Su «rol», tal como nos las presentan los evangelios, no es pasivo como parecería corresponderles: hablan, se acercan a Jesús, toman la iniciativa de dirigirse a él, gritan, insisten, empujan, le siguen como discípulas itinerantes... Son admiradas y elogiadas por él, protagonistas de sus parábolas, fieles a él hasta su muerte.

En la mañana de Pascua, corren al sepulcro, «sobresaltan» a los discípulos, anuncian la resurrección. Las vemos activas y llenas de iniciativa en la vida de las primeras comunidades.

Llevamos demasiado tiempo leyendo el Evangelio «sin contar las mujeres y los niños» (Mt 15,38); y, como nuestra mirada se ha desenfocado, cuando leemos que envió a los 72 discípulos de dos en dos, sólo vemos parejas de varones, aunque sabemos que había mujeres que le seguían (Lc 8, 1-3). O seguimos repitiendo miméticamente: «según los sinópticos, no había discípulos junto a la cruz», olvidando que precisamente los tres señalan: «Estaban allí mirando desde lejos *muchas mujeres que habían seguido* a Jesús desde Galilea para asistirlo...» (Mt 27,55; Mc 15,40; Lc 23,49). Y el verbo empleado es *akoluzein*, el término técnico que emplean para hablar de *discipulado*.

El minucioso trabajo de muchas mujeres exegetas va precisamente por ahí: por recuperar la memoria perdida de muchas mujeres que se nos han hecho invisibles¹¹.

8. Ch. PERROT, *Los relatos de la infancia de Jesús*, Estella 1987, p. 22.

9. A. M.^a TEPENDINO, *What are Religious Experiences of Women?*

10. O. GENEST, «Évangiles et Femmes»: *Science et Spirit* XXXVII/3, pp. 275-295.

11. La obra más sobresaliente es la de E. SCHÜSSLER-FIORENZA, *En memoria de ella*, Bilbao 1989.

8. Actualizar

Pero recordar no es bastante, y para poco nos serviría la memoria si solamente nos llevara a hacer arqueología. Porque de lo que se trata es de que ese recuerdo nos anime y aliente para continuar la lucha contra todo lo que hoy sigue estando, dentro y fuera de nuestra Iglesia, en contradicción con el proyecto inclusivo del Reino instaurado por Jesús.

Hay que recobrar las tipologías bíblicas y ser capaces de pensar «tipológicamente», es decir, de descubrir conexiones y semejanzas entre las situaciones que nos ofrece la tradición bíblica y las nuestras, más abajo de las apariencias superficiales.

Tenemos que aprender a «dialogar» con la Biblia y sus personajes femeninos y encontrar en ellos las claves simbólicas que nos permitan identificarnos y re-nombrar nuestras experiencias a su luz, buscando en ellos impulso y esperanza¹².

9. Celebrar

No podemos olvidar que, lo mismo que nuestra tradición cristiana ha sido escrita, articulada y explicada por varones, también la liturgia está marcada por la huella de lo masculino como lo único existente. Y se ha empobrecido el encuentro del pueblo creyente con Dios al estar ausente el otro modo de celebrar que corresponde a la mitad femenina de la Iglesia (¿sólo la mitad?).

Quizá nos cueste caer en la cuenta, pero no es lo mismo invocar a Dios llamándole «Dios Todopoderoso y Eterno»

12. He intentado esa actualización en «Nuevas posibilidades del Evangelio para el mundo de hoy» (Foro «Home i Evangeli», Barcelona, marzo 1991. Está publicada en la revista *Foc Nou* de abril de 1991).

que acudir a él como «Padre y Madre nuestra que nos amas y nos das vida...» Y posiblemente le sintamos más cercano a nosotras si, además de llamarle «Dios de nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob...», probamos a invocarle como «Dios de Débora y de Judit», o a pedir su bendición así:

«Que nos bendiga el Dios de Débora, que prometió justicia a su pueblo;

Que nos bendiga el Señor, que se apareció a María Magdalena.

Que nos bendiga el Espíritu, que alienta con la novedad de su vida en nuestra comunidad de hombres y mujeres.

Y que nos dé fuerza para anunciar a todos la buena noticia de su resurrección».

Pero lo más importante, a pesar de todo, no es cómo celebramos, sino qué celebramos. Éstos serían algunos motivos:

— que la Biblia nos da la razón, porque se la da a lo débil, a lo pequeño, a lo libre de poder...;

— que podemos incorporarnos a un pueblo en éxodo y contar con la fuerza de un Dios que no soporta la opresión de ninguno de sus hijos o hijas;

— que la fuerza liberadora de Jesús sigue viva entre nosotros, rompiendo odres viejos de viejos modos de relación y ofreciéndonos el vino nuevo de una nueva situación relacional.

Para terminar, una «tipología» de las que sugería antes y que puede resumir todo lo dicho hasta ahora: podríamos intentar reconocernos en aquellas parteras egipcias de las que ha conservado memoria el libro del Éxodo y que dejaban con vida a los niños y niñas de las mujeres hebreas (cf. Ex 1, 8-22).

Durante mucho tiempo, nuestra lectura ha hecho justamente lo contrario: no ha dejado nacer a lo femenino, sino

que lo ha arrojado al río del olvido y la intrascendencia, de la no-significatividad.

Intentemos ahora «dejar nacer» a los personajes femeninos de la Biblia; escuchemos su llanto y sus cánticos; unámonos a su camino; sintamos su compañía y su impulso.

Y hagamos junto a ellas la experiencia de la libertad.

15

«Y la mujer se enderezó»

(Lc 13,13)

La narración del encuentro de Jesús con aquella mujer encorvada de la sinagoga, a la que enderezó, se ha convertido en un «lugar teológico» para las mujeres creyentes que andamos buscando remedio a nuestros «encorvamientos», sean del tipo que sean.

Y mi reflexión se centra ahora en el «sector-religiosas» o, para hablar en el lenguaje de la calle, en «las monjas», que es menos preciso, pero tiene más sabor popular.

Seguramente más de uno/a se preguntará: «¿Y por qué se sentirán 'encorvadas' las monjas, si ya están en todas partes y han espabilado tanto...?».

Como tengo poca fe en los argumentos ideológicos, que rara vez convencen a nadie, prefiero acudir a algunos ejemplos «documentales» que hablan por sí solos. Da lo mismo que no sean recientes, porque de entonces a ahora las cosas no han avanzado mucho a nivel de declaraciones, y sigue vigente lo de antes¹.

1. Los dos primeros no se refieren directamente a las religiosas, pero la realidad es que sus consecuencias inciden particularmente en nuestra vida.

El primero de dichos documentos es el *Motu Proprio «Ministeria quaedam»* sobre las «órdenes menores», en el que, después de hablar del deseo de la Madre Iglesia de conducir a todos los fieles a una participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas, precisa: «De conformidad con la venerable tradición de la Iglesia, la elevación a los ministerios de acólito y lector queda reservada a los varones». Y una se pregunta por qué no forma parte de la venerable tradición esta otra declaración de la *Gaudium et Spes*: «Cualquier forma de discriminación en lo que respecta a los derechos de la persona que se apoye en motivos de raza, de religión o de sexo debe ser suprimida y eliminada como contraria al plan de Dios» (n. 29).

El segundo es una significativa corrección que se hizo en el Sínodo sobre la Justicia en el mundo, de 1971, a la primera redacción del documento final, en el que se decía: «Insistimos en que las mujeres tengan una parte de responsabilidad y una participación iguales a las de los hombres en la vida social y en la Iglesia». En la votación final, quedó así: «Insistimos en que las mujeres tengan *su parte propia* de responsabilidad y de participación en la vida común de la sociedad, y también de la Iglesia». Como se ve, esa expresión —«su parte propia»— tiene el poder mágico de conseguir que cualquier declaración quede convertida en una de tantas afirmaciones «light» que no sirven para nada.

El tercer documento es de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, del año 1976, y dice así al hablar de las monjas: «Las hermanas sufren profundamente muchas veces, a la vista del estado de abandono en que se hallan las comunidades cristianas, amenazadas por una pérdida de vitalidad y hasta por la muerte, y piden que les sean confiadas mayores responsabilidades pastorales, movidas por esa angustia y *no por espíritu pretencioso*».

Llama la atención el que haya que hacer esa advertencia, que, por comparación, me recuerda dos pasajes del Antiguo Testamento: aquel del primer libro de Samuel en que, al narrar la unción de David, se dice de él que «era rubio, de

hermosos ojos y buena presencia» (1 Sam 16,12); y aquel otro del libro de Judit en que se dice que ésta «era bella de formas y de muy agraciada presencia» (8,4-8), y en el versículo siguiente se aclara: «...pero nadie podía decir de ella una palabra mala, porque era muy temerosa de Dios». O sea que, haciendo «exégesis salvaje», podríamos deducir que, si un hombre es guapo, todos contentos; pero si la guapa es una mujer, hay que apostillar inmediatamente, para que nadie se alarme, que es honrada e intachable.

Por lo que se ve, seguimos en el Antiguo Testamento. Un cura nunca levantará sospechas de «pretencioso» por tener responsabilidad pastoral; las monjas, en cambio, tenemos que pedirla humildemente y con cuidado de no romper el estereotipo que nos tiene asignado un servicio siempre dependiente, bajo la protección, la guía y la orientación de algún clérigo.

Somos teóricamente muy valoradas, porque somos útiles, trabajamos mucho (y bien, por lo general) y somos buenas agentes de pastoral; pero, salvo rarísimas excepciones, no solemos estar presentes en los niveles donde se toman las decisiones y las opciones estratégicas. Se nos ponderará mucho, por ejemplo, lo bien y lo deprisa que pegamos sellos, pero casi nunca se nos pedirá espontáneamente opinión sobre el contenido de los sobres; y, como se nos ocurra opinar sobre ellos, nos dirán que tenemos deseos de poder, que somos unas «suficientes» y que no sabemos colaborar sin tratar de sobresalir.

Menos mal que, en ocasiones, se nos confían tareas de envergadura, como, por ejemplo, en una Instrucción emanada de la Congregación para el Culto Divino, del año 1970, en la que se especificaba que es lícito a la mujer, entre otras cosas, «recibir a los fieles a la puerta de la iglesia y situarlos en los lugares para ellos preparados». Verdaderamente, no se explica de qué nos quejamos las mujeres, si ya podemos desempeñar misiones de tanta trascendencia como esa de «acomodadoras sagradas»...

Tres estilos de reacción ante «la causa de lo femenino»

En la vida religiosa femenina española, me parece que es poco frecuente la postura de *reivindicación feminista* radical.

En general, este tipo de reacción crea malestar, y yo reconozco que durante mucho tiempo he tenido la sensación de que entrar por ese camino suponía renunciar a valores medulares del Evangelio; me sonaba a reclamar el primer puesto en el banquete o a querer ocupar el lugar de los dominadores, y eso lo veo en contradicción con la «tendencia hacia abajo» de Jesús. Soy consciente de que todos, hombres y mujeres, vivimos con la tentación de convertir nuestro corazón en una pequeña cueva de bandidos en la que en seguida montamos nuestros tenderetes con viejos sistemas de pesos y medidas, de prudentes cálculos de más y menos, de lo que vale o no vale, de lo que es «estar arriba» y «estar abajo»... Y lo mejor que puede ocurrirnos en la vida es que la palabra de Jesús irrumpa como un vendaval en ese mercadillo y le dé la vuelta, con su sabiduría loca, a ese sistema de valores en el que nos refugiamos.

Si algo de eso nos ocurre, entonces resulta que el escalón de abajo se convierte en lugar de privilegio, lo que brillaba se vuelve opaco, y lo escondido aparece como un chorro de luz; lo que parecía grandeza se queda encogido y raquítico, y lo insignificante se revela como clave de sentido de las cosas. Pero, cuando parece que la mentalidad se desquicia, es cuando en realidad encuentra su verdadero quicio.

Por eso, una *segunda reacción*, que es la de muchas religiosas en todas partes, es lo que podría llamarse el «síndrome de Nazaret» y que se apoya en ese código secreto con el que Lucas concluye los dos primeros capítulos de su evangelio: «Bajó con ellos a Nazaret y les estaba sujeto. Y el niño crecía en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres» (Lc 2,52).

Descifrar este código supone encontrarse con la revelación de que el lugar del crecimiento es precisamente el de

abajo, y que es en la sujeción donde se da esa experiencia única de libertad que es la gracia y, con ella, la madurez y la sabiduría. Desde ahí resulta muy absurdo hablar de reivindicaciones, de reconocimientos y de derechos propios, y más si se vive cerca de gente que está padeciendo mil formas de conculcación de los suyos. Por eso hay muchas monjas a quienes su vivencia profunda de creyentes las lleva a aceptar con gusto el papel secundario, el servicio oculto, la no relevancia, la sumisión. Por eso se barre la iglesia, se lavan sin rechistar los corporales, se le plancha al párroco el alba, el mantel y todo lo que haya que planchar; por eso se arremete con el trabajo más abnegado y duro de la parroquia, aunque luego lo firme otro; se pegan sellos, se desempeñan funciones que no se reconocen a niveles oficiales, se está dispuesta a rellenar huecos o a ir a lugares adonde otros no quieren ir, y se lleva a la práctica lo que otros han proyectado en teoría. Se vive con toda normalidad una vida sin responsabilidad eclesial reconocida, en una complementariedad con el clero que es de sentido único.

Y todo ello con la misma naturalidad con que se llevaba, como es mi caso, una cofia de campesina bretona del siglo XVIII. Lo que ocurre es que, en un momento dado, la mentalidad cambia, y de pronto te das cuenta de que ir vestida de bretona no parece añadir nada al Reino de Dios, y te das cuenta a la vez de que el hecho de que las religiosas estemos «encorvadas» tampoco parece que sea el proyecto de Reino que tenía Jesús.

Y desde ahí se nos hace posible un *tercer tipo de reacción*. El Evangelio empieza a descubrirse más como un proyecto utópico que como una adquisición pacífica; más como una semilla inquietante que como un talento que se esconde y se queda bajo tierra.

Entonces, creer que el Reino es como la levadura supone creer que existe algo capaz de levantar esa masa tan mal amasada de la relación del hombre y la mujer dentro de la Iglesia.

Creer que el Reino es un vino nuevo supone creer que los viejos arquetipos de dominio de un sexo sobre otro pueden reventar y ser sustituidos por una nueva manera de relacionarnos, en reciprocidad y equivalencia.

Creer que en el Reino el Espíritu sopla como quiere y cuando quiere, supone creer que ese mismo Espíritu puede sacudir, como un viento impetuoso, todas las hojarascas de pretensiones, de autoritarismo, de falsa superioridad, de imposiciones...: de todo lo que no es fruto de la sencilla fraternidad, de la acogida de lo diferente, del reconocimiento admirado del misterio del otro...

Creer que el Reino es como la sal supone creer que es capaz de salar también esa sensibilidad creciente de la mujer hacia su propia dignidad, liberándola de todo lo que amenaza con pudrirla: la desconfianza, la dureza, la tentación de nuevos señoríos, la autoafirmación agresiva...

Ya no se trata de rivalizar por el poder ni de luchar por la emancipación: lo que crea el Evangelio es una gran espiral de inclusión, una danza que va invitando a todos los que están en el margen (las mujeres también) a venir y sentarse en círculo junto al hogar, que está en el centro, y desde ahí convertirse en compañeros y compañeras que comparten el pan.

Sólo una Iglesia que sea, por fin, una comunidad que viva verdaderamente su realidad humana de estar constituida por hombres y mujeres, podrá llamarse «católica» y decir de sí misma que es la Iglesia de Jesús.

Lo que realmente causa dolor, no es tanto la situación de la mujer dentro de la Iglesia cuanto, como dice Geneviève Esmenjaud, «ver reducida la misma Iglesia a su parte masculina, como un cuerpo que ha decidido vivir sólo con la mitad de sí mismo, con la mitad de sus posibilidades de amar, sentir, decidir, actuar... Una mitad siempre idéntica a sí mis-

ma, sin la novedad y la fecundidad que podría aportarle la otra mitad»².

Me parece muy expresiva esta imagen del cuerpo, quizá porque el ser de la mujer está hecho para tejer corporalidad, concreción y mediación sensible, y porque optar por ese lenguaje nos acerca más a la antropología bíblica.

Visión bíblica del hombre y la mujer

En la Biblia, las funciones esenciales del hombre y de la mujer (el pensamiento, la palabra y la acción) se designan por sus órganos: corazón, boca, manos³.

El *corazón*, con su correlativo exterior que son los *ojos*, expresa la intención profunda, la personalidad consciente, inteligente y libre del ser humano; su intimidad, su lugar oculto, su profundidad y su libertad. Todo ese mundo se expresa a través de la mirada.

La *boca* se abre para hablar, además de ser el órgano por el que se come y se besa. Comunica todo el decir del hombre y de la mujer. Su órgano correspondiente es el *oído*, que es la sede de la comprensión y el discernimiento.

Las *manos* son el órgano de la realización concreta, el signo de la acción humana. Los *pies*, que son su correlativo, expresan la forma de comportarse en la vida una persona, el camino que sigue.

Empleando estos mismos símbolos bíblicos, podemos buscar algunos ejemplos de esa bipolaridad que tiene todo lo humano.

2. GENEVIÈVE ESMENJAUD, «Le Royaume Divisé»: *Le Supplément* (1978), pp. 520ss.

3. B. DE GÉRARDON, *Le coeur, la langue, les mains. Une vision de l'homme*, Paris 1974.

Podemos decir que el corazón es el lugar del *Proyecto* y de la *memoria*, y que en los ojos puede predominar la *lucidez* o la *ingenuidad*.

La boca puede expresarse con el *clamor* o con la *canción*, y el oído puede prestar más atención a los *imperativos* o a la *persuasión*.

A las manos pertenece la *intensidad* o la *cotidianidad*, y los pies manifiestan la *urgencia* o la *serenidad* con que hacemos camino.

Al analizar las palabras que giran en torno a estos órganos, y aun a riesgo de simplificar demasiado, parece que el proyecto, la lucidez, el clamor, los imperativos, la intensidad y la urgencia suelen adjudicarse casi siempre a la masculinidad, mientras que la memoria, la ingenuidad, la canción, la persuasión, la cotidianidad y la serenidad son rasgos más típicamente femeninos.

La realidad es que, más allá de la biología, todo ser humano lleva en sí mismo esos elementos dinámicos; pero la historia y la cultura han ido polarizando esa riqueza y creando unos estereotipos que tienden a oponerse entre sí. La Iglesia (y al decir «Iglesia» me refiero ahora, no al pueblo cristiano, sino a aquellos que hablan en nombre de ese pueblo y en su lugar) se ha dejado atrapar por esos estereotipos, y no creo exagerado afirmar que casi siempre piensa, ve, habla y actúa de un modo eminentemente masculino.

En un nuevo sermón del monte, Jesús podría decirnos: «Si sólo valoráis las cualidades típicas del varón, ¿qué hacéis de más? También los paganos actúan así. Y si entre vosotros la mujer está en una situación de inferioridad y de subordinación, ¿qué hacéis de más? También entre los paganos la mujer es tratada así...».

Qué proponemos

Una propuesta alternativa a esta situación sería la de *superar la bipolaridad masculinofemenino* de estos símbolos, porque la única manera de estar menos en infracción con el proyecto

del Reino es que hombres y mujeres intentemos seriamente la complementariedad recíproca, el reconocimiento de nuestros límites y la acogida de nuestras diferencias.

Vamos a ir recorriendo cada una de esas categorías bíblicas desde este punto de vista, teniendo en cuenta, sobre todo, lo que sería más característico de la vida religiosa femenina.

a) Para que en el *corazón* se armonicen el *proyecto* y la *memoria*, las mujeres tendríamos que aportar nuestra manera característica de proyectar, que es menos racional y más intuitiva y que cuenta más espontáneamente con los ritmos lentos de la fecundidad y el crecimiento de todo lo que vive.

Creo que la vida religiosa femenina puede aportar su disponibilidad para entrar en proyectos colectivos, porque tenemos mucha costumbre de prescindir del protagonismo y de valorar el avance de todos por encima del individual. Pienso que en las monjas hay una mayor agilidad para pasar de los proyectos a las realizaciones: las decisiones no se complejizan tanto; y, mientras los hombres discuten la opción por los pobres, las monjas muchas veces están ya viviendo entre ellos con la mayor naturalidad.

Nuestro fallo está más bien en aquello que constituye nuestra riqueza, y nuestro tipo de sensibilidad nos lleva a vivir a veces una sobredosis de conflicto comunitario que puede bloquear la acción apostólica. Quizá ahí sí necesitamos la ayuda discreta de la objetividad masculina.

Las mujeres hemos aportado tradicionalmente a la sociedad y a la Iglesia el tesoro de nuestra *memoria*. Lucas caracteriza a María como aquella que conservaba todo en su corazón, y emplea la palabra griega «*syballousa*» para expresar el proceso simbólico que se daba en Ella de confrontación entre la Escritura y los acontecimientos. En la familia, es la madre la que guarda la memoria del origen, y en la vida religiosa femenina hay toda una sabiduría de orar, vivir y trabajar en común de la que la Iglesia no debería nunca prescindir. Pero nuestra memoria puede mantenernos exce-

sivamente atadas al pasado, y me parece que es leal agradecer el tirón hacia adelante que hemos recibido tantas veces de proyectos masculinos.

Dice Milan Kundera⁴ que parece como si existiera en el cerebro una región totalmente específica que podría denominarse «memoria poética» y que registra aquello que nos ha conmovido, encantado y hecho más hermosa nuestra vida. Quizá esa «memoria poética» pueda ser un punto de encuentro para lo masculino y lo femenino en la Iglesia.

b) No es fácil conjugar a la vez en la *mirada*, la *lucidez* y la *ingenuidad*. Los varones se han atribuido la primera por connaturalidad, y algunos se sienten en estado de lucidez infusa. A lo mejor por eso se sienten perpetuamente obligados a aconsejarnos, pastorearnos, amonestarnos y dirigirnos con su clarividencia.

Las mujeres somos lúcidas de otra manera: podemos captar más los matices y la complejidad de las situaciones, tenemos la mirada más conectada con las entrañas (siempre he pensado que un rasgo femenino de Jesús es aquello de que se le conmovieron las entrañas al ver a la gente como ovejas sin pastor; o cuando, después de la curación de la niña, dice que le den de comer...). A las mujeres nos es más fácil no perder el contacto con la realidad, quizá porque llevamos lo concreto pegado a los talones, y hasta las mujeres que son teólogas suelen tener que hacer cada día la comida. Esta capacidad de estar leyendo el último libro de teología sin olvidarse de poner a remojo las lentejas tiene un nombre erudito y muy propio de ponencia, que es el de *interdisciplinariedad*.

Por eso creo que es importante el que vaya habiendo cada vez más religiosas que estudien teología, porque será la manera de que ésta se una con la espiritualidad. La teología

4. MILAN KUNDERA, *La insostenible levedad del ser*, Barcelona 1984, p. 230.

tiene el peligro de ser un *logos* sin *pneuma* (el espíritu en la Biblia es femenino), mientras que la espiritualidad ha estado durante siglos carente de un mínimo de consistencia teológica. Ocurre algo parecido a lo del armazón de huesos secos que describe Ezequiel (37,1-14): estaban perfectamente ensamblados, pero les faltaba la carne. También a la teología, salvo honrosas excepciones, le sobra argumentación racional y le falta plasticidad y asequibilidad, que son cualidades de la carne; y no olvidemos que la Palabra tomó carne de una mujer para llegar a ser aquello que vieron nuestros ojos y palpamos nuestras manos.

La teología necesita con urgencia de lo femenino, porque los teólogos, con demasiada frecuencia, parecen tener vocación de ciclistas despegados del pelotón del pueblo cristiano. Casi nadie les sigue, y llega un momento en que desconectan totalmente del resto; pero ellos van pedaleando encantados en busca de no se sabe qué *maillot* amarillo que debe imponerles un serafín invisible...

La Iglesia se ha olvidado de la mistagogía, hasta ha borrado la palabra de su lenguaje; y hoy, que las monjas hacemos tantos planes de formación continua, tendríamos que saber distinguir a los *profesores* de los *maestros* y, en vez de acudir irremediamente a los teólogos del *maillot* amarillo, podríamos empezar a valorar a las maestras o mistagogas que hay entre nosotras, es decir, esas mujeres capaces de adentrarnos en el misterio de Dios sin perder el contacto con la tierra.

Pero, a la vez que la lucidez, es importante cultivar también en la mirada la *ingenuidad*. Soy consciente de que ésta es una palabra que se usa despectivamente y que es tópica para describir a las «monjitas», diminutivo horrible si los hay.

Sin embargo, estoy convencida de que la limpieza de corazón se transforma en ingenuidad al llegar a los ojos, y los hace capaces de ir más allá de la opacidad de las apariencias. Mirar con ingenuidad es creer que hay posibilidad

de reencantar la realidad; pero no recubriéndola de purpurina, sino creyendo tercamente que el humo de una mecha no es siempre signo de que ésta esté definitivamente apagada, y que la caña o la vida de alguien no está ya irremisiblemente quebrada, sino doblada, y aún puede enderezarse y mantenerse erguida.

Ésta es la ingenuidad con que María miraba la historia y le hacía ver ya, a pesar de todas las apariencias, la decisión de Dios de levantar a los pequeños, saciar a los hambrientos y crear una tierra nueva sin tronos ni pretensiones. Porque también Dios es ingenuo con nosotros y sigue creyéndonos capaces de conversión y de fraternidad. Y nosotros nos parecemos a Dios cuando guardamos la castidad de la mirada, que no consiste en llevar los ojos bajos, sino en mantenerlos libres de toda amargura, de toda negatividad, y siempre abiertos a descubrir el rincón de virginidad que se esconde en el corazón de cada hombre y de cada mujer.

c) Decíamos que la *boca* es el lugar del *clamor* y de la *canción*, y que, instintivamente, es lo primero lo que se asocia con lo masculino, porque evoca imágenes de fuerza, de grito y de rebeldía.

Cuando son mujeres las que lanzan el clamor, lo hacen en forma de canción: recordad a María, la hermana de Moisés, con su tamborcillo, junto al mar Rojo (Ex 15,21); a Débora (Jue 5,1-31); a María de Nazaret... Como señala René Laurentin⁵, el canto de triunfo de los pobres sobre el saber, el poder o la riqueza de este mundo está en boca de una mujer, la sierva del Señor, que, por ser mujer, carece de ciencia, de poder y de posesiones. Y todo ello se expresa como una canción y todo lo que hay en ésta de alabanza, de júbilo, de gratuidad, de sábado...

Creo que las monjas, durante tanto tiempo calladas, tenemos la posibilidad de decir una palabra nueva que nace

5. RENÉ LAURENTIN, «Jesús y las mujeres: una revolución ignorada»: *Concilium* 154 (1980), pp. 130-147.

precisamente del silencio. Uno de los campos en que nos movemos más frecuentemente es el de la catequesis, y es ahí donde podemos crear un lenguaje más pastoral que dogmático, más cercano a lo poético que a lo doctrinal, y una manera nueva de acercamiento al Evangelio.

(Y al decir «pastoral» no quiero rebajar el producto; me refiero al esfuerzo por «darlo a comer», en vez de encerrarlo en una lata, perfectamente esterilizada, pero hermética...).

En el terreno de las relaciones humanas podemos hacer avanzar la comunicación desde la experiencia y la profundidad, y la realidad es que la Palabra explicada por mujeres concierne a las mujeres, que sienten una especie de complicidad.

d) En la Biblia aparece con frecuencia la expresión «inclinarse el oído», pero el *oído* puede inclinarse más a los *imperativos* o a la *persuasión*.

El imperativo tiene las ventajas de la eficacia, la autoridad incontestable, la organización, la disciplina. Donde hay un orden jerárquico, unos mandan y otros ejecutan; unos actúan con la voz, y otros con el silencio. Los imperativos se mueven en categorías de grande-pequeño, superior-inferior, arriba-abajo, más-menos, yo-vosotros. La tormenta, el huracán, los torrentes, los incendios, son los imperativos de la naturaleza, y lo que en la Biblia podríamos llamar el rostro masculino de Dios aparece también con frecuencia en imperativo, y Dios se comunica a veces con los profetas como un fuego abrasador, como una voz oculta entre relámpagos y truenos, como un guerrero o un amante celoso o violento.

La *persuasión* comunica sin imponer, prefiere «hacer nacer», convence, da contenido material a lo que en el imperativo es formal. Se pronuncia con menos intensidad de decibelios, suele llegar de abajo arriba, es aparentemente menos eficaz, no exige respuesta inmediata, deja espacio al silencio, a la reflexión, a la opción libre. Se parece más a aquella brisa suave que oyó Elías o que preludiaba el paseo de Yahvé con Adán en el paraíso.

Una autoridad que no es sólo imperativa es una autoridad que pregunta, y las preguntas (las de Dios en la Biblia, sobre todo) tienen una fuerza persuasiva y están dotadas de un poder extraño que atraviesa el corazón: «Adán, ¿dónde estás?» (Gen 3,9). «¿Dónde está tu hermano?» (Gen 4,9). «¿Qué más podía haber hecho por mi viña que no haya hecho?» (Is 5,4)...

Cuando Dios trata de persuadir al hombre, se nos revela su rostro materno, esa forma suya asombrosa de respetar nuestra libertad, de invitar sin imponer, de ofrecer sin exigir, de dar sin forzar la aceptación.

Una Iglesia de signo masculino no transmite un Dios así, y sus medidas autoritarias, imperativas, disciplinares, quizá consigan sometimiento de súbditos, pero nunca obediencia de hijos. Cuando la curia romana intenta uniformar (en el sentido estricto de la palabra), homogeneizar y cuadrricular la vida religiosa femenina, ciertamente no puede ir más allá de una aceptación material de la letra, porque tenemos ya bastante claro que «en el Nuevo Testamento se habla de la esclava del Señor, pero no de la esclava del monseñor...»⁶.

En nosotras, tan acostumbradas a soportar imperativos durante siglos, va creciendo la memoria de ese otro imperativo misteriosamente olvidado del Evangelio: «Vosotros no os dejéis llamar 'señor mío', pues vuestro maestro es uno solo, el del cielo; tampoco dejaréis que os llamen 'directores', porque vuestro director es uno sólo, el Mesías» (Mt 23, 8-10).

Resulta evidente que a lo largo de la historia hemos sido incapaces de vivir este imperativo de fraternidad y hemos acudido a modos y títulos de autoridad que son radicalmente mundanos. (Sólo por interés puramente lingüístico, quiero hacer constar que no conozco a ninguna mujer a la que se apliquen los títulos de «eminencia reverendísima», «mon-

señora» o «prelada». Ni siquiera el de «archimandrita», que por terminar en *a* parece que nos estaría gramaticalmente destinado.)

Y ya que no desde el imperativo, sí al menos desde el deseo de persuadir en dirección a algo que nos parece más cercano al Evangelio, podríamos formular algunas preguntas que a lo mejor resultan molestas, porque ponen en entredicho la pacífica posesión de fórmulas usuales en algunos sectores clericales:

- El modo de ejercerse aún hoy la autoridad en la Iglesia ¿no está en contradicción con el precepto de su Señor? ¿No escandaliza a los sectores más «humanizados» y democratizados de nuestro mundo?
- En la formación que se da ahora en los seminarios, ¿se prepara ya a los futuros curas para que tengan un comportamiento de igual a igual con la mujer?
- ¿Por qué la masculinidad se ha convertido en una norma para alcanzar la plena condición cristiana?

e) Las *manos* caracterizan en el lenguaje bíblico el actuar humano. A las manos de los varones les ha correspondido tradicionalmente la cualidad de la *intensidad*, las tareas de importancia y de trascendencia, desde empuñar la espada hasta manejar la máquina. Las manos de la mujer parecen estar destinadas desde siempre a la *cotidianidad*, o sea, a eso que el carnet de identidad llama «sus labores». Lo digo con un enorme respeto, porque me parece una cualidad preciosa la capacidad de la mujer para relacionarse con lo efímero, con lo contingente, porque es una posibilidad de la vida humana que hemos desarrollado mucho más nosotras que los hombres eso de poner amor y ternura, y belleza también, en lo que no dura: en la comida, que desaparece en media hora; en la ropa, que se arruga inmediatamente; en el orden de la casa, que los demás se encargan de desordenar...

Las labores propias de las monjas han sido, durante siglos, bordar y hacer dulces, y eso ha durado hasta anteayer. Por

6. J.I. GONZÁLEZ FAUS, «Para una reforma evangélica de la Iglesia»: *Revista Catalana de Teologia* 1 (1986).

eso, a una Iglesia habituada a los monopolios le está costando tanto trabajo aceptar la incorporación del actuar de las religiosas en la vida eclesial.

Pienso que nuestras manos, precisamente porque están habituadas a lo aparentemente trivial de lo cotidiano, pueden ser expertas en inculturación, porque aprenden más fácilmente a adaptarse a lo concreto, a lo particular; están más despreocupadas por lo inmediatamente eficaz y son capaces de escribir con lápiz y con minúsculas aquello que otros tienden a escribir con tinta china y mayúsculas.

Y eso sin renunciar a una intensidad que en el Evangelio aparece en la mujer como derroche, esplendidez y ausencia de cálculo. No olvidemos que fueron las manos de María Magdalena las que rompieron el frasco de perfume que inundó toda la casa de olor a nardo (Jn 12,3), y las de la viuda pobre las que echaron en el cepillo del templo la segunda moneda, que era «todo lo que le quedaba para vivir» (Lc 21,1-4).

f) Los *pies* son otro símbolo del comportamiento humano, y nuestra forma de caminar expresa si lo que predomina en nosotros es la *urgencia* o la *serenidad*. En el Evangelio es la misma mujer que se sienta serenamente a los pies de Jesús la que corre hacia el sepulcro en la madrugada de Pascua (cf. Lc 11,38 y Jn 20,1).

Un arquetipo femenino mantiene a la mujer quieta en la casa, mientras el hombre sale a la guerra, a la caza o a la oficina. San Pablo, que en la carta a los Gálatas ha dicho que «ya no hay hombre ni mujer, todos sois uno en Cristo» (Gal 3,28), le escribe a Timoteo: «A la mujer no le consiento enseñar ni imponerse a los hombres; le corresponde estar quieta» (1 Tim 2,11-12).

Quizá por eso, lo que más molestaba a las autoridades eclesiásticas del tiempo de Santa Teresa era que ésta fuese inquieta y andariega, y por eso están creando hoy tanto conflicto y tensión los intentos de «descalzarse» que se están dando de manera creciente en la vida religiosa femenina.

Por eso, no creo que haya mejor servicio a la Iglesia hoy que el que le ofrecen las pequeñas comunidades de religiosas que empujan sus fronteras y la hacen presente allí donde está la verdadera urgencia, que es entre los pobres. Esos grupos son la avanzada en la tierra prometida, que sigue diciendo a la institución, más con su vida que con sus palabras: «Ésta es nuestra tierra; debemor ir».

A pesar de que esto, que A. Álvarez Bolado llama la «fuga de vírgenes hacia la periferia», es un fenómeno que tiene ya detrás bastantes años de experiencia, aún le extraña a mucha gente, y hace poco volví a leer una entrevista a una comunidad religiosa que vive en un barrio, y el periodista lo presentaba como una realidad sorprendente. Pensé que quizá dentro de unos años, a lo mejor, lo sorprendente y lo extraño será encontrar religiosas en zonas residenciales, y serán ellas las entrevistadas. Y repitiendo un ejemplo que para mí es muy gráfico, la verdad es que a nadie se le ocurre ir a preguntar a un marino que por qué está embarcado. Se supone que él diría: «porque es lo mío, y mi sitio está aquí, en el barco y en la mar...» Lo que es menos fácil de entender es que un marino esté en un despacho. Quizá, para que otros estén embarcados, alguien tiene que estar en el despacho o en una zona residencial. Pero ahí, más que en ningún otro sitio, hay que mantener la nostalgia de la mar.

Esta realidad coexiste junto a la tentación típicamente femenina de perfeccionar aquello a lo que nos dedicamos, aunque haya dejado de ser urgente. Cuando nuestros pies se estancan en esta actitud o cuando intentamos inventar necesidades o demostrar que existen allí donde han dejado de existir, la vida religiosa se va haciendo demasiado fácil, pierde su radicalidad y deja de ser en la sociedad esa «terapia de *shock*» de que habla J. B. Metz.

Pero, junto a la *urgencia* de ir, tenemos que saber unir la *serenidad* del permanecer. Es verdad que en la mujer existe una fortaleza especial para acercarse a los límites de la existencia humana y para soportar la imagen del hombre que sufre. Pero también es cierto que en esas nuevas formas de

inserción, a los grupos pequeños les faltan a veces puntos de referencia y estructuras de apoyo como las que teníamos para vivir muchas mujeres juntas en grandes conventos y en régimen de separación. Me parece urgente que las monjas hoy nos ayudemos a encontrar esta nueva sabiduría de vivir de un modo gozoso hacia dentro y creativo hacia fuera.

A pesar de los riesgos, ese empujar las fronteras conecta con los mejores deseos de la gente joven que se acerca a nosotras y que no nos va a preguntar si tenemos un buen plan de seguridad social para la vejez. Vendrán a la vida religiosa si pueden volcar su vida en el anuncio del Evangelio y en el servicio a aquellos que no cuentan en la historia.

Cómo hacerlo

Antes de terminar, quiero señalar, en un orden inverso al que he seguido, una serie de *estrategias, avisos y cautelas* a tener en cuenta en este «proceso de enderezamiento»:

a) La primera es insistir en que nuestros *pies* sigan siempre la dirección que marcan los pobres, porque ellos son el eje por el que pasan todas las liberaciones. Dice Gustavo Gutiérrez que, cuando el Señor venga a enjugar las lágrimas provocadas por el deseo de compartir los sufrimientos de los pobres, le mostraremos también nuestros pies sucios, y Él nos comprenderá, porque hoy, a la diestra del Padre, sus pies tienen tal vez algo del polvo de Galilea.

Es en esos caminos donde podemos situar el tema de la mujer en la sociedad y en la Iglesia, porque es ahí donde aprendemos a la vez la solidaridad y la resistencia paciente, la relativización de todo lo propio y el hambre y la sed por una causa que es siempre mayor.

b) La segunda tiene que ver con las *manos*, para que se afirmen en la postura de sostener, apoyar, valorar, colaborar con otras mujeres. Las monjas creo que hemos dejado atrás hace mucho tiempo los recelos de unas congregaciones hacia

otras, y hoy el trabajar juntas en muchas tareas es una fuente de enriquecimiento mutuo. Pero aún nos queda mucho en este darnos la mano para dar un paso adelante: pedir a una religiosa que nos dé los Ejercicios o los retiros, acudir a aquellas que entre nosotras son expertas en cualquier materia, pueden irnos curando de esos residuos de dependencias infantiles e irán convirtiendo nuestra relación con el clero en algo más fraternal, más de hermanos que se apoyan en la fe que de hijas que recurren para todo a un padre.

Algo parecido ocurre con la relación con mujeres casadas, que, a nivel personal, confieso que es una de las experiencias que más enriquecen mi vida: el comunicarnos unas con otras nos ayuda a liberarnos de idealizaciones, nos enseña mucho realismo y nos abre a otras maneras complementarias de estar en la vida.

c) La tercera va dirigida al *oído*, para que esté siempre dispuesto a aprender. Es una llamada apremiante a prepararnos, a formarnos, a hacer cada vez mejor lo que hacemos y a posibilitar el llegar a hacer lo que todavía no hacemos. Me parece que la situación histórica de inferioridad de la mujer es hoy la gran baza que juega a nuestro favor, porque estamos tan convencidas de que necesitamos siempre aprender, crecer, desarrollarnos y escuchar, que eso nos hace más libres de la suficiencia paralizante.

Dice Marifé Ramos, una teóloga amiga, casada y con hijos (qué alegría da poder decir ya esto...), que, como cada vez va habiendo más mujeres competentes en tantos terrenos, y además sin hacer ruido, va a pasar como en el juego del «escondite inglés»: los varones están distraídos y de espaldas junto a la pared y, mientras, las mujeres avanzamos silenciosamente. Cuando se vuelven y nos miran, puede ser un momento peligroso (en el juego, si el que avanza es visto, tiene que retroceder hasta la salida). Y es peligroso, porque muchos echan mano de San Pablo y, con la Biblia y las «venerables tradiciones» en ristre, suelen conminarnos a es-tarnos quietas, calladas y con el velo puesto. Nosotras, tran-

quilas, que en seguida se vuelven a sus cosas, y el juego sigue.

d) La cuarta se refiere a la *boca*, y es para animarla a la *parresía*, es decir, a aquella libertad de expresión que caracterizaba a la primera comunidad. Hay una palabra nuestra que tiene que oírse, aunque resulte incómoda y rompa la imagen de dulzura meliflua con que tantas veces se nos identifica. Dejar de citar y de remitirnos siempre a lo que dicen los hombres de Iglesia y aportar nuestra propia palabra, nuestra iniciativa, nuestra creatividad y nuestra intuición, traerá consigo, inevitablemente, entrar en conflicto y rechazar la tentación de ser siempre beatíficos remansos de suavidad. Hay que atreverse a recordar en el ámbito eclesial que en él todos debemos escuchar y todos tenemos que tener un espacio asegurado para hablar: en él, como dice L. Boff, tiene que haber un intercambio de saberes sin que uno busque dominar a otro...

e) La quinta tiene que ver con los *ojos*, porque creo que es en la manera de mirar donde se puede cultivar mejor el humor. Y eso hay que espabilarlo mucho, porque, cuando se abren los ojos a lo increíble de la situación de la mujer y de la religiosa en la Iglesia, corremos el peligro de dramatizar y de vernos y sentirnos como desterradas hijas de Eva, cosa que es nefasta. Yo sugiero, en cambio, ponernos bajo el patrocinio de Sara, la primera mujer que se rió en el Antiguo Testamento, y se rió nada menos que de las mismísimas palabras de los mismísimos ángeles. Sin embargo, nadie pareció enfadarse demasiado por ello, sino que el nombre de su hijo recuerda para siempre el buen humor de su madre (Isaac, en hebreo, viene del verbo reír...) (Gen 21,6).

¡Ojalá que, junto a la objetividad y la claridad de nuestros ojos, que ya no miran como dogmáticas e incontestables muchas afirmaciones y costumbres de nuestra Iglesia en su postura ante la mujer, sepamos hacer brillar en ellos la chispa del humor! Un humor que, como Isaac, es hijo de la paciente espera de quien sabe ir más allá de toda decepción, y de la

ternura de una sonrisa que es capaz de no quedarse en la simple ironía.

f) La última es una estrategia aparentemente a la inversa, porque consiste en recordar que el misterio del *corazón* humano reside en su capacidad de abrirse, de ser para otros, de exponerse a la herida que, junto con el gozo, trae consigo la alteridad. El pecado, en cambio, es la ausencia de herida, la indiferencia o las defensas con que nos protegemos de los demás.

Ser vulnerable es el secreto último de toda vida humana (no hay nada más vulnerable que el costado de un hombre crucificado...). No es una consecuencia de la fragilidad femenina; pero, en un mundo masculino que intenta olvidarlo, lo más originalmente fecundo que podemos aportar nosotras a la vida de la Iglesia es el ofrecimiento desarmado de todo aquello que puede completar lo que falta al Cuerpo en sus manos, en sus pies, en su boca, en sus oídos, en sus ojos y en su corazón. Y eso en la *gratuidad* y estando dispuestas a la pérdida del dar sin recibir.

Una vez más, parece que entramos en una relación de abajo arriba o en una complementariedad de sentido único, y alguien podría repetir a la inversa la reflexión de aquel discípulo: «Si tal es la condición de la mujer con respecto al varón, no trae cuenta arriesgarse».

Sí trae cuenta, porque el amor tiene mucho de transgresión de límites, de insensatez y de locura. Y fue Jesús el que dio la más misteriosa y la más clara de las razones: «El que pueda entender, que entienda» (Mt 19,12).

16

«¡Salid de Babilonia!»

(Is 48,20)

En una charla reciente con chicas universitarias sobre el tema «Cristianismo y liberación de la mujer», una de ellas dijo en el coloquio: «Me he quedado decepcionada, porque esperaba que nos hablastes de la liberación de la mujer, pero la mayor parte del tiempo lo has dedicado a describir su opresión...»

El comentario me hizo impacto, quizá porque me he declarado, desde siempre, enemiga acérrima del tono plañidero y ácido que acompaña tantas veces al discurso feminista. Pero, a pesar de mis esfuerzos, es evidente que los resultados no corresponden a mis intenciones.

En busca de un lenguaje persuasivo

Por eso, a la hora de reflexionar una vez más sobre el tema, me ha parecido urgente tratar de encontrar algún camino nuevo de comunicación, alguna forma de lenguaje que sea más persuasiva y convincente.

Es un intento que va más allá de mí misma y que creo tiene que ver con el género de discurso que empleamos las mujeres al hablar de algo que nos importa mucho: nuestra situación en la Iglesia.

Me parece que somos conscientes de que el solo anuncio del tema genera ya con frecuencia *en los hombres* un aburrimiento mortal, rayando con la impaciencia («otra vez con sus tópicos de siempre...»), o una indiferencia disfrazada de amable condescendencia («pobrecillas, vamos a dejarlas que hablen de esas nimiedades que tanto parecen afectarlas...»).

Y *en muchas mujeres* la irritación secreta de quien no soporta que venga otra mujer a darles lecciones. Y es que, como las lecciones las hemos recibido siempre por amplificador masculino, aún no nos hemos acostumbrado a escuchar la vida en estéreo... Son muchos años de mirar sólo en una dirección, y eso de que haya mujeres que también «emitan señales» produce en algunos y algunas la incómoda sensación de padecer un extraño estrabismo.

En fin, que a muchas de nosotras (y a hombres que están «por la causa» también, muchas gracias) puede parecernos urgente y decisivo el tema para la vida de la Iglesia; pero como no encontremos una manera de explicarlo, de contagiarlo y de hacerlo «apetecible», no pasará, en la conciencia de muchos, del rincón mental donde almacenan las informaciones que les parecen irrelevantes.

Aprendiendo de un profeta: el Segundo Isaías

Y ha sido releendo a uno de mis profetas favoritos, el Segundo Isaías, donde he encontrado esta vez las pistas que han iluminado mi reflexión sobre este asunto de la comunicación y del lenguaje sobre mujer/Iglesia.

Unas breves indicaciones para situar este libro profético: el año 587 a.C., Nabucodonosor, rey de Babilonia, invadió Palestina y la arrasó casi totalmente. Destruyó Jerusalén y el Templo y se llevó cautivos a los dirigentes de la ciudad. En el país no quedó sino la gente más miserable, mientras que la parte más significativa del pueblo tuvo que aprender a vivir la dureza del destierro. El desánimo y la falta de esperanza

pesan sobre la comunidad judía «junto a los canales de Babilonia» (Sal 137).

En contraste con este género de lamentación desolada, se levanta, imprevisiblemente, una voz esperanzada y esperanzadora:

«Consolad, consolad a mi pueblo,
dice nuestro Dios.
Hablad al corazón de Jerusalén
y decidle ...» (Is 40,1)

Todo el mensaje que ese profeta anónimo va a dirigir a su pueblo es como un torrente de dinamismo y de ánimo que intenta anegar su pesimismo y su abatimiento. ¿Había motivos para ello?

Hacia el 555, el persa Ciro había empezado a subir en el horizonte político, pero en la comunidad de los desterrados nadie parecía prestar atención a este hecho. Hacía falta que la mirada y la voz de un profeta se adelantara a los acontecimientos y supiera leerlos e interpretarlos desde el proyecto de Dios. Pero no se limita a hacerlo: toda su capacidad expresiva se pone al servicio de la transmisión de su mensaje de esperanza. La fuerza evocadora de la imaginación profética y el apasionamiento de su lenguaje sacuden a Israel de su desánimo y le señalan una dirección, arrastrándole a emprender un nuevo éxodo.

Es evidente que no se pueden hacer transposiciones fáciles y simplonas, como, por ejemplo, hablar de la marginalidad de las mujeres en términos de «destierro» y «éxodo» y aplicarles a destajo las palabras proféticas, por mucha falta que nos haga oír algo semejante.

Lo que sugiero que hagamos al releer esos 15 capítulos, llenos de inspiración profética y poética, es abrir oído de discípulos y discípulas (la expresión es suya...) para ver si conseguimos aprender algo del secreto de su fuerza persuasiva y esta lectura se nos convierte en una fuente de recursos

y, así de claro, de tácticas y estrategias. Nos anima en la empresa una afirmación que el profeta pone en boca de Dios:

«Yo te instruyo en lo que es provechoso
y te marco el camino por donde debes ir» (48,17)

Vamos a intentar aprender de él «cosas provechosas»:

Nombrar a Babilonia

La primera es su modo de mirar la realidad de frente y de llamarla por su nombre. Y, aunque sea negativa, no le concede la categoría de paralizadora de la esperanza. Tiene la gramática muy clara: el sujeto y el impulsor de la iniciativa de liberación es el Señor. El pueblo colabora, consiente, entra en el proyecto, pero no lo inventa. Es asunto de Dios y no ocurrencia suya.

Por eso, sus interpelaciones a Israel van a buscarle en el interior de su desánimo:

«¿Por qué andas hablando, Jacob, y diciendo, Israel:
'Mi suerte está oculta al Señor,
mi Dios ignora mi causa'?» (40,27).

Se atreve a decir en voz alta lo que el pueblo se está repitiendo a sí mismo:

«En vano me he cansado,
en viento y en nada he gastado mis fuerzas...» (49,4).
«Me ha abandonado el Señor,
mi dueño me ha olvidado...» (49,14).

Le presta imágenes en las que vea reflejada su situación; baja con él al fondo de su negrura, como si dijera: que sí, que lo sé: te sientes a oscuras (50,10), tienes miedo (51,12), te has quedado solo (49,21), nadie te coge de la mano (51,18), te encuentras por los suelos y con una soga al cuello (52,2), y

encima otros te están diciendo: «dóblate, que vamos a pasar sobre ti...» (51,23) Y no te creas que me engaño, ya sé que tienes la cabeza más dura que el bronce (48,4)...

Pero, cuando ya ha tocado fondo en el fango en que se siente hundido, la palabra profética se convierte en una mano fuerte que tira de él, le saca a espacio abierto y le hace pisar sobre la fuerza del Dios que lo sostiene como sobre la seguridad de una roca.

«No temas, siervo mío, Jacob,
mi cariño, mi elegido» (44,2).

«En tiempo de gracia te he respondido,
en día propicio te he auxiliado» (49,8).

«¿Tan corta es mi mano que no puede redimir?

¿O es que no tengo fuerza para librar?» (50,2).

«Yo, yo soy vuestro consolador.

¿Quién eres tú para temer a un mortal?» (51,12).

Imposible quedarse ovillado sobre sí mismo o paralizado por las dificultades: la llamada de Dios irrumpe con un vigor imperativo que sacude, moviliza, empuja hacia delante, pone en pie, se revela más potente que cualquier abatimiento:

«¡Espábilate, espábilate,
ponte en pie, Jerusalén!» (51,17).

«¡Despierta, despierta,
vístete de tu fuerza, Sión!» (52,1).

«¡Salid de Babilonia, huid de los caldeos!» (48,20).

«¡Fuera, fuera, salid de ahí!» (52,11).

«Alégrate, ensancha el espacio de tu tienda,
no temas, ven a mí ...» (54,1.2.4; 55,1).

Poniendo nombre a «otras Babilonias»

Vamos a ver si las mujeres y los que se quieran unir a nuestra causa conseguimos aprender algo de todo esto. De entrada, por ejemplo, a reconocer cómo están las cosas y llamarlas

por su nombre, aunque el diagnóstico no sea precisamente muy esperanzador:

Las mujeres seguimos teniendo en la vida eclesial un rol pasivo y ejecutivo. La teología, la tradición, la predicación, el lenguaje de la Iglesia siguen siendo percibidos, centrados y dominados por los hombres.

Es verdad que algo se está moviendo a «niveles verbales», pero a afirmaciones condescendientes y teorías abiertas se corresponden prácticas sin cambio significativo: las instancias oficiales de la Iglesia continúan eludiendo, aplazando, minimizando el problema. Prefieren «venerarnos» y exaltar nuestra sublime condición que considerarnos, simple y llanamente, como compañeras igualitarias en el camino.

Sigue resultando normal que queden reservadas para los hombres todas las responsabilidades, decisiones, orientaciones, presidencias y prioridades.

Sólo algunas veces, y por fuerza mayor, las mujeres vamos ocupando puestos que los hombres dejan vacantes; pero la realidad normal es que sean ellos quienes se sientan cualificados y hasta «mesiánicamente enviados» a pensar y definir la identidad de las mujeres y a decidir, imperturbablemente, su destino.

En el nivel de los «argumentos», parecería que se ha avanzado lo bastante como para generar «efectos de conciencia», pero las realizaciones concretas siguen siendo de una penosa inconsecuencia. Los esquemas, estructuras y estereotipos tradicionales siguen muy interiorizados en el mundo masculino, y demasiadas veces también en el femenino.

Incluso cuando no hay ninguna responsabilidad, la experiencia muestra que a los hombres se les sigue atribuyendo el «carisma oracular», y es a ellos a quienes se acude en busca de consejo, orientación y sentencia, esperando como lo normal que sean los que tomen los asuntos en mano.

De poco sirve que hayamos hecho progresos en el reconocimiento teórico de que tanto la mujer como el hombre

somos imagen y semejanza de Dios, mientras la Iglesia siga manteniendo que el hecho de ser hombre instaure una condición que concede a éste posibilidades que son negadas a las mujeres.

Un imperativo que no nace de nosotras

Imaginemos a alguien que haya seguido dócilmente el curso de esta reflexión y que, convencido por ella (que ya es buena voluntad...), concluye que tenemos toda la razón las mujeres cuando protestamos, nos quejamos y decidimos luchar porque las cosas cambien. Pues a esta persona noble y voluntariosa, con el Segundo Isaías en una mano y el Evangelio en otra, no tenemos más remedio que decirle que aún no ha entendido casi nada de por dónde va el asunto.

Porque el que las cosas estén como están no es algo que nos fastidie más o menos a las mujeres y con lo que, en último caso podríamos pactar por aquello de no crear conflictos y de ser mansas, humildes y sumisas como parece que fueron nuestras virtuosas antepasadas (¡Dichosa edad y dichosos siglos aquellos en que no se había despertado la conciencia femenina, y cada una se estaba quieta en el sitio que su padre, su marido, su jefe, su párroco, su director espiritual o su obispo le habían paternalmente asignado...!).

La raíz del tema está en que el deseo de salir de ahí no nace de nosotras, y lo que hacemos y decimos no es más que pura y simple obediencia a una invitación, a un imperativo que nos está afectando a todos, pero que, mira por dónde, nos resuena con una fuerza especial a las mujeres, quizá porque desde siempre se nos mandó callar en la Iglesia y hemos tenido que desarrollar más el oído.

Y es que, lo mismo que el Segundo Isaías recuerda a Israel que la orden de salir de Babilonia es Dios mismo quien se la da, que es deseo y plan suyo, y por eso pueden contar para realizarlo con su misma fuerza, también las mujeres

recordamos que el impulso frontal para luchar por un cambio de situación no nos viene de nuestro deseo de reivindicación, sino del Evangelio.

Porque es en la praxis misma de Jesús donde hemos descubierto que la fe cristiana

- es *desestabilizadora* de los estereotipos y modelos mundanos;
- es *inclusiva* de todo lo marginal y lo segregado;
- es *descalificadora* de cualquier pretensión de dominio de unos hermanos sobre otros¹.

Por eso, no se trata tanto de promover a la mujer dentro de la Iglesia cuanto de ayudar a la Iglesia a convertirse en la dirección de un Evangelio que siempre apunta hacia la integración de todos los excluidos.

Burlarse de Babilonia

Otro recurso que emplea frecuentemente nuestro profeta para dirigirse al pueblo es el de ironizar y burlarse atrevidamente de lo que constituía uno de los mayores peligros para Israel: dejarse seducir por el «estilo Babilonia», venerar sus dioses, contagiarse de sus hábitos de idolatría y brujería. La capital del imperio caldeo, con su jardines colgantes, sus zigurats y sus espléndidas construcciones, ejercía sobre los desterrados una peligrosa fascinación.

Y ante la desgracia que les había sobrevenido, les amenazaba un interrogante radical: ¿no serían aquellos dioses, y no Yahvé, los verdaderos salvadores y los eficazmente poderosos?

El profeta no se rasga las vestiduras ni emplea terribles oráculos de amenaza para los que se dejan arrastrar por los

1. SALLY McFAGUE, *Models of God*, Philadelphia 1987, p. 51.

cultos babilónicos. Emplea un método mucho menos violento y un tono alejado de la tragedia: sencillamente, *se ríe de ellos*, buscando su flanco débil, que es el del ridículo.

Unas veces emplea el lenguaje de la provocación:

«Narradnos vuestras predicciones pasadas, anunciadnos el futuro y conoceremos el desenlace; narrad los hechos futuros y sabremos que sois dioses. Haced algo, bueno o malo, que nos demos cuenta y lo veamos todo» (41,22-23).

Otras, los descalifica vigorosamente:

«Todos juntos no son nada; sus obras, vacío, aire y nulidad sus estatuas» (41,29).

Los que les rindan culto, no es que sean malvados; es que su comportamiento es tan necio que, cuando caigan en la cuenta, se van a morir de vergüenza. Por debajo late la sospecha de si no será peor ser tonto que ser malo:

«Retrocederán avergonzados los que confían en el ídolo, los que dicen a la estatua: Tú eres nuestro Dios» (42,17).

A través de una pintoresca descripción, cuenta, paso a paso, el laborioso proceso de la construcción de un ídolo (44, 14-17).

Una de sus ironías más finas está dedicada a la debilidad de aquellos en quienes se va buscando apoyo:

«Se encorva Bel, se desploma Nebo; sus imágenes las cargan sobre bestias y acémilas, y las estatuas que lleváis en andas son una carga abrumadora. A una se encorvan y se desploman: incapaces de librar al que los lleva» (46,1-2).

Finalmente, arremete con un panfleto burlesco contra el símbolo de toda idolatría y opresión: la poderosa Babilonia:

«Baja, siéntate en el polvo, joven Babilonia, siéntate en tierra, sin trono, capital de los caldeos, que ya no te volverán a llamar blanda y refinada. Coge el molino, muele la harina, quítate el velo, alza las faldas, descubre el muslo, vadea los ríos, aparezca tu desnudez, véase tu vergüenza... (...) Insiste en tus sortilegios, en tus brujerías, quizá te aprovechan, quizá los espantes...» (47,1-3).

El recurso al humor

¿Qué podemos aprender de este recurso comunicativo? En primer lugar recordar que la postura del humor frente a todo aquello que amenaza a una causa que consideramos justa, es una expresión humilde de fe. Porque eso significa una negativa rotunda a darles categoría de definitividad y apostar por una terca esperanza en que su poder no va a prevalecer.

En segundo lugar, este recurso puede desempeñar en la búsqueda de la «conversión de pecadores» un papel semejante a aquella «atracción» de la que aprendimos que se podía echar mano a la hora del arrepentimiento «cuando el divino amor no bastare».

Es decir, que, quizá al ver lo irrisorios que resultan los modos de relación tan «asimétricos» (es una expresión que queda muy correcta y muy bien para estas cosas...) que nos traemos las mujeres y hombres, y más dentro de la Iglesia, quizá a los más responsables de la «asimetría» les inunde un sentimiento fulminante de vergüenza y se apresuren a remediar aquello que les está haciendo desfigurarse por los abismos del ridículo.

Crónicas de Babilonia

Como sugerencia práctica, tal vez vendría bien darse un paseo por las calles babilónicas, mirando con curiosa atención sus costumbres y decires, y escribir luego unas «Crónicas de Babilonia» en las que se podría, por ejemplo:

Dar publicidad a afirmaciones como ésta: «Es tan imposible a una mujer ser sacerdote como a una paloma ser cristiana. Se podría verter agua y decir la fórmula sobre la paloma, y no llegaría nunca a ser discípula de Cristo. Por analogía, la imposición de manos y la fórmula de la ordenación no pueden hacer de la mujer un sacerdote, porque la mujer no tiene la capacidad para ser sacerdote»².

O a esta otra de afamado teólogo: «La mujer es menos capaz de recoger objetivamente el depósito doctrinal, dominar sus líneas esenciales por una vigorosa síntesis y transmitirlo objetivamente después de haberlo repensado. El hombre está más dotado de capacidad intelectual para captar, penetrar en profundidad y expresar en términos claros y precisos el contenido del mensaje revelado»³.

Y es que la solidez, la fundamentación y la delicadeza de argumentaciones como ésta hacen progresar considerablemente la reflexión teológica.

Otro artículo de fondo podría analizar rigurosamente el lenguaje de las declaraciones que las diferentes instancias oficiales emanan sobre nosotras: las declaraciones masculinas definen una y otra vez lo que debemos ser las mujeres, a partir de unos criterios que se diría van a buscar, reincidentemente, entre las bolas de alcanfor que protegen las enaguas de sus bisabuelas.

2. Mons. ANGELO BECCIU, encargado de asuntos eclesiásticos en Nueva Zelanda. Citado en el Boletín *Femmes et hommes dans l'Église* 41 (1990), p. 2.

3. J. GALOT. *Introducción a la práctica de la teología*. V, Madrid 1986, p. 433.

Una y otra vez se refuerzan los mecanismos culturales de un discurso que nos magnifica como esposas, madres o vírgenes y nos sigue envolviendo en imágenes de nupcialidad, fidelidad, amor, don, silencio y sacrificio. Y no es que esas virtudes hayan dejado de serlo: el tema es que su práctica está destinada a todos los cristianos, y no sólo a las mujeres.

Por eso se puede insertar un anuncio parecido a los de Amnistía Internacional, que invita a escribir cartas correctamente redactadas interesándose por un preso político. En este caso, se trataría de escribir cartas «a quien corresponda» ponderando con dulzura cuánto mejor irían las cosas si los hombres se pusieran a hablar de ellos mismos y no del conjunto del género humano a través de ellos. Y para no ser tildadas de parciales, podríamos prestar solemne juramento de intentar nosotras hablar desde nosotras mismas sin disfrazar nuestras palabras con ropajes varoniles.

En la sección literaria podrían analizarse los tópicos de los cuentos infantiles:

«Leo, leo; ¿qué ves?

Veo... a TEO, que va a todas partes; al PEQUEÑO NICOLÁS, el no va más; a TINTÍN, que es un chulín; a JUAN SIN MIEDO, que no tiene freno; a ASTERIX, chiquito pero matón...

Y veo también a ALICIA, que alucina; a CAPERUCITA, que se la come el lobo; a BLANCANIEVES manteniendo a siete; a la BELLA DURMIENTE, del príncipe pendiente; a CENICIENTA, muy pobre, muy pobre...; a la RATITA PRESUMIDA, barriendo su casita...

En resumen: que los cuentos nos cuentan historias de dos mundos distintos: ellos son reyes poderosos, príncipes valientes, ogros feroces, guerreros audaces, astronautas del año 2000, policías justicieros; mientras que ellas son esposas de reyes, princesas pacientes, brujas malvadas, madrastras perwersas, princesas galácticas, niñas miedosas...

Ellos manejan cetros, espadas, escudos, naves, caballos, pistolas, capas, dinero. Ellas, varitas mágicas, escobas, ve-

nenos, adornos y joyas, peines y espejos, husos y ruecas, hilos y agujas...

Y eso les lleva a diferentes actitudes. Ellos: valor, intrepidez, agresividad, dominación, aventura, protagonismo, inteligencia... Ellas: pasividad, sumisión, timidez, coquetería, docilidad, laboriosidad, mezquindad...»⁴.

Otro apartado podría ser el de «Cartas a la dirección», en las que pudiéramos expresar nuestra perplejidad o hacer nuestras preguntas, también «a quien corresponda». Por ejemplo:

- Si los sacramentos son esenciales para la vida de la Iglesia, ¿cómo puede supeditarse su administración a que haya varones ordenados que puedan hacerlo? ¿Por qué parece pasar antes que ellos (pensemos en países con grave carencia de sacerdotes) el mantener la negativa a la ordenación de mujeres?
- Si el motivo fundamental para negarnos la ordenación es «hacer lo que hizo Jesús», ¿no tendríamos que quedar entonces excluidas de participar en la Eucaristía, ya que aquella noche, al parecer, no estuvo destinada más que a los varones presentes?
- ¿Por qué en las sucesivas ediciones de los documentos del Vaticano II, y junto a afirmaciones como ésta: «Cualquier forma de discriminación apoyada en el sexo debe ser suprimida y eliminada como contraria al designio de Dios» (GS 29), no se pone una nota a pie de página que avise, como en algunas ventanillas de la administración: «Declaración congelada por el momento y hasta nuevo aviso. Disculpen las molestias»? Y así, por lo menos, queda a salvo aquello de que «el que avisa no es traidor...»
- ¿Por qué la Iglesia, que proclama insistentemente: «no tengáis miedo», parece temer tanto a la búsqueda teo-

4. Colectivo feminista «a favor de las niñas». Madrid.

lógica, a los nuevos ministerios, a la integración de los curas casados, a la ordenación de las mujeres...?⁵

— ¿Por qué la teología hecha por mujeres o por gente de color o en el tercer mundo necesita ser identificada con un adjetivo, mientras que la hecha por varones de raza blanca es, sin más, «la teología»?

— ¿Qué pensaría y cómo reaccionaría un hombre cualquiera de nuestra Iglesia ante un Derecho Canónico elaborado (estamos en pura ciencia-ficción...) por una comisión de mujeres? Sería interesante averiguar cuáles son los motivos profundos de su oposición legítima a este procedimiento, cuyo reverso parece normal...⁶.

Una alternativa: volver a Sión

Si hay algo que caracteriza el lenguaje profético, es su capacidad para ofrecer alternativas, para propiciar y evocar una conciencia y una percepción de la realidad «disidentes» de las del entorno cultural dominante⁷.

El Segundo Isaías intenta dinamizar vigorosamente a un pueblo abatido. Y lo hace presentándole utópicamente un tiempo y unas situaciones distintas, hacia las que se puede empezar a caminar. Busca por todos los medios que al pueblo «le apetezca» el cambio que se le propone, y por eso se lo describe con imágenes llenas de...

«Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios...
Mirad, el Señor llega con poder, y su brazo manda.

5. J. COURRIÈRE. *Le partenariat. Femmes et hommes dans l'Église*, p. 49.

6. En una reunión de abadesas de una Orden monástica estaban presentes tres abades de la correspondiente rama masculina. Nadie supo explicarme por qué, cuando se reúnen los abades, no asiste también una representación de abadesas...

7. Cf. W. BRUEGGEMANN, *La imaginación profética*, Santander 1986.

Mirad, viene con él su salario,
y su recompensa le precede.
Como un pastor que apacienta el rebaño,
su brazo lo reúne, toma en brazos los corderos
y hace recostar a las madres» (40,1.10-11).

«Los pobres y los indigentes buscan agua, y no la hay;
su lengua está reseca de sed.

Yo, el Señor, les responderé;
yo, el Dios de Israel, no los abandonaré.
Alumbraré ríos en cumbres peladas,
en medio de las vaguadas, manantiales;
transformaré el desierto en estanque,
y en yermo las fuentes de agua;
pondré en el desierto cedros y acacias,
y mirtos y olivos; plantaré en la estepa cipreses
y olmos y alerces y juncos.

Para que vean y conozcan, reflexionen y aprendan
de una vez que la mano del Señor lo ha hecho,
que el Santo de Israel lo ha creado» (41,17-20).

«Te he constituido alianza del pueblo (...) para decir a los cautivos: «Salid», a los que están en tinieblas: «Venid a la luz»; aun por los caminos pastarán, tendrán praderas en todas las dunas; no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el bochorno ni el sol; porque los conduce el Compasivo y los guía a manantiales de agua...» (49,9-10).

«Saldréis con alegría, os llevarán seguros: montes y colinas romperán a cantar ante vosotros y aplaudirán los árboles silvestres» (55,12).

Pero su discurso no se pierde en el terreno de lo inalcanzable: constantemente está haciendo llamadas de atención a lo concreto, a los pequeños signos, a descubrir la novedad que ya está apuntando en el horizonte:

«No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que yo realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?» (43,19).

¿En qué consistiría hoy incorporar ese tipo de lenguaje al tema mujer/Iglesia?

Lo más importante sería fortalecer nuestra convicción de que el orden establecido no es inamovible ni hay por qué considerarlo resignadamente como definitivo: si la naturaleza misma, imagen de estabilidad, se presenta como algo que se deshace ante la acción transformadora de Dios, sigue estando abierta la esperanza de que los montes y colinas de nuestra peculiar topografía eclesial puedan ser abajados, que lo que está hundido se levante y que lo escabroso se iguale...

Y cuando en el horizonte asoma la esperanza, es más fácil dar pasos para preparar ese camino. Éstos serían algunos:

— *Motivar* desde el fondo la necesidad de ahondar, repensar y construir un nuevo modo de relación entre mujeres y hombres en el marco irrenunciable de los logros del feminismo más auténtico.

— *Decidirnos a revisar* honestamente nuestros fundamentos antropológicos, renunciando a los a priori, a las ideas recibidas, a las sentencias aprendidas, a las miradas reductoras.

— *Despertar* el deseo de que cada hombre y cada mujer posean una autonomía tal que les permita respetar al otro en la alegría, la ternura, el amor, la reciprocidad... *Soñar* con una forma de relación en la que hayan desaparecido los celos y las descalificaciones, los prejuicios, los complejos y las falsas paternidades y filiaciones, y hayan sido sustituidos por el reconocimiento mutuo, el trato cordial y fraterno, el respeto hacia lo diferente...

— *Atrevernos a ampliar y enriquecer* nuestras imágenes sobre Dios y consentir que, al llamarle también Madre nuestra, nuestra mente estrecha se ensanche y se desborde ante

nuevas imágenes nutricias, generadoras, protectoras, entrañables. Porque, si el camino de Dios pasa a través de lo humano, hay una experiencia dual para hablar de ello. Y *observar* qué cambia en nosotros cuando, además de invocar a un «Dios todopoderoso y eterno», nos dirigimos al Dador de la vida.

Pero eso supone *aceptar* que el lenguaje que surge de las mujeres sea diferente del de los hombres. Porque en ellos el *decir* rueda vertiginosamente, como el bólido en la autopista, se adelanta a la vivencia, quema etapas de lo vivido, mientras que en nosotras la vivencia florece, se desborda, nos sumerge, se adelanta a nuestro *decir*⁸.

— *Experimentar la alegría* de los pequeños pasos que se van dando en dirección hacia una Iglesia en la que el acento no esté puesto en la *dualidad* clérigos/laicos, hombres/mujeres, gobernantes/gobernados..., sino en la *comunidad* que nace de integrar la diversidad en la unidad, y la creatividad en la solidaridad⁹.

— *Imaginar* las consecuencias que tendría para la evangelización el reconocimiento (efectivo, no teórico) de que todo miembro de la Iglesia es responsable de la misión evangelizadora, y que todos, mujeres y hombres, hemos sido convocados comunitariamente para cumplir la misión que Jesús resucitado ha confiado a sus discípulos.

Una luz para el camino: el estilo del Siervo

Los poemas del Siervo, intercalados en el libro del Segundo Isaías, abren una brecha sorprendente en las tradiciones más sagradas de Israel. Es un pensamiento «contracultural» que resulta insólito para los esquemas teológicos tradicionales.

8. AA. VV., «L'écho de votre propre silence. Le partenariat», en *Femmes et hommes dans l'Église*, 1991, p. 12.

9. YVONNE BERGERON y MICHELINE LAGUE, «Parténariat intégral: l'avenir d'une réalité», en *Femmes et ministères*, Québec 1991.

El mediador que Dios elige para hacer presente su acción salvadora en la historia es alguien cuyo estilo no es el del dominio, sino el del servicio; y por eso, en vez de dar órdenes, persuade; en vez de imponer, anuncia; en vez de echar cargas sobre otros, ofrece sus espaldas para llevar sobre ellas lo que tendría que pesar sobre ellos. Y es precisamente esa manera de ser la que atrae la preferencia de Dios y el asombro admirado de los que lo habían rechazado.

«Mirad a mi siervo, a quien sostengo;
mi elegido, a quien prefiero.
Sobre él he puesto mi espíritu
para que traiga el derecho a las naciones.
No gritará, no clamará, no voceará por las calles.
La caña cascada no la quebrará,
el pabilo vacilante no lo apagará» (42,1-4).

«El Señor me abrió el oído:
yo no me resistí ni me eché atrás:
ofrecí la espalda a los que me golpeaban,
las mejillas a los que mesaban mi barba; (...)
El Señor me ayuda, no quedaré defraudado» (50,5.7).

«Creció en su presencia como un brote,
como una raíz de tierra árida, sin figura, sin belleza.
Él soportó nuestros sufrimientos
y aguantó nuestros dolores (...)
Nuestro castigo saludable cayó sobre él
y sus cicatrices nos curaron...» (53,1-5).

Aprender del Siervo es quizá el aspecto más arduo del camino que nos saca de Babilonia. Porque significa aceptar algo que ninguna instancia «mundana» nos recomienda: que «lo contrario de la opresión no es el dominio sino el servicio: llegar a ser libres para ser nosotros mismos para los demás»¹⁰.

10. L. RUSSELL, «Aspectos teológicos de la coparticipación de mujeres y hombres en comunidades cristianas»: *Boletín Pro Mundi Vita* 59 (marzo 1976).

No nos es fácil cambiar nuestros esquemas de subordinación por los de servicio; y, sin embargo, es ésa la señal de nuestra nueva identidad y libertad en Cristo: si su manera de ejercer el señorío es lavando los pies de los suyos, los que intentamos seguirle no podemos buscar otro camino.

Aquí puede sobrevenirnos la sospecha de que, de nuevo, nos encontramos ante el discurso de siempre: las mujeres somos exhortadas a ponernos el delantal y encargarnos, solícitamente, de que no falten las bebidas en la mesa donde los hombres siguen reunidos en ese perpetuo «comité» responsable de todo consejo, decisión y orientación sobre la faz de la tierra.

La realidad es que tanto el servicio como la acogida, o la receptividad, o la abnegación, o todo eso que suele atribuirse a la «condición específica de las mujeres», son representaciones que hay que modificar y tomar conciencia de que son cualidades destinadas también a los colegas masculinos.

Pero no podemos dejarnos afectar por lo que podría llamarse «el síndrome del primer paso», que consiste en concluir que ya hemos estado las mujeres en esa postura durante demasiado tiempo y que ahora les toca a ellos empezar a ponerse el delantal, mientras nosotras nos sentamos a dar nuestra opinión sobre los asuntos del mundo que nos preocupan.

Porque lo que tiene «gracia», a partir de Jesús, es no volver a jugar al juego del *escalafón*, sino al de la *circULARIDAD*, porque eso es lo que hemos aprendido en su Evangelio: que el que quiera ser «mayor» no se puede cualificar por su poder, sino por su postura de servidor (Mc 10).

Salir con alegría

Una última característica que quiero recordar del Segundo Isaías es el entusiasmo de sus himnos: es un libro en que la naturaleza celebra y acompaña cantando al pueblo que retorna a Sión. Ante la acción liberadora de Dios, el mar ruge, el

desierto se alegra, claman las cumbres de las montañas (42,10-13), los cielos alaban al Señor, las simas de la tierra le vitorean, los árboles silvestres aplauden (55,12), las montañas y el bosque estallan en aclamaciones (44,16), las ruinas de Jerusalén rompen a cantar a coro (52,9)...

Un personaje —que puede ser el profeta mismo, pero que es gramaticalmente femenino, la *mebaséret*— recibe la orden de subirse a un monte elevado y, desde allí, alzar fuerte la voz anunciando a las ciudades de Judá: «Aquí está vuestro Dios» (40,9).

«¡Qué hermosos son sobre los montes
los pies del heraldo que anuncia la paz,
que trae la buena nueva, que pregona la victoria!
Que dice a Sión: Tu Dios es Rey.
Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro,
porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión.
Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén,
que el Señor desnuda su santo brazo
a la vista de todas las naciones,
y verán los confines de la tierra
la victoria de nuestro Dios» (52,7-10).

Y es que, cuando un pueblo que era esclavo pasa a ser libre, o vivía en el destierro y vuelve a su tierra; cuando alguien que estaba injustamente excluido se sienta de nuevo a la mesa, o estaba considerado como extraño y de pronto se le reconoce como hijo; o cuando las mujeres podemos vivir en el espacio abierto..., entonces se empezará a cantar un cántico nuevo y serán del Señor la gloria y la alabanza.

Porque, lo mismo que sabemos que el fermento de la libertad ha sido él quien lo ha sembrado en nuestra historia, y nosotros no hacemos más que obedecer a su impulso, sabemos también que cualquier eficacia procede de su Palabra:

«Como bajan la lluvia y la nieve del cielo
y no vuelven allá sino después de empapar la tierra,

de fecundarla y hacerla germinar,
para que dé semilla al sembrador y pan al que come,
así será mi palabra, que sale de mi boca:
no volverá a mí vacía,
sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo»
(55,9-11).

Vamos a confiar en la fecundidad de esa Palabra, vamos a dejar que su novedad germine en nuestra tierra.

Porque es ella la que nos empuja fuera de Babilonia, es ella la que nos invita a volver a Sión y a salir con alegría. Sigue habiendo una tierra prometida, y algo nuevo está asomando sobre el horizonte de Dios.

«Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia»

(Mc 16,15)

Tres cuentos
para aprendices de evangelizadores

1. Las quejas del mercader

En un país muy lejano vivía un mercader lleno de celo por la causa de Dios. Tanto era su celo que había vendido toda su hacienda y había comprado a cambio centenares de libros que le prometían enseñarle a negociar en beneficio de esa causa. Los fue leyendo uno a uno y se llenó de ideas hermosísimas que consiguió vertebrar en una poderosa síntesis doctrinal. Elaboró un plan de pastoral y se lanzó a la brecha. Montó su puesto en un parque público y, subido sobre una silla, se puso a hablar a la gente:

«Hermanos: ha llegado la hora de abandonar toda impostación dialéctica que nos dificulte el acceso al kerygma. No nos dejemos arredrar por la problemática del círculo hermenéutico: tenemos con nosotros al Paráclito como don escatológico, y él puede guiarnos hacia una exégesis verdaderamente eclesial y ecuménica...»

«¿Mande...?», dijo un jubilado poniéndose la mano en la oreja en forma de pantalla, porque estaba un poco sordo.

«¿De qué habla?», se interesó una joven madre que mecía a su hijo en el cochecito.

«Debe de ser de los del Hare-Krishna, pero es raro, porque no lleva pandero...», comentó un guarda del parque que estaba acostumbrado a ver de todo.

Una mujer de mediana edad, que venía de la compra, le miró con benevolencia: «Parece buen chico», pensó. «Lástima que no se entienda lo que dice...», y se alejó arrastrando su carrito.

Se pararon dos chavales con zapatillas y bolsas de deporte. «Mira», dijo uno, «ése va de religión». «Passando a tope, colega», dijo el otro. Y siguieron andando.

El mercader lleno de celo por la causa de Dios estaba desanimado: las cosas no estaban saliendo como habían sido previstas en el plan de pastoral. De modo que acudió al Señor: «La gente no compra nada», se quejó. «Cada cual va a lo suyo, y a nadie le interesan tus cosas, Dios mío...»

«Hace tiempo que están convencidos de que las ideas no les sirven para mucho», les disculpó el Señor. «Pero de verdad que están agobiados y con sed de agua viva...»

El mercader creyó comprender. Vendió los libros y puso un herbolario. Ofreció tónicos de frutos espirituales, infusiones de moralina, germen de maná liofilizado, pan bendito integral y parches Sor Virginia.

La gente compraba, pero se hacía un lío con las mezclas de hierbas y no acertaba a saber muy bien para qué servía cada cosa. Por eso acudía constantemente al mercader a pedir nuevas recetas. El mercader se impacientó y fue a quejarse al Señor: «La gente sigue sin comprender, Señor, y yo no puedo pasarme la vida solucionando sus dudas...». «No han tenido muchas oportunidades de estudiar, ¿sabes?», le dijo el Señor. «Además, trabajan mucho y tienen poco tiempo

para ponerse a descifrar el lenguaje de tus recetas. Si intentarás...»

El mercader lleno de celo por la causa de Dios le dejó con la palabra en la boca: había tenido una iluminación repentina. ¡El lenguaje! ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Traspasó el herbolario y decidió dar un nuevo giro a su negocio. Mercaderes de Oriente le vendieron varitas de incienso, taburetes para meditar, tapices y «cassettes» de relajación. Mercaderes de Occidente le vendieron montajes audiovisuales, «vídeos», cadenas de sonido, amplificadores, una batería electrónica y un ordenador. Al mercader ya no le faltaba ningún detalle para hacer triunfar la causa de Dios. Así que montó una gran carpa en medio del parque. La gente se agolpaba para entrar, y las gradas de la carpa estaban siempre llenas. Todos miraban con atención y escuchaban extasiados. A la salida felicitaban al mercader y se marchaban muy contentos, porque habían participado en un hermoso espectáculo.

Pero el mercader lleno de celo por la causa de Dios no acababa de estar satisfecho. Había caído en la cuenta de que a su carpa apenas venían pecadores. Su clientela era gente buena, gente de toda la vida; pero pecadores, lo que se dice pecadores, venían poquísimos.

Fue a quejarse al Señor, y el Señor le dijo: «Tendrás que salir a buscarlos. Recuerda el trabajo que me costó a mí encontrar la oveja que se me había perdido...»

El mercader decidió salir en busca de los pecadores. Había muchísimos más de los que él creía, y al fin consiguió sentarse a comer con ellos. Sacó sus «cassettes»: se aburrían. Sacó un montaje: bostezaron. Puso en marcha la megafonía: hablaban entre ellos. «Son unos pecadores bastante empedernidos», pensó el mercader disgustado. Y se volvió a su casa abatido.

En la oración de la noche se quejó al Señor: «He hecho lo que he podido, Dios mío; he seguido tu ejemplo y me he

sentado a comer con ellos, pero me he fatigado en vano y he consumido inútilmente mi tiempo y mis energías...»

El Señor esperó pacientemente a que el mercader acabara su letanía de quejas y, cuando hubo terminado, le dijo: «Hijo mío, todos esos hermanos tuyos estaban enfermos, pero tú estabas tan preocupado por *mi causa* que te has olvidado de preguntarles por *sus heridas*».

2. El heraldo del rey

Entre todos los que servían en el ejército del Rey eternal, ninguno se señalaba tanto en el servicio de su Señor como aquel caballero que había sido capitán en los Tercios de Flandes. Desde el punto y hora en que decidió abandonar los vanos honores mundanos para militar bajo la bandera de su Rey, hizo de su vida «oblación de mayor estima y momento», y nadie podía aventajarle ya en generosidad y en valentía. Sobrellevaba la austera disciplina de la nueva milicia con grande ánimo y liberalidad, y siempre se mostraba esforzado y dispuesto a acudir a los servicios más duros y a los puestos más arriesgados.

El Rey decidió nombrarle heraldo real y le confió el reclutamiento de nuevos soldados. El capitán que había venido de Flandes se sintió muy orgulloso de aquel privilegio tan grande, del que no se sentía digno.

Marchó por ciudades y aldeas, y en cada una de ellas pregonaba el mensaje de su Rey: «Es mi voluntad de conquistar el mundo entero y vencer a todos los enemigos...» Cuando acababa la lectura, el heraldo seguía hablando y exhortando a cuantos quisieran escucharle a alistarse en el servicio de tan alta causa. No ofrecía una vida fácil ni ocultaba las asperezas que les aguardaban ni los trabajos y fatigas que habrían de soportar. Pero el Rey se lo merecía todo, y era tanto el ardor y convicción que ponía el heraldo en sus palabras que muchos jóvenes, nobles o villanos, lo dejaban

todo e iban a ponerse bajo la bandera de aquel Rey tan magnánimo.

El camino de regreso al campamento era largo y, al anochecer del primer día de marcha, entraron a dormir en una posada. Algunos de los recién alistados bebieron más de la cuenta, y el heraldo los despidió encolerizado: no eran dignos de estar al servicio de su Señor. Durante el segundo día de camino, algunos manifestaron cansancio y se detuvieron a beber en una fuente. «Sólo los fuertes pueden servir a mi Rey», dijo el heraldo; y les ordenó que regresasen a sus casas. Durante la cena de aquella noche, otros se pusieron a discutir acerca de quién de ellos debía sentarse a la derecha de su nuevo jefe, y tampoco a éstos les permitió seguir en su compañía: no habían sabido dejar atrás la ambición de honores y dignidades.

Pasaron la noche en las ruinas de una fortaleza abandonada, y el heraldo determinó quiénes debían quedarse de guardia con él. A los que se dejaron vencer por el sueño los despidió a la mañana siguiente: al Rey había que serle fiel también en la vigilia.

Cuando reemprendieron la marcha, quedaban ya muy pocos, y el heraldo iba muy desconsolado. Les atacó una cuadrilla de bandidos, y los jóvenes que quedaban salieron huyendo; el heraldo, al verse solo, huyó también, abandonando el estandarte.

Regresó al campamento malherido, derrotado y solo. Lleno de confusión y vergüenza, refirió al Rey el fracaso de su misión y le suplicó que en adelante le tuviera por perverso caballero y le retirase su cargo de heraldo, ya que no había sabido encontrar jóvenes capaces de comprometerse dignamente en el servicio de su Reino, y ni siquiera él mismo había tenido el valor de defender hasta la muerte su bandera.

El Rey le escuchó en silencio y ordenó después que le curasen sus heridas y que, cuando estuviera restablecido, le dieran el oficio de centinela. En cuanto pudo tenerse en pie, el antiguo capitán venido de Flandes se incorporó a su nuevo

servicio. Tanta era su ansia por reparar su anterior cobardía que no esperó siquiera a ver cicatrizadas del todo sus heridas.

Durante las largas horas de vigilia de su primera noche de guardia, se lamentaba largamente de que el Rey no pudiera contar con un heraldo de conducta intachable ni con unos soldados de ánimo esforzado.

En la tercera vigilia de la noche, oyó pasos a su lado. Ya iba a dar el alto cuando se dio cuenta, con asombro, de que era el Rey mismo quien se había acercado hasta su puesto de guardia. Hincó la rodilla en tierra, pero el Rey le puso las manos sobre sus hombros y le hizo levantarse. Luego, en la oscuridad de la noche, como un amigo que habla a su amigo, le confió su propia historia: también él, cuando había llamado por primera vez a los suyos, había creído que se trataba de esos compañeros que permanecen fieles en las tribulaciones, de los que no se duermen cuando los necesitas ni te abandonan cuando llega el peligro, de los que nunca reniegan de haberte conocido. Luego resultó que no eran así, pero él ya no podía evitar quererlos, ya no era capaz de volverse atrás de su palabra dada, ya no podía dejar de contar con ellos. Se había acostumbrado a quererlos así, tan frágiles, tan vacilantes, tan cobardes... Así que decidió seguir confiando en ellos y se arriesgó a dejar en sus manos la tarea de conquistar el mundo y extender su Reino. «Y al final no me defraudaron», dijo con ternura mezclada de orgullo. «Pero hay que saber confiar, hay que saber esperar...»

Las palabras del Rey iban cayendo mansamente, como el rocío de la noche, en el corazón del centinela. Antes de marcharse, el Rey le entregó un mensaje sellado: «Léelo cuando amanezca», le dijo.

Al llegar la madrugada, el centinela desenrolló el pergamino y, al leerlo, sintió que le temblaban las manos y se le humedecían los ojos: el Rey le reponía en su cargo de heraldo y le enviaba de nuevo a llamar a todos cuantos quisieran alistarse a su servicio. «Es mi voluntad de conquistar todo el mundo y vencer a todos los enemigos...»

Eran las mismas palabras, pero el heraldo ya no era el mismo. Enrolló de nuevo el pergamino y esperó a que llegara el relevo de la guardia.

Cuando se puso en camino, en el cielo se apagaban las últimas estrellas.

3. La sabiduría de la anciana abadesa

Cuentan las crónicas que en tiempos de las Cruzadas había en Normandía un antiguo monasterio regido por una abadesa de gran sabiduría. Más de cien monjas oraban, trabajaban y servían a Dios llevando una vida austera, silenciosa y observante.

Un día, el obispo del lugar acudió al monasterio a pedir a la abadesa que destinara a una de sus monjas a predicar en la comarca¹.

La abadesa reunió a su Consejo y, después de larga reflexión y consulta, decidió preparar para tal misión a la hermana Clara, una joven novicia llena de virtud, de inteligencia y de otras singulares cualidades.

La madre abadesa la envió a estudiar, y la hermana Clara pasó largos años en la biblioteca del monasterio descifrando viejos códices y adueñándose de su secreta ciencia. Fue discípula aventajada de sabios monjes y monjas de otros monasterios que habían dedicado toda su vida al estudio de la teología. Cuando acabó sus estudios, conocía los clásicos, podía leer la Escritura en sus lenguas originales, estaba familiarizada con la Patrística y dominaba la tradición teológica medieval. Predicó en el refectorio sobre las «procesiones»

1. No olvide el lector el carácter fantástico de la narración; y pondere, además, cuánta sería la escasez de clérigos en aquellos tiempos, debido a que muchos de ellos habían partido como capellanes de los cruzados.

intrarritinarias, y las monjas bendijeron a Dios por la erudición de sus conocimientos y la unción de sus palabras.

Fue a arrodillarse ante la abadesa: «¿Puedo ir ya, reverenda Madre?» La anciana abadesa la miró como si leyera en su interior: en la mente de la hermana Clara había demasiadas respuestas. «Todavía no, hija, todavía no...»

La envió a la huerta. Allí trabajó de sol a sol, soportó las heladas del invierno y los ardores del estío, arrancó piedras y zarzas, cuidó una a una las cepas del viñedo, aprendió a esperar el crecimiento de las semillas y a reconocer, por la subida de la savia, cuándo había llegado el momento de podar los castaños... Adquirió otra clase de sabiduría; pero aún no era suficiente.

La madre abadesa la envió luego a hacer de tornera. Día tras día escuchó, oculta detrás del torno, los problemas de los campesinos y el clamor de sus quejas por la dura servidumbre que les imponía el señor del castillo. Oyó rumores de revueltas y alentó a los que se sublevaban contra tanta injusticia.

La abadesa la llamó: la hermana Clara tenía fuego en las entrañas y los ojos llenos de preguntas. «No es tiempo aún, hija mía...»

La envió entonces a recorrer los caminos con una familia de saltimbanquis. Vivía en el carromato, les ayudaba a montar su tablado en las plazas de los pueblos, comía moras y fresas silvestres, y a veces tenía que dormir al raso, bajo las estrellas. Aprendió a contar acertijos, a hacer títeres y a recitar romances, como los juglares.

Cuando regresó al monasterio, llevaba consigo canciones en los labios y se reía como los niños. «¿Puedo ir ya a predicar, Madre?» «Aún no, hija mía. Vaya a orar».

La hermana Clara pasó largo tiempo en una solitaria ermita en el monte. Cuando volvió, llevaba el alma transfigurada y llena de silencio. «¿Ha llegado ya el momento, Madre?» No; no había llegado. Se había declarado una epi-

demia de peste en el país, y la hermana Clara fue enviada a cuidar de los apestados. Veló durante noches enteras a los enfermos, lloró amargamente al enterrar a muchos y se sumergió en el misterio de la vida y de la muerte.

Cuando remitió la peste, ella misma cayó enferma de tristeza y agotamiento y fue cuidada por una familia de la aldea. Aprendió a ser débil y a sentirse pequeña, se dejó querer y recobró la paz.

Cuando regresó al monasterio, la Madre abadesa la miró gravemente: la encontró más humana, más vulnerable. Tenía la mirada serena y el corazón lleno de nombres.

«Ahora sí, hija mía, ahora sí». La acompañó hasta el gran portón del monasterio, y allí la bendijo imponiéndole las manos.

Y mientras las campanas tocaban para el Angelus, la hermana Clara echó a andar hacia el valle para anunciar allí el santo Evangelio.

En alabanza de nuestro Señor Jesucristo y de su Santa Iglesia. Amén.

Colección

El Pozo de Siquem

«¿Qué palabra es ésta?» (Mc 1,27), se preguntaba la gente que rodeaba a Jesús en los comienzos de su presencia en Cafarnaúm.

La expresión revela un asombro desconcertado ante el impacto producido por una manera de hablar a la que no estaban acostumbrados. Como cuando alguien arroja una piedra en el centro de un lago o de un estanque, y el agua quieta se agita, formando círculos cada vez más grandes que se contagian unos a otros su estremecimiento.

«El agua al agua se lo susurra», podríamos decir con las palabras del Salmo 18: así nos comunicamos los creyentes, unos a otros, la resonancia que el Evangelio va teniendo en nuestras vidas.

Eso es lo que pretenden estas páginas, muchas de las cuales ya han sido publicadas en *Sál Terrae* o en otras revistas. No son comentarios exegéticos, porque no han surgido de la observación y el análisis de los textos, sino de la «alteración» que la Palabra ha producido en ese «centro del estanque» que es el corazón.

Los once primeros capítulos podrían llamarse «ejercicios prácticos de mistagogía» y tocan temas relacionados con la oración, la espiritualidad y el profetismo. A partir del dedicado a María, «Más pequeña que cualquier semilla», la óptica es más directamente femenina, pero las cuestiones que se abordan interesan a todos. Los tres cuentos para «aprendices de evangelizadores» nos recuerdan que, si hemos sido alcanzados por la Palabra, es para pasársela también a otros como Buena Noticia.

M.^a Dolores Alexandre, religiosa del Sagrado Corazón, es Profesora de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid) y autora de numerosos artículos en los que destaca siempre su fina sensibilidad de mujer y de teóloga para poner sus amplios conocimientos bíblicos en conexión con la vida en el Espíritu.

